

BOLETIN OFICIAL DEL OBISPADO DE SALAMANCA



240998

BOLETÍN DEL OBISPADO DE SALAMANCA
*** FRANQUEO CONCERTADO 36/4 ***
"FACULTAD DE DERECHO CANÓNICO - UNIVERSIDAD
PONTIFICIA DE SALAMANCA. (UPSA)."

MAYO - JUNIO 1998

BOLETIN OFICIAL DEL OBISPADO DE SALAMANCA

Año 151 - MAYO - JUNIO 1998 - N.º 5-6

Directora: María Dolores Gamazo López

Rosario, 18. Calatrava

Tel. 923 21 03 36 - Fax 923 21 03 82. 37001 Salamanca



SUMARIO

OBISPO

A) CARTAS

Comuniquemos la Esperanza	289
«El Espíritu y la esposa dicen: ¡Ven!»	290
Dios fuerte	291
Voluntarios de la misericordia	292
Una nueva situación	293
El Espíritu Santo	294
¿Dependerá el Derecho a la Vida de la Ley?	296

B) HOMILÍAS

Homilía en las Ordenaciones Sacerdotales de dos nuevos presbíteros. 3 de mayo de 1998	297
Homilía en la festividad de San Juan de Ávila. 9 de mayo de 1998....	300

VICARÍA GENERAL, SECRETARÍA GENERAL Y DELEGACIONES Y SERVICIOS

A) VICARÍA GENERAL

Comun-uni3n y bienes econ3micos	305
---------------------------------------	-----

B) SECRETARÍA GENERAL

Ante la pr3xima solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo....	306
Decreto del Obispo ante la solemnidad del Corpus	307

C) DELEGACIONES Y SERVICIOS

Manifiesto 1º de Mayo	308
-----------------------------	-----

CRÓNICA DIOCESANA

Encuentro regional de catequistas.....	311
Celebradas unas Jornadas de Reflexi3n sobre Voluntariado y Pastoral de la Salud	311
II Encuentro Diocesano de Familias.....	311
Ordenados dos nuevos sacerdotes diocesanos.....	312
Once sacerdotes celebraron sus bodas de oro y plata sacerdotales	312
Visita Pastoral a la zona de Vitigudino-Ledesma	313
Comuni3n y aliento para la misi3n.....	314
Sobre la fiesta del Corpus.....	317
30 de mayo, Día del Apostolado Seglar.....	319

IGLESIA EN ESPAÑA

Mensaje de los Obispos de la Comisi3n Episcopal de Pastoral con motivo del Día del Enfermo.....	321
Comunicado de la CEAS en el Día del Apostolado Seglar	325

Comunicado de la CEE acerca de la Vida Consagrada	329
Mensaje en el día de la Vida Consagrada	332
Comunicado de la Comisión de Pastoral Social ante el Día de Caridad	333
El profesor de Religión Católica. Identidad y Misión.....	337
Carta de Cáritas Española ante el asesinato del arzobispo de Guatemala	363

IGLESIA EN EL MUNDO

La peregrinación en el Gran Jubileo del Año 2000	365
Condenas por el asesinato del arzobispo de Guatemala, Juan Gerardi	393

Obispo

A) CARTAS

COMUNIQUEMOS LA ESPERANZA

El Concilio Vaticano II, en el Decreto dedicado a los medios de comunicación social, decía a toda la Iglesia: «Para mayor fortalecimiento del apostolado multiforme de la Iglesia sobre los medios de comunicación social, debe celebrarse cada año en todas las diócesis del orbe, a juicio de los obispos, una jornada en la que se ilustre a los fieles sobre sus deberes en esta materia...». Pues de esto se trata en este Domingo III de Pascua: de celebrar el gozo de la salvación traída por Jesucristo resucitado, poniendo el acento en cómo transmitir y qué transmitimos.

La comunicación en los enormes multimedia actuales no puede dejarnos a los cristianos indiferentes, mucho menos si somos comunicadores/profesionales cristianos. ¿Cómo comunicar? ¿Sólo para persuadir o vender? ¿Sólo reduciendo a los seres humanos a simples unidades de consumo? Y ¿cómo leemos, o vemos u oímos los cristianos? ¿Tenemos criterios?

Nuestra comunicación debe ser veraz y que lleve a la esperanza. Mentimos si no comunicamos que la esperanza cristiana es sólo para este mundo. Es una esperanza de la salvación, de la perfecta comunión con Dios y los hermanos. Esta esperanza tiene que ver, sin duda, con la búsqueda de felicidad y plenitud en esta vida. Esto tenemos que buscar. Y la esperanza del cielo anima también la genuina preocupación por el bienestar de los hombres y mujeres aquí y ahora.

No somos bobalicones mirando al cielo: si digo que amo a Dios, debo amar a mi hermano. Si no, soy mentiroso. Este es un ejemplo de veracidad. Otro ejemplo de veracidad es decir muy alto que, al estar habitados por el Espíritu Santo, los cristianos, sí, estamos preparando el Gran Jubileo del 2000, pero eso significa, por un lado, que esperamos la llegada del Reino de Dios al final de los tiempos, y, por otro, que hay signos de esperanza en los mejores hombres y mujeres de esta sociedad nuestra, que quiere el progreso científico, tecnológico y especialmente médico, al servicio de la vida humana, no para dominar unos países a otros; que es buena la conciencia de luchar por un mejor medio ambiente, así como los esfuerzos por la paz y la solidaridad.

Sabemos que el Espíritu Santo nos hace mejores hombres y mujeres. Nos debe ayudar también a saber comunicarlo a los demás en un mundo dema-

siado crispado. Los comunicadores cristianos –profesionales o no– debemos prepararnos mejor, estar mejor formados. Eso es también próspero y luchar por los valores verdaderos.

«EL ESPÍRITU Y LA ESPOSA DICEN: ¡VEN!»

El cuarto domingo de Pascua trae a toda la Comunidad Cristiana, sobre todo cuando se reúne para la Eucaristía, un aviso eclesial: testimoniar públicamente que, como comunidad, está en oración para cumplir el mandato del Señor: «Rogad al Dueño de la mies que envíe operarios a su mies» (Mt. 9, 39 y par.). La Iglesia Católica de Salamanca necesita que todos sus fieles oren por los ministros ordenados, presbíteros y diáconos y los que un día lo serán, por la vida religiosa masculina y femenina, contemplativa y apostólica, clerical y laical, por las sociedades de vida apostólica y los institutos seculares. También por la vida misionera de los que trabajan en la misión o en las misiones.

En la Iglesia, dice el Papa, cada cristiano comienza por el Bautismo a vivir bajo «la ley del Espíritu que da vida en Cristo Jesús» (Rom. 8,2) y, bajo la guía del Espíritu Santo, entra en diálogo con Dios y con los hermanos, y conoce la extraordinaria grandeza de la propia vocación.

Por eso, la celebración de esta jornada es una ocasión para anunciar que el Espíritu Santo de Dios escribe en el corazón y en la vida de cada bautizado un proyecto de amor y de gracia, que sólo puede dar sentido pleno a la existencia, abriendo el camino a la libertad de los hijos de Dios y capacitando para el ofrecimiento del propio, personal e insustituible apoyo al progreso de la humanidad en el camino de la justicia y de la verdad.

El Espíritu Santo no sólo ayuda a situarse con sinceridad ante los grandes interrogantes del propio corazón –de dónde vengo, a dónde voy, quién soy, cuál es el fin de mi vida, en qué empeñar mi tiempo–, sino que abre el camino a respuestas valientes. El descubrimiento de que cada hombre y mujer tiene un lugar en el corazón de Dios y en la historia de la humanidad, constituye el punto de partida para una nueva cultura vocacional.

Esta nueva cultura vocacional –de todas las vocaciones de especial consagración– es muy necesaria para nuestra Diócesis de Salamanca, hoy que damos gracias a Dios por la ordenación de dos nuevos sacerdotes diocesanos. Pero no olvidamos a la Iglesia universal, porque seguimos trabajando y queremos ayudar a otras Iglesias, sobre todo en países de misión, en el tema de sus vocaciones nativas.

La Operación Primavera –ayuda a estas Iglesias para hacer frente a sus vocaciones, sobre todo las sacerdotales– quiere hacernos ver a los católicos españoles que, aunque muchos de esos países necesitan de lo más básico,

de lo que se ocupa sobre todo Manos Unidas, también necesitan ayuda para formar bien a los seminaristas que serán los pastores futuros. La reciente fundación para proyectos pastorales de otras Iglesias, creada por la Conferencia Episcopal, quiere llamar la atención de los católicos para que no olviden lo esencial: el anuncio de Jesucristo y su Evangelio, que cambie la vida de las personas a una auténtica justicia con Dios y los hombres.

DIOS FUERTE

Leí una vez una reflexión bonita. Iba de videojuegos. Todos los videojuegos van de lo mismo: un combate en el que hay que ser el más rápido, el más hábil, el más fuerte; hay que ganar a toda costa, hay que matar a un gran número de enemigos, devastar sus territorios y destruir toda clase de monstruos.

Pues bien, los videojuegos no son una buena preparación para comprender lo más sorprendente del cristianismo: la victoria a través de la derrota. Cristo ha vencido a la muerte —es lo que celebramos en Pascua y cada domingo—, pero no la ha aplastado. Se ha sometido a ella: ha pasado por la noche del sepulcro y por la bajada a los infiernos. Es decir, Dios se ha despojado de su poder y se ha hecho pobre y débil; en una palabra, se ha hecho hombre. Su victoria sobre la muerte no ha sido como en los videojuegos: no ha querido ser el más fuerte; ha querido ser vencido, y conocer la muerte.

Realmente el cristianismo produce estupor, porque en él se dan paradojas tremendas. Por ejemplo, todo en el cristianismo es incomparable: Cristo nace de una virgen y muere, siendo Hijo de Dios, en una cruz de ajusticiado. También resucita, aunque haya cristianos que, a tenor de las estadísticas, no lo crean. Y es que lo hizo sin ruidos, discretamente, diría yo, y ¡eso que es la cosa más grande que ha sucedido en la historia! Al amanecer, la tumba está vacía. Las mujeres lo atestiguan: el cuerpo no está donde lo habían dejado.

Y cuando Jesús se aparece a los suyos no es para cantar victoria, sino ante todo para darles la paz con los gestos familiares de cada día, como si nunca les hubiera dejado.

Estamos, pues, en los antípodas de la lógica de los videojuegos. Los acontecimientos de Semana Santa no son un juego. El misterio Pascual es más bien un drama que sucede de una vez para siempre. Pero la Liturgia de la Iglesia lo hace presente, porque muerte y resurrección de Jesucristo son acontecimientos únicos, los únicos que se pueden repetir de los muchos hechos que se han dado en nuestra historia. Por eso somos contemporáneos de estos acontecimientos: es nuestra vida y nuestra muerte lo que está en juego en ellos.

Los cristianos debemos profundizar en esta reflexión y ver si realmente estamos viviendo estas realidades, no sea que nos perdamos en otros problemas sin importancia que ocupan nuestra vida, como son fiestas, tradiciones o nuestras cosas.

El triunfo de Jesucristo prepara el nuestro. Estamos seguros: la muerte no tendrá la última palabra, porque Dios se ha humillado hasta la muerte, y muerte de cruz. Sin duda por ello Dios es fuerte, el único fuerte.

VOLUNTARIOS DE LA MISERICORDIA

No cabe duda: el voluntariado es un fenómeno cultural y social. También lo es eclesial, con insospechadas dimensiones. ¡Qué curiosa es la vida! Efectivamente «el voluntariado representa una saludable reacción a la sociedad paradójica en que vivimos; en ella las desigualdades, la exclusión y la marginación contrastan poderosamente con la capacidad de generar recursos suficientes para todos. El voluntariado apuesta por la solidaridad frente al egoísmo, por los valores cualitativos frente al ansia de tener y poseer, por la gratuidad frente al interés, por la justicia frente a las injusticias individuales y estructurales». Son palabras de los obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral con motivo del Día del Enfermo.

Hay voluntarios cristianos y no cristianos. Hoy hablamos de éstos últimos –de algún modo también de los primeros–, y en concreto de aquellos voluntarios que dedican su tiempo a los enfermos, a los cuidados que ellos necesitan, a los que forman parte de la Delegación diocesana de Pastoral de la Salud. Estas personas, inspirándose en su fe y movidas por su amor solidario a los desvalidos, se comprometen a destinar de modo estable su tiempo libre, en asociación con otras personas, para prestar un servicio gratuito en esta campo de la salud y la enfermedad.

Este voluntario está tocado por Cristo y quiere participar de los sentimientos de Jesús, como se refleja en Flp. 2,5. Por ello, traduce en amor efectivo sus mismas actitudes que manifiesta el Señor en la parábola del Buen Samaritano. Así, en la raíz, la opción por el voluntariado es el fruto de una experiencia de fe y vida: quien se sabe amado por Dios se siente invitado a dar gratis lo que gratis ha recibido.

En la tradición bíblica, por otro lado, aparece claro que el hombre –especialmente el pobre, el débil, el desvalido, y todo esto es el enfermo– no experimenta muchas veces el amor que Dios le tiene, si no es a través de otros hombres y mujeres que han comprendido que, en su más profunda identidad, *Dios es amor* (1 Jn. 4,8). Ciertamente creyente y no creyente coinciden en el «conmoverse» ante la adversidad ajena y, de ese modo, se solidarizan individual y colectivamente para prestar una ayuda eficaz. El

mensaje de Jesús es válido para todos los que practican este tipo de voluntariado social, sean del signo que sean.

El voluntario cristiano en el mundo de la salud y la enfermedad debe unir los pequeños gestos diarios, humildes y callados a saber dar prioridad a los enfermos más desasistidos, privilegiando la dimensión humanizadora y evangelizadora de la Iglesia en este ámbito de la tarea cristiana. Y, ¿cómo sería posible esto, sin una renovación de la pastoral de la Salud y el empeño renovado de las parroquias y de las instituciones sanitarias y sociosanitarias? Los Obispos de la Comisión de Pastoral nos orientan muy bien para esta tarea. Expongo muy someramente sus orientaciones:

1. Reconocer y discernir el valor evangélico y social del voluntariado.
2. El voluntariado ha de ser expresión de lo que es la comunidad cristiana: ella es la que tiene el mandato del Señor de curar y anunciar el amor de Dios.
3. Toda comunidad cristiana, también las que están en el sector de la pastoral de la Salud, debe promover el voluntariado, como parte de su misión evangelizadora.
4. Este voluntariado necesita una formación adecuada y un apoyo mantenido.
5. Es preciso ahondar en la identidad del voluntariado cristiano so pena de desembocar en una peligrosa indiferenciación.
6. Un lugar privilegiado para la creación y animación de voluntarios cristianos han de ser los equipos o servicios de asistencia religiosa dentro de los hospitales e instituciones sociosanitarias.

Mi ánimo y mis simpatías para con los cristianos que ayuden a sus hermanos enfermos quieren ser claros y directos; no olvido que el mundo de la salud y de la sanidad y especialmente «el mundo del sufrimiento humano recuerda de alguna manera y de modo constante otro mundo: el del amor humano» (Juan Pablo II).

UNA NUEVA SITUACIÓN

Una nueva situación de la presencia de Cristo en medio de su Pueblo aparece tras su Ascensión a los cielos. Un aspecto muy rico de la Pascua que estamos celebrando. Cristo desaparece visiblemente, pero sigue con los suyos de manera real. Y esta realidad genera una misión universal, un deseo y necesidad de evangelizar, comenzando por Jerusalén: el Padre ama al mundo, lo ha salvado por la redención de su Hijo y con la promesa del Espíritu Santo actúa ese amor de Dios en nuestra sociedad.

Así comenzó la andadura de la Iglesia del Señor, una vez que recibe la fuerza del Espíritu Santo en Pentecostés. ¿Qué tenemos que hacer hoy en esta hora crucial, en nuestra tierra y en nuestro pueblo? Evangelizar,

con espíritu misionero y sin descanso. ¿Qué esperan de nosotros, los que somos la Iglesia? En el fondo, poder experimentar ese amor de Dios, la cercanía y el encuentro con Jesucristo y la paz y la fuerza que da el Espíritu Santo.

¡Pero tengamos cuidado! Nuestra sociedad, a veces nuestras comunidades cristianas o algunos de sus miembros, nos piden con frecuencia que nos limitemos a divertirlos, cantando las canciones de Sión, como dice el Salmo 136,3. Este es uno de los problemas que hoy se nos pueden presentar y, además, revestidos de religiosidad popular, buena en sí misma, pero naturalmente necesitada de evangelización. Y esa evangelización es fuente de conflictos.

Es decir, somos queridos y aceptados en la medida en que somos cultura popular y tradición. Y es que –se nos dice– pertenecemos a las costumbres, a las señas de identidad, a la configuración histórica concreta de un pueblo. Y eso está por encima de todo. Eso sí, que no se nos ocurra pensar que nuestro mensaje pase al ámbito de lo público o a influir en la configuración actual de nuestra sociedad, de modo que realicemos cualquier programa u acción que critique lo política o «religiosamente» correcto. Eso no se acepta bajo ningún concepto, recurriendo para ello a toda clase de argucias o razones que en la mayoría de los casos nada tienen que ver con el Evangelio.

Y en este problema no está en juego lo que las comunidades parroquiales tienen de riqueza espiritual plasmada en el arte, en las costumbres y sobre todo en la recia fe de sus habitantes. Eso se respeta y se enriquece con la renovación de la Liturgia y la nueva sensibilidad eclesial salida del Concilio Vaticano II, como nos aconseja el Papa a los obispos en la última visita «ad limina». No es eso.

Es una cierta cerrazón de mente y corazón que no cambia y que se queda en lo puramente exterior o local; que no lleva a mayor comunión eclesial, sino a mantener costumbres o tradiciones que, desgajadas de la comunión eclesial, no conducen a ningún sitio, porque les falta alma para hacer algo más que conservar, porque no afronta el reto de la nueva evangelización, porque confunde el ámbito de las instituciones civiles con lo que es la Iglesia, porque sólo muestra lo más fácil y exterior y no lo profundo, que no pasa.

EL ESPÍRITU SANTO

Oí una vez una pequeña historia de un viejo cura; una de esas sencillas anécdotas que ha jalonado la vida de pastores humildes y, por eso, grandes. Solía este sacerdote decir a sus fieles en sus sermones:

«Yo no sé que es lo que pasa, pero al Padre, con eso de que fue el creador del mundo, la gente le quiere y le recuerda. Al Hijo también le quieren

porque se hizo uno de nosotros. En cambio, del *pobre* Espíritu Santo nadie se acuerda».

Y no es cierto que el Espíritu Santo sea precisamente pobre, pero sí lo es que para la mayoría de los fieles suele ser una de esas cosas de nuestra religión que la gente se «traga» pero no se molesta en entender y menos en vivir. ¿Pasará esto también en este año dedicado al Espíritu en nuestra preparación al año 2000? En la segunda parte de mi Carta Pastoral para la Pascua de 1998, intenté subrayar el valor que tiene para la Iglesia y los creyentes la entrega del Espíritu a esta Iglesia por parte de Jesucristo.

En este día de Pentecostés, adoro al Espíritu, Amor eterno entre el Padre y el Hijo, que me ha hecho conocer a Jesucristo y me ha hecho miembro de la Iglesia del Señor, Madre de la que he nacido a la verdadera vida. El Espíritu Santo es parte viva, vivísima, de lo que somos como cristianos. Jesús habla incesantemente y con pasión de Él. Leed el Evangelio y lo veréis. Nos anunció su venida como una de sus más grandes promesas. Y desde el principio de los tiempos la Iglesia ha celebrado el día de Pentecostés como una de sus fiestas decisivas, como la gran jornada en que comenzó verdaderamente la obra de la Iglesia.

Sin duda que los pastores hablamos poco del Espíritu Santo y tal vez por ello es desconocido este Consolador entre los fieles; también este desconocimiento puede provenir de que al Espíritu Santo no lo vemos. Vemos, sin embargo, su obra.

Porque, leídos con atención, por ejemplo, los *Hechos de los Apóstoles*, descubrimos que los Doce estaban hundidos después de la marcha de Jesús, carecían de ánimos, jamás hubieran sido capaces de salir a predicar, de jugarse sus vidas, de lanzarse a todo lo ancho del mundo. Y, de repente, cae la llama sobre ellos y se transfiguran: los que eran mediocres se convierten en audaces; los tímidos en valientes; los tartamudeantes hablan lenguas. Y tienen tal coraje que la gente, dice la Escritura, cuando les veía se creía que estaban borrachos. Pero nadie sospechaba que el vino que habían bebido era el Espíritu.

Su llegada les había descubierto el verdadero rostro de Dios. La fe que tenían adormecida se había puesto en pie. Ahora se daban cuenta de que en Dios se puede creer o no creer, pero no se puede creer a medias, creyendo y no amándolo. ¿Por qué nosotros no contagiamos nuestra fe? Porque no hemos conocido en el fondo al Espíritu Santo. ¿Por qué somos tibios? Porque el Espíritu no ha entrado del todo en nuestras almas.

También nosotros necesitamos nuestro pentecostés particular. Cada uno a su manera. Hay muchos caminos para encontrarse con el Espíritu. Lo necesario es que su llama descienda sobre nosotros.

¡Feliz Pascua de Pentecostés!

¿DEPENDERÁ EL DERECHO A LA VIDA DE LA LEY?

Tal vez el 9 de junio se lleve a cabo, en el Congreso de los Diputados, una nueva votación sobre la ley del aborto. El Partido Socialista y el Grupo Mixto han presentado, en efecto, sendas Proposiciones de Ley que incluyen un nuevo supuesto: no sería delito lo que llaman «interrupción voluntaria del embarazo» cuando la continuación de éste suponga un conflicto personal, familiar o social de gravedad para la madre.

La Iglesia Católica sigue diciendo, por el contrario, que el aborto provocado es muerte; es asesinato de una criatura inocente. Y considera que toda legislación favorable al aborto provocado es una grave ofensa a los derechos primarios del hombre y al mandato divino «no matarás». Un duro enfrentamiento.

Ampliar la ley del aborto es un «ritornello» en la sociedad española y en el Parlamento. El pasado 24 de febrero se llevó a cabo una primera votación de este cuarto supuesto. El resultado fue de empate en dos ocasiones, y por ello quedó rechazada la proposición de Ley, a tenor del artículo 88 del Reglamento.

Es triste que la proposición de Ley presentada de nuevo a votación sea considerada por un grupo político «realista y respetuosa con la dignidad de la mujer»; parece además cínico afirmar que con este supuesto se trata sólo de afrontar una situación de conflicto grave y buscar soluciones para que la mujer pueda resolver su conflicto (¡) de la forma más responsable y serena.

¿Qué significaría la aprobación de esta ampliación? Sencillamente un retroceso. ¿Cuándo buscarán algunos políticos la solución de los verdaderos problemas de un país con una tasa de natalidad incapaz de afrontar el relevo de las generaciones? Desde luego no con nuevos supuestos despenalizados de una ley ante la que nuestros sucesores sentirán rubor. Este «supuesto» supuesto es un retroceso en la garantía de los derechos humanos, y una incapacidad por parte de nuestros políticos a la hora de resolver los problemas de nuestra sociedad.

El aborto merece un debate social sosegado que, en el fondo, le ha sido negado a la sociedad civil. Muchas veces los ciudadanos sienten que no pueden ejercer madura y abiertamente sus derechos. ¿Por qué en estos años en los que lleva vigente la Ley de despenalización del aborto con sus tres supuestos no se ha hecho una auténtica política social, que palie las circunstancias que empujan a tantas mujeres a tomar la decisión de abortar? ¿No dicen tantos políticos y pensadores que el aborto no es nunca agradable? No deja de ser un fracaso, pues, del Estado, del Pueblo español, tener que recurrir a otro supuesto.

El Pontificio Consejo para la Familia, en un reciente documento (Declaración sobre la disminución de la fertilidad en el mundo), señalaba que en 51 países (entre los que se encuentra España) la fertilidad está por

debajo del nivel de reemplazo generacional. La fidelidad a la Declaración de Derechos Humanos –sigue afirmando– implica que se excluya toda maniobra que, bajo pretexto de supuestos «nuevos derechos», pretenda incorporar el aborto. «Los derechos del hombre trascienden todo orden constitucional», ha dicho alguna vez Juan Pablo II.

Estos derechos son inherentes a cada hombre. No nacen en absoluto de decisiones consensuales, renegociables continuamente, a merced de las relaciones de fuerza o de los intereses presentes. La existencia misma de estos derechos de ningún modo depende de las formulaciones, más o menos felices, que se encuentran en las Constituciones y la leyes. Pero esto lo olvidan muchos de nuestros políticos

B) HOMILÍAS

ORDENACIONES SACERDOTALES. 3-Mayo-1998

Queridos hermanos:

En la Pascua del Señor, Él nos concede a la Iglesia de Salamanca gozar de una celebración como ésta, en la que el Seminario Diocesano presenta al Obispo a dos Diáconos formados en esta institución básica para ser ordenados presbíteros. Con sencillez quiero deciros, Miguel y Jorge, que estamos alegres por vosotros. Vais a ser pastores en esta Iglesia; vais a seguir al único Pastor, Jesucristo, que ama entrañablemente a estos hombres y mujeres de Salamanca y, por eso os ha escogido para ser sus presbíteros. Por eso y porque os quiere y desea que seáis felices, entregando vuestra vida por nuestros hermanos, por extender el Reino de Dios.

Agradezco al Seminario y a cuantos os han ayudado en vuestra formación, de modo que yo pueda esta tarde imponeros las manos. Agradezco a vuestras familias, a vuestras madres y hermanos –los padres están también viendo esta hermosa realidad desde otro tipo de vida– vuestras personas, lo que vosotros sois y el apoyo que os han prestado para realizar vuestra vocación. Damos gracias también a las parroquias en las que habéis vivido y trabajado, en las que últimamente os habéis formado en la etapa pastoral. Deseo igualmente agradecer la presencia de sacerdotes y laicos, de religiosos y consagrados en la Iglesia Catedral para formar esta hermosa asamblea. Nos unimos en comunión con la Iglesia de Roma, pues hoy también Juan Pablo II ha ordenado en San Juan de Letrán a sus sacerdotes.

Es un buen día, a pesar del frío que no quiere alejarse entrada ya la primavera y en el mes de mayo, tan mariano. Es un buen día para esta Iglesia de Salamanca. Nos dice el nuevo Ritual de Ordenes, en su introducción general que «por la Ordenación sagrada se confiere a los presbíteros aquel sacramento que, mediante la unción del Espíritu Santo, marca

a los sacerdotes con un carácter especial. Así serán identificados con Cristo Sacerdote, de tal manera que puedan actuar como representantes de Cristo Cabeza».

En consecuencia, los presbíteros tienen parte en el sacerdocio y en la misión del Obispo. Como sinceros cooperadores del Orden episcopal, llamados a servir al Pueblo de Dios, forman, junto con su Obispo, un único Presbiterio dedicado a diversas funciones. Participando, en el grado propio de su ministerio, del oficio del único Mediador, Cristo (cf. 1 Tm. 2,5), anuncian a todos la Palabra divina, desempeñan la presidencia eucarística y la reconciliación, alivian a los enfermos y a los fieles penitentes, presentando a Dios Padre las necesidades y súplicas de los fieles. Ejercen también la autoridad del oficio de Cristo, Pastor y Cabeza, pero han de hacer con el amor, no con la aspereza, reuniendo a la familia de Dios como una fraternidad, animada con espíritu de unidad, y conduciéndola a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo.

Dentro de los domingos de Pascua, es tradicional contemplar al Resucitado como Buen Pastor. Es una imagen muy sugerente, escogida además por el mismo Jesús, porque resume elocuentemente la misión que Él asumió mientras estaba con nosotros y que hoy, glorificado a la derecha del Padre, continúa cumpliendo para con los hijos de la Iglesia peregrina: velar por su rebaño y conducirlo al Reino, como dice la poscomunión de este domingo, dedicado además a la oración por las vocaciones de especial consagración en la Iglesia y por las vocaciones nativas en los países de Iglesias más jóvenes.

El lenguaje eclesial de hoy insiste en calificar como pastorales diferentes actividades de la Iglesia. Si no se abusa del término ni se estropea su sentido, que al fin y al cabo lo aclara bastante bien el evangelio de este domingo, es bueno pretender que toda la actividad de la Iglesia se comprenda y se desarrolle a imitación y bajo la inspiración del único buen Pastor, Jesucristo. Pero de la tradición evangélica y la del Nuevo Testamento no puede excluirse sin caer en falta de lógica que hay en la Iglesia algunos que son llamados al ministerio ordenado. Y la vocación parte de la voz del Buen Pastor. Él es quien llama a través del Espíritu Santo. Se deben valorar todas las llamadas, pero ser presbítero en la Iglesia es vocación, que suscita y anima las otras vocaciones y carismas. Esto debe ser entendido en toda su amplitud por la comunidad diocesana, si no queremos que algún día entre nosotros sea realidad lo que decía un «spot» publicitario: «Ayúdanos, o muy pronto bodas, bautizos y comuniones serán sólo cosa de restaurantes».

El cap. 10 de Jn. que leemos en este domingo destaca de forma lapidaria la relación vital, íntima, de las ovejas con el Buen Pastor: ellas reconocen su voz, el Pastor las reconoce, ellas lo siguen, el Pastor les da la vida eterna; no caminan hacia la perdición sino hacia la Vida. Esto es lo que quiere el Padre y lo que el Hijo lleva a cabo. Pero precisamente está ahí

la razón de que existan presbíteros al frente de las comunidades cristianas: no se trata de mera organización, se trata de que Cristo siga actuando como Cabeza en el sacerdote que el Obispo ordena y envía a esas comunidades.

No se os puede olvidar esta realidad. Miguel y Jorge: si os separáis de Cristo, si no lo conocéis bien, ¿qué podéis hacer como curas? Solamente un superficial liderazgo humano que no os llenará la vida. Un trabajar sin descanso, pero sin hacer lo importante y lo esencial, es decir, no dar en la diana. Sin Cristo y sin dejaros llevar del Espíritu que hoy vais a recibir no seréis nada y fracasaréis. Fallos podemos tener, pero estar equivocado en el rumbo lleva a alejarse cada vez más de la meta.

Os espera un trabajo ingente y urgente. Un trabajo valiente y duro, pero precioso. Un trabajo a veces no comprendido, pero necesario: anunciar el Evangelio, hacer la *Plantatio Ecclesiae* en nuestro mundo, indicar el camino, tomar decisiones difíciles y valientes como Pablo y Bernabé toman en Antioquía de Pisidia (1ª lectura), actuar no según los criterios del mundo. Pero sabiendo que, aún en medio de la gran tribulación, aún blanqueadas nuestras vestiduras en la sangre del Cordero, Este vence y se sienta en el trono, porque ha acampado entre nosotros. Y no pasaremos hambre ni sed, ni nos hará daño el sol ni el bochorno: Cristo, que está delante del trono del Padre, será nuestro pastor y nos conducirá hacia unas fuentes que son de agua viva. LA PALABRA DE DIOS HA DE SER PREDICADA A TODO EL MUNDO, SIN FRONTERAS. Pero anunciarla siempre cuesta. No es un camino de rosas. Hoy, por ejemplo, descubrimos más que nunca la increencia como un problema muy grave que la Iglesia afronta en la sociedad actual. No nos engañemos: se da una resistencia al Evangelio. El servicio de predicarlo está lleno de dificultades, como experimentaron Pablo y Bernabé en los comienzos. Y es el Espíritu Santo quien nos da la gran confianza en la lucha y en la vida ministerial que la Escritura llama «parresía», porque sabemos que el Buen Pastor está presente en su Iglesia para conducirla constantemente.

Amad mucho a la gente, dadles el servicio de Jesucristo. Sigue habiendo hambre de Dios en nuestro mundo, aunque parezca lo contrario. Sed personas que abráis nuevos caminos. Pero no lo lograréis sin fidelidad, oración, dedicación y sacrificio, que es una forma de amor, como nos muestran nuestras madres constantemente. La comunidad de los seguidores de Jesucristo siempre necesitará hombres dedicados a este ministerio de ser imágenes del Buen Pastor.

Al acabar mis palabras, vuelvo mi corazón al Señor Jesucristo y al Espíritu Paráclito, pero pedirle por vosotros en este día imborrable para los dos. Iréis creciendo en el Presbiterio salamantino, que también os ha ayudado tanto: vuestros curas, los demás presbíteros y tantos cristianos que rezan y están cerca de vosotros. Esta educación y formación para el sacer-

docio no es cosa ni de un día ni de una persona. Vosotros conocéis quienes os han prestado la ayuda y la fuerza. También vuestras familias, sin duda. Y probablemente más de lo que pensais. Vuelvo los ojos a vuestras madres, aquí presentes. Y también a la Madre de todos, la Virgen nuestra Señora. A ella, alegre por la resurrección de Cristo, le pedimos por vosotros, para que os tenga bajo su cuidado y su amparo. Que así sea.

FESTIVIDAD DE SAN JUAN DE ÁVILA. 9-Mayo-1998

Pido al Señor y a su Espíritu que nos dé capacidad de asombro ante sus obras grandes en nuestras vidas de sacerdotes en las que ha mostrado también su misericordia y su amor para con su pueblo en favor de nuestros hermanos, los religiosos/as y los fieles laicos que con nosotros forman la Iglesia de Dios.

Hoy esta acción de gracias se materializa en vosotros, hermanos, que celebráis vuestros 25 ó 50 años de la ordenación de presbíteros. Se hace densa en ti, mi querido hermano Mauro, padre y pastor de esta Iglesia de Salamanca, que el 22 de Mayo de 1948 fuiste ordenado presbítero por el viejo Señor Patriarca de Madrid-Alcalá. Me une a ti no sólo el vínculo de la sucesión apostólica como obispos de la Iglesia Católica. También tenemos en común la modelación de nuestro ser de pastores en la misma Iglesia y Seminario, aunque en épocas diferentes, y el pastoreo de la misma querida Salamanca. Hay, sin embargo, una diferencia muy notable: tú has gastado tu vida en el día a día de esta Iglesia; has soportado una noble lucha en un momento eclesial difícil, complejo pero apasionante; yo tengo mucho que aprender en el amor a la grey, a los sacerdotes y los fieles de esta Iglesia, y me miro en tu caridad pastoral para que me sirva de espejo que muestre el camino.

En la celebración de la Eucaristía en el día de nuestro Patrón, de ese gran sacerdote san Juan de Ávila, aparecen también vuestras vidas de sacerdotes de Jesucristo: don Gabriel, admirable estudioso de la Escritura que da vida; don Acisclo, incansable acompañante de adoradores; don Rafael, que a su trabajo pastoral ha unido el servicio de tener dispuesto nuestro Archivo, memoria de nuestra Iglesia; don Segundo, de la fecunda saga de Macotera y comillés en Teología; don Wenceslao, muy salmantino, pero gigante pastor entre las gentes de Asunción en Paraguay, que tendrá sin duda su corazón en este encuentro de hoy; don Matías, de la Iglesia de Ciudad Rodrigo pero con muchos años entre nosotros.

También resaltamos en esta asamblea del Señor a Francisco Carreras, que, desde la hermosa Cuba, ha hundido sus raíces en Salamanca, en esas pequeñas parroquias de la Armuña y en su dedicación a la enseñanza; Joaquín, el Vicario General de nuestra Iglesia que cada día vive conmigo la

pasión del pastoreo de esta Iglesia, lleno de complejidades y que exige darlo todo; Amado, el cura de Vecinos que cuida del Cristo de Cabrera y de las Carmelitas, si es necesario con el video dispuesto a toda eventualidad; Juan Manuel, con la suavidad de Canarias, y que por tierras de Armenteros gasta su vida entre comunidades pequeñas y muchos chavales en el gran colegio. Yo no he conocido a don Ramón Bueno, fallecido hace pocos años, que fue ordenado también en 1948 y que desde otra dimensión celebrará este acontecimiento.

¿Me permitís, hermanos, una corta reflexión, centrada en ese evangelio de San Juan al inicio del cap. 10? Me gustaría que todos nosotros tuviéramos muy adentro qué somos y de dónde venimos: somos sacerdotes de Jesucristo y nos conformamos con Él. Una tarea que no se acabó, sin duda, el día que el Obispo nos impuso las manos, sino que, en una relación dinámica con Cristo, vamos trasvasando sus sentimientos a nuestra persona, para que no se esclerotice en nosotros su sacerdocio.

Jesús habla de la necesidad, por ello, de acceder al rebaño, a las ovejas, por la puerta del aprisco. La imagen se entiende si pensamos en varios propietarios de pequeños rebaños, que reúnen sus ovejas en un redil construido de algún tipo de mampostería y en el que se pone un guardián. De madrugada el pastor llega a la entrada del redil y el portero le deja entrar. Llama y atrae con halagos a «sus ovejas»; también tiene que ayudar a algunas a fin de «conducirlas a todas». Después de abandonar el redil, el pastor se pone a la cabeza del rebaño, precediendo a sus ovejas, que le siguen porque conocen su voz.

La escena no tiene únicamente un sabor bucólico, un poco cursi, si se quiere. Tiene más hondura. Aquí hay un deseo revelador en Cristo. Él quiere decirnos algo de cómo es el Pastor. El pastor llama a sus ovejas «por su nombre», una costumbre que los pastores palestinos han conservado hasta nuestros días. Así la amistosa familiaridad del pastor con sus ovejas, reflejada en este hecho, cobrará aún mayor relieve con cuanto sigue en los v. 4-5. El sacar las ovejas del redil, en el que se apretujan muchas reses, no es cosa fácil en modo alguno. Eso es lo que ha debido motivar la expresión «sacar fuera»: sólo cuando el pastor ha reunido a todas sus ovejas en campo abierto, «va caminando delante de ellas» para conducirlas a los pastos, que a menudo quedan lejos, y para lo que se requiere un buen conocimiento de los lugares.

En el lenguaje figurado lo que le interesa al evangelista subrayar es que las ovejas sigan gustosas al pastor y a nadie más. Conocen la voz de su pastor; la familiaridad es recíproca, y a la llamada del pastor corresponde la escucha atenta de las ovejas. La expresión «seguir» (=seguimiento creyente) y «conocer su voz» (= reconocer al revelador y entender su revelación) se abren sin más en su sentido profundo a los lectores creyentes del Evangelio.

Mis queridos hermanos, ser como este Pastor, Jesucristo, es tarea ardua, difícil y desbordante, pero es apasionante, en la que el conformarse con Cristo no acaba nunca. Pero hay más, que a mi modo de ver ha de subrarse: el presbítero es ante todo pastor. No simplemente anuncia el Evangelio. El pastoreo es más que el anunciar. No podemos olvidarlo en este tiempo de despersonalización de la fe. Sigue habiendo necesidad de verdaderos pastores que conozcan a sus ovejas, que las llamen por su nombre, que se impliquen en su vida, que la gasten por encontrar nuevos pastos. Es primordial el factor «oveja», es decir, es prioritario el cuidado del Pueblo que se nos ha encomendado, que requiere unidad y amor pastoral en una Iglesia local. Vosotros, con vuestros 25 y 50 años de pastoreo, también nos ayudáis a revisar el pastoreo de cada uno de nosotros. Y pedimos por vosotros, para que no decaigáis en el empeño, para que la fortaleza del Espíritu os haga fuertes y dóciles al gran Pastor de nuestras almas, Cristo Jesús.

A partir del v. 6 aparece un tono polémico en el texto, que también es sugerente y que brevemente comentaré. Es difícil determinar con exactitud el círculo de personas al que apunta la polémica. El estrecho encadenamiento con Jn. 9 de este capítulo impone por sí solo una referencia a los círculos dominantes del Judaísmo en tiempos de Jesús y del mismo evangelista. Puede pensarse así mismo en los falsos pretendientes mesiánicos; tampoco sería impensable un repudio de los movimientos celotas o de personajes salvadores del helenismo. En cualquier caso, lo que dice Jesús es que no hay más que un acceso a las ovejas, y está «ocupado» por Él; no hay más que un portador de salvación, un único camino al Padre, y lo es Jesús, la puerta.

En cuanto tal camino, único y absoluto para la salvación, Jesús es la puerta para las ovejas (v. 9); y, en tanto que revelador único que desenmascara todos los caminos fatídicos de todos los otros «salvadores», es también la única puerta para las ovejas. Esta palabra sobre la puerta es muy cercana sobre todo a la palabra camino, como se ve en la comparación con Jn. 14,6:

Jn. 10,9

Yo soy la puerta.

El que entre por mí
estará a salvo.

Jn. 14, 16

Y yo soy el camino, la verdad

Y la vida.

Y nadie va al Padre sino es por mí

Hermanos, ¿podremos nosotros, pastores en el único Pastor, prescindir de la unión con Cristo Jesús? 25 ó 50 años de sacerdocio es un momento bueno para pararse y contemplar cómo está nuestra relación afectiva con Cristo Jesús, cómo es el papel que Él juega en nuestra vida, cómo llevamos a nuestros hermanos al único Salvador. Es un momento igualmente propicio para gozar de la misericordia del Señor que nos acoge y sigue teniendo para con nosotros esa mirada de amor y predilección que llega hasta el perdón de nuestros pecados.

Jesús no se cansa de venir a nuestro encuentro. Recordad aquella escena del cap. 21 de san Juan, en la que, como un desconocido, pregunta a los Apóstoles pescadores si tienen pescado. ¿Hay algo más lógico? Los discípulos, que no están para bromas, responden con un «no» bastante seco. Pero en la vida eterna nos llevaremos más de una sorpresa al comprobar la cantidad de veces que Jesús ha pasado a nuestro lado y no nos hemos dado cuenta. Aquella vez pasó esto mismo: los discípulos echan la red al lado que les dice el desconocido. Cuando recogen una multitud de peces se les abren los ojos del alma: es Jesús quien ha dado ese consejo, pues sólo el maestro puede hacer algo así.

Nosotros, los pastores, tenemos nuestros fallos y nuestros pecados. Pero eso no es decisivo. El error de Judas fue no rectificar. Quizá le falló el amor, algo que Pedro no perdió nunca. Por eso él se tira al agua para ganar tiempo. Y resulta conmovedor contemplar la improvisada comida que se organiza junto al lago de Galilea. Como si nada hubiera ocurrido, como si el Señor estuviera rodeado de siete hombres que nunca le hubieran dejado solo, como si esos pescadores tuvieran la misma fidelidad que su Madre. Así es Dios. Así es Jesucristo: nada de recordar traiciones ni de traer a la memoria recientes abandonos.

A Dios le interesa más nuestro corazón que nuestra hoja de servicios. De ahí que la pregunta que Jesús dirige a Pedro se refiere al amor: «¿Me amas?». Tampoco pone Pedro el acento en sus cualidades, sino en el juicio divino. «Tú sabes que te quiero». Y esto es suficiente para que el Buen Pastor deje en nuestras manos su rebaño.

Él ha querido que nosotros seamos pastores. Él sabrá por qué. Vosotros sois hermanos pastores en el Pueblo de Dios. Tú, mi querido don Mauro, eres sucesor de aquellos pescadores. También tenemos hoy para nosotros al sucesor de Pedro. Y Juan Pablo II es un hombre que quiere a Dios, sin duda. Pero —sobre todo— es la persona que el Señor ha elegido para un pastoreo muy especial. Todos estos datos deben darnos mucha paz, a nosotros y nuestras gentes. También genera una gran inquietud en los que sólo se mueven por criterios humanos y quieren hacer en la Iglesia una absurda separación entre pastores y fieles.

Estamos con los pastores porque es el Señor quien en definitiva los elige. Estamos con el Papa porque resultaría un poco fuerte corregir al Espíritu Santo, que es el verdadero protagonista de un Cónclave. Pero a los hombres nos cuesta aprender. ¿Quién habría apostado por Pedro después del canto del gallo? Hay que volver los ojos a la historia y ver, sí, los pecados de los pastores, que los tenemos. Pero el instinto de la fe, que nos manifiesta por ejemplo san Juan de Ávila, nos dice que hay más: una elección de Cristo, que es capaz de superar aún nuestros fallos. Que Santa María, Reina de los Apóstoles, consiga del Señor para vosotros hermanos la fidelidad y la alegría de la fe, que vence al mundo. Que así sea.

Vicaría General, Secretaría General y Delegaciones y Servicios

A) VICARÍA GENERAL

COMUN-UNIÓN Y BIENES ECONÓMICOS

La adecuada y fiel gestión, administración y comunión de los bienes económicos de la Diócesis de Salamanca es un imperativo que brota del Evangelio mismo. Ello exige un verdadero espíritu de colaboración y de transparencia en las cuentas de todos los que en dicha gestión intervienen.

La responsabilidad económica cae sobre la entera Comunidad diocesana. Por eso mismo, la comunicación cristiana de los bienes materiales comienza por la organización de la economía en las Parroquias, en las que los fieles hacen normalmente su aportación a la Iglesia Católica, y alcanza a toda la Diócesis.

Además del servicio a los pobres, la Iglesia invierte económicamente en la remuneración de sus propios ministros, en la formación de los mismos, en la atención al culto y en el mantenimiento, conservación y restauración de los antiguos templos y edificios religiosos, más la construcción de nuevos.

Para sufragar todos estos gastos, la Administración Diocesana se encarga de gestionar los ingresos correspondientes, que vienen normalmente de las siguientes fuentes:

1. En primer lugar y procedente del Impuesto estatal sobre la renta, el Fondo Interdiocesano de la Conferencia Episcopal distribuye a cada diócesis una cantidad anual. Este año esa cantidad cubre el 50% , más o menos, de nuestros gastos diocesanos. Hay que decir que *en Salamanca las cantidades aportadas por quienes hacemos la declaración de la renta no alcanza a lo que recibimos de Madrid.*

2. En segundo lugar se tiene en cuenta lo que proviene de las limosnas, cuotas y tasas de los fieles en cada una de las parroquias, rurales y urbanas. De aquí la Diócesis recibe entre el 20 y el 30% de sus ingresos totales.

3. Finalmente, el resto del dinero que la Diócesis gasta anualmente procede de la gestión de su propio patrimonio.

En lo que a los bienes económicos de la Iglesia se refiere –parroquias en particular o Diócesis de Salamanca entera– debe tender a la búsqueda de la autofinanciación mediante las colectas y donativos voluntarios de los

fieles católicos. Aportaciones que deben ser animadas y potenciadas, como manifestación necesaria y explícita de lo que la misma fe cristiana supone.

Joaquín Tapia,
Vicario General.

B) SECRETARÍA GENERAL

ANTE LA PRÓXIMA SOLEMNIDAD DEL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

**(Mensaje para ser leído en las misas del domingo 7 de junio de
1998, solemnidad de la Santísima Trinidad, antes de la bendición)**

*A los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos de las Diócesis de
Salamanca y Ciudad Rodrigo*

Los obispos de Salamanca y Ciudad Rodrigo nos dirigimos a vosotros para haceros partícipes de la reflexión que hemos hecho, con espíritu de comunión, acerca de la situación creada en algunas comunidades parroquiales de nuestras respectivas diócesis ante la solemnidad del Corpus Christi.

Nos mueve el deseo de que comprendáis la importancia de celebrar en la misma fecha una fiesta que, además de ser expresión de la fe en la Presencia sacramental de Cristo, es un acto de comunión con toda la Iglesia. San Agustín decía refiriéndose al Misterio eucarístico: «¡Oh sacramento de piedad, oh signo de unidad, oh vínculo de caridad!» (Com. Ev. Jn., 26,13). Toda comunidad de los fieles, que celebra la Eucaristía y que da culto a este Sacramento bajo la presidencia de un sacerdote en cualquier lugar del mundo, debe sentirse unida, a través de Cristo y por obra del Espíritu Santo, a la comunidad diocesana que preside el Obispo y a la Iglesia universal cuya cabeza es el Papa.

Cuando la Conferencia Episcopal Española pidió en 1990 a la Santa Sede el traslado de la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre del jueves al domingo, lo hizo no sin dolor, para evitar el vaivén al que estaba siendo sometida por la legislación laboral de nuestro país y de acuerdo con las previsiones del mismo Calendario de la Iglesia, y para que pudiese ser celebrada en todos los lugares el mismo día y con el esplendor que corresponde a tan gran Misterio.

Somos conscientes de que la aceptación de esta unidad en la fiesta del Corpus Christi significa para algunas comunidades un gran sacrificio. Y en este sentido entendemos las resistencias que se han producido en algunos lugares. Pero la unidad tiene también sus exigencias. Entre ellas la de

renunciar a anteponer costumbres locales o intereses particulares a los bienes que se derivan de vivir la comunión en la Iglesia.

En efecto, la Eucaristía, al incorporarnos a la Iglesia, nos compromete a todos a vivir siempre vinculados a la comunidad eclesial, a escuchar, a buscar y a responder al Señor no por caminos solitarios e individuales, sino en la Iglesia y a través de la Iglesia. Sólo en ella y por medio de ella nos llega la Palabra de Dios y la Eucaristía. Al margen o fuera de la Iglesia la fe se empobrece y se vuelve en exceso parcial y subjetiva, el comportamiento moral se hace fragmentario y la sensibilidad religiosa se debilita y se adultera.

Queridos hermanos: la fidelidad en la Iglesia es hoy una virtud muy difícil. Somos los primeros en reconocer que bastantes creyentes se ven sacudidos por una mentalidad generalizada que exalta el individualismo y prima las razones de conveniencia personal por encima de las exigencias del bien común, y de exaltación de lo cultural y turístico por encima del hecho religioso que lo sustenta. Por eso os exhortamos a todos a hacer un esfuerzo de coherencia con lo que significa pertenecer a la familia de los hijos de Dios por el Bautismo.

Se ha dicho con toda verdad que «la Iglesia hace la Eucaristía», pero en realidad es «la Eucaristía la que hace a la Iglesia». Por este motivo desde nuestra conciencia de pastores y con el corazón de hermanos de todos vosotros, os pedimos que procuréis por todos los medios fomentar el amor fraterno, la reconciliación y la concordia en íntima comunión con la Iglesia diocesana. El amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, que se hace presencia maravillosa en la Eucaristía, tiene el poder de unir todos los corazones y hacer que se superen todas las discrepancias.

Os saludamos y bendecimos con todo afecto en el Señor:

+ Braulio, Obispo de Salamanca

+ Julián, Obispo de Ciudad Rodrigo.

Salamanca y Ciudad Rodrigo, a 6 de junio de 1998.

BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Obispo de Salamanca.

A lo largo de dos años, he intentado persuadir a las comunidades cristianas que todavía celebran la solemnidad del Corpus en jueves, de la conveniencia de celebrar esta entrañable fiesta el domingo siguiente al de la Santísima Trinidad, según el Decreto General de la Conferencia Episcopal Española de 16 de marzo de 1990, previa aprobación de la Santa Sede. Lo hacía pensando lo importante que es la celebración en el mismo día de una solemnidad que tiene como centro la Eucaristía, sacramento de comunión; no quiero cambiar el contenido de esta fiesta, sólo trasladarla al domingo, para salvaguardarla de los vaivenes del calendario laboral del gobierno de la nación, autonómico y local.

No se olvide que fue el Gobierno de España el que, en razón del calendario laboral, motivó que la Conferencia Episcopal trasladara esta fiesta de jueves a domingo, rompiendo así la tradición de siete siglos. Esto no se ha entendido así y varios obispos de España hemos sido criticados duramente por el traslado. Preveíamos resistencias lógicas, pues, a dicho traslado, pero la situación en algunas parroquias de nuestras diócesis se ha tornado extremadamente conflictiva, de modo que se pueden prever amenazas con tumultos y altercados de orden público si el jueves 11 no hay Eucaristía y, sobre todo, la posterior procesión con el Santísimo Sacramento por las calles de la localidad respectiva. Todo lo cual supone que se puedan dar tristemente situaciones que nada tienen que ver con la Sagrada Eucaristía.

Rechazo las presiones que desde ámbitos civiles y otras instancias se quieren hacer a la Iglesia, anteponiendo al hecho religioso cristiano otros intereses económicos, turísticos o de una mal entendida *tradición*. Actitudes que, en el caso de autoridades locales, ponen en peligro la separación Iglesia-Estado de nuestra Constitución.

Para nada, sin embargo, deseo una situación violenta en torno a la fiesta del Santísimo Cuerpo y Sangre del Señor y que de ella se devire escándalo para los fieles más sencillos. Por esta razón, habiendo hecho todo lo que, como pastor, estaba en mi mano, para que se entendiese el sentido del Decreto General de la Conferencia Episcopal, que yo no puedo abrogar:

AUTORIZO, con carácter de excepcionalidad y por un año:

1. Que en aquellas parroquias en las que la solemnidad del Corpus coincide con las fiestas patronales, se pueda celebrar la Eucaristía el jueves, con la posterior procesión con Jesucristo Sacramentado por las calles de la localidad respectiva.

2. Que el domingo, solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo en toda la Iglesia de España, esas parroquias celebren, en comunión con su Obispo y las demás comunidades hermanas, lo que la liturgia de la Iglesia Católica en España señala: la Santa Misa y la procesión con el Santísimo por las calles de la localidad.

Salamanca, a 7 de junio de 1998.

Braulio Rodríguez Plaza, Obispo de Salamanca.

C) DELEGACIONES Y SERVICIOS

MANIFIESTO 1º DE MAYO

En este 1º de Mayo, fecha tan señalada para todo el mundo obrero, el Secretariado de Pastoral Obrera quiere ser solidario con los graves proble-

mas y aspiraciones de los hombres y mujeres del trabajo. Desde la Buena Noticia de Jesús de Nazaret queremos hacer llegar nuestra voz en el seno de las comunidades cristianas y de la sociedad salmantina para manifestar con fuerza: “*Primero de Mayo, Primero el Empleo*”.

- Frente a la primacía del capital y los beneficios financieros y especulativos, producción y generación de empleo.
- Frente al paro escandaloso que se intenta “maquillar” con declaraciones y estadísticas, primero el elemental derecho al empleo.
- Frente a la precariedad alarmante acentuada por las ETT’s que azota progresivamente a más personas, primero el empleo digno y en condiciones.
- Frente a la economía sumergida alienante y explotadora, primero el empleo reconocido y garantizador.
- Frente a la exclusión social de amplios colectivos marginados, primero el acceso y posibilidad de empleo para los más pobres.
- Frente a la despersonalización de muchos trabajos industriales, primero el empleo creativo y participativo.
- Frente al goteo cotidiano y sangrante de accidentes laborales, primero el empleo, dignificador de la persona.
- Frente al abuso de las horas extraordinarias como suplemento de salarios recortados, primero el reparto de empleo.
- Frente a la desfachatez del pluriempleo de algunos, primero el empleo para todos.
- Frente a la esclavitud que rebrota en el Tercer y Cuarto Mundo, primero el empleo verdaderamente humano y humanizador.
- Frente al recortado y parcial Plan de Acción para el Empleo presentado por el Gobierno, primero políticas cuyo gran proyecto de futuro sea la supresión del paro y la creación real de empleo.

Nos sumamos, desde la utopía de la Nueva Humanidad comenzada en Jesús de Nazaret, a la búsqueda de las soluciones que la actual situación reclama. Y apostamos por el compromiso diario de tantos militantes en el esfuerzo por generar una nueva cultura en la que por encima del trabajo productivo, primero sea el empleo promocionador de la persona y de la sociedad.

Salamanca, 1 de Mayo de 1998
Secretariado de Pastoral Obrera
Diócesis de Salamanca

Crónica Diocesana

ENCUENTRO REGIONAL DE CATEQUISTAS

Organizado por la Vicaría de Evangelización (Enseñanza y Catequesis), el pasado 25 de abril tuvo lugar el Encuentro Regional de Catequistas. Procedentes de toda la región del Duero, los catequistas se dieron cita en una jornada de convivencia que tuvo como lema «*Guiados por el Espíritu. Señor y dador de vida*». Este año la reunión se celebró en Palencia.

CELEBRADAS UNAS JORNADAS DE REFLEXIÓN SOBRE VOLUNTARIADO Y PASTORAL DE LA SALUD

Organizadas por la Delegación de Pastoral de la Salud y Cáritas Diocesana, los días 11, 12 y 13 de mayo se celebraron unas Jornadas de reflexión. Convocadas bajo el tema «*Voluntariado y Pastoral de la Salud*», en ellas se presentaron las siguientes ponencias:

- 11 de mayo: «*El fenómeno del voluntariado, a finales del siglo XX*». Por Luis Aranguren, responsable del programa del Voluntariado de Cáritas Española.
- 12 de mayo: «*El voluntariado y la Iglesia*». Por José Román Flecha, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca.
- 13 de mayo: «*Mesa redonda sobre el voluntariado*». Con la participación de varios grupos de distintas organizaciones de Salamanca.

Las charlas tuvieron lugar en la Casa de la Iglesia (Calatrava) a las 8 de la tarde.

CELEBRADO EL II ENCUENTRO DIOCESANO DE FAMILIAS

Por segundo año consecutivo, la Delegación Diocesana de Familia y Defensa de la Vida organizó un Encuentro Diocesano con las Familias, el pasado 1 de mayo. En esta ocasión, el escenario elegido para la convivencia fue la ermita de Nuestra Señora de los Reyes, en Villaseco de los Reyes, y contó con la presencia del Vicario General, Joaquín Tapia.

El encuentro, al que asistieron unos 50 matrimonios de la diócesis, algunos con sus hijos, dio comienzo a las 12 de la mañana con el saludo a la Virgen. A las 12:30 tuvo lugar una reflexión en torno a «*El Espíritu y la fami-*

lia, según un cuadernillo preparado por la Delegación, seguida de diálogo en grupos. El tema fue muy participado, y durante el mismo salieron a relucir muchas inquietudes, propuestas e incluso experiencias personales.

Después de una comida fraterna, un tiempo para el ocio y los juegos. A las 17 horas, puesta en común de la reflexión, en la que los participantes se cuestionaron cómo vivir la presencia del Espíritu Santo en las familias o cómo influir en los hijos e incluso en otras familias para que vivan esa presencia. Como conclusión acordaron que había que vivir cada momento, aprovechando cualquier ocasión para hacer presente al Espíritu y hablar de él, aclarar posibles dudas...

La jornada concluyó con una Eucaristía, a las 18 horas, presidida por el Vicario General. En la homilía animó a los participantes a estar muy cercanos a Cristo, en especial el año que viene, dedicado a la segunda persona de la Santísima Trinidad. También les exhortó a estar dispuestos para reconocer a Jesús en cada acontecimiento cotidiano.

Como compromiso de este encuentro, valorado como muy positivo por la Delegación de Familia y Defensa de la Vida, se acordó que había que sacar adelante las actividades de la Delegación, independientemente del grupo o movimiento al que se pertenezca, con el fin de beneficiar a todos los matrimonios, sobre todo a aquellos que no están integrados en parroquias o grupos.

ORDENADOS DOS NUEVOS SACERDOTES DIOCESANOS

El domingo 3 de mayo, a las 18 horas, en la Catedral Vieja, el Obispo, Mons. Braulio Rodríguez Plaza, ordenaba a dos nuevos sacerdotes diocesanos: los diáconos Jorge García Gómez y Miguel Martín Yuste (Homilía en pág. 297).

Jorge García Gómez colabora en la Casa de Acogida del Sida y ha realizado su etapa pastoral en las parroquias de Barbadillo, Galindo y Perahuy, Carnero y El Tejado. Y Miguel Martín Yuste realizó su etapa pastoral en Alba de Tormes y los pueblos de Pedrosillo de Alba, Turra de Alba, Gajates y Galleguillos.

La primera Eucaristía presidida por Jorge García se celebró el domingo 10 de mayo, en la parroquia de Alba de Tormes, a las 12 de la mañana. Miguel Martín lo hizo el sábado 9, a las 6 de la tarde, en Cespadosa de Tormes.

ONCE SACERDOTES CELEBRARON SUS BODAS DE ORO Y PLATA SACERDOTALES

El pasado 9 de mayo, la Diócesis de Salamanca festejó el día de San Juan de Ávila, patrono del Clero Diocesano, rindiendo un homenaje a los presbíteros que este año cumplen sus bodas de oro y de plata sacerdotales.

El acto, que tuvo lugar en el Seminario de Calatrava, dio comienzo a las 11:30 de la mañana con la Oración litúrgica. A continuación, unas palabras del Obispo. Y la proyección de un documental titulado «Caminantes y caminos», en el que se reflejaba un poco la trayectoria de los sacerdotes homenajeados a través de fechas clave en su vida: bautismo, ordenación... y una entrevista personal a cada uno de ellos. Para concluir, unas palabras de dos homenajeados: Gabriel Pérez, quien habló sobre la Iglesia después del Concilio; y Joaquín Tapia, quien esbozó por dónde debe ir la Iglesia de cara al Tercer Milenio.

La Eucaristía, al final de la mañana, congregó a una inmensa cantidad de familiares y amigos de los sacerdotes homenajeados. Presidida por el Obispo, Mons. Braulio Rodríguez Plaza, publicamos la homilía en la página 300.

Con una comida fraterna, durante la cual les fue entregado un obsequio recuerdo de la efemérides, concluyó una jornada en la que se intentó fomentar la convivencia sacerdotal.

Los homenajeados este año con motivo de sus bodas de oro sacerdotales son:

- Mons. Mauro Rubio, obispo emérito de Salamanca;
- D. Gabriel Pérez;
- D. Acisclo Sánchez;
- D. Segundo Delgado;
- D. Wenceslao Yubero;
- D. Juan Matías Castaño;
- D. Rafael Sánchez;
- D. Ramón Bueno (fallecido hace unos años). En su persona se quiso

recordar a todos los sacerdotes que este año cumplirían sus bodas de oro.

Y con motivo de sus bodas de plata sacerdotales:

- D. Francisco Carreras;
- D. Joaquín Tapia;
- D. Amado Mateos;
- D. Juan Manuel Alonso.

VISITA PASTORAL A LA ZONA DE VITIGUDINO-LEDESMA

A partir del domingo 26 de abril, el Obispo, Mons. Braulio Rodríguez Plaza, realizará una visita pastoral a los pueblos que integran la zona de Vitigudino-Ledesma.

El acto de inicio de esta visita, que sirvió como presentación de la misma para todos los sacerdotes, religiosos/as y laicos de la zona, tuvo lugar el domingo 26 por la tarde, en la parroquia de Yecla de Yeltes. Una oración, presidida por Mons. Rodríguez Plaza, y que contó con la asistencia de numerosos fieles.

El programa de la visita es el siguiente:

- 27 y 28 de abril: Aldeadávila y otros tres pueblos
- 4, 8 y 10 de mayo: visita a las comunidades del campo charro: Cipérez, Cubo,...
- 11 y 12 de mayo: visita a Cabeza del Caballo y anejos
- 13: encuentro con presbíteros
- 14-15: Guadramiro, Encinasola...
- 16: Vitigudino
- 17-23 de mayo: comunidades de Ledesma, Santiz...
- 25-26: Sanchón y alrededores
- 27: formación permanente
- 28 y 29: Yecla de Yeltes, Moronta...
- 30: Vigilia de Pentecostés
- 31: asamblea de la zona.

La visita continúa durante el mes de junio en los siguientes pueblos:

- 1: La Peña, Las Uces...
- 2-11: comunidades de Villarino, Monleras, Brincones, Espadaña...
- 12-13: Villaseco de los Gamitos...

La visita se realiza a tres niveles diferentes: encuentro cercano y prolongado con los sacerdotes, encuentro con los grupos apostólicos de vida consagrada, laicos, enfermos, pobres..., y encuentro con las distintas comunidades.

COMUNIÓN Y ALIENTO PARA LA MISIÓN

La Iglesia se hace presente siempre en un trozo de tierra. Así, la Iglesia Universal se encarna en la Iglesia local de cada diócesis. Nuestra Iglesia local, la Diócesis de Salamanca, se hace presente para nosotros en este trozo de tierra del Noroeste de la provincia de Salamanca y, a través de ella, toda la Iglesia Universal, una, santa, católica y apostólica. Ante la visita pastoral de nuestro Obispo, a través del cual es el mismo Cristo quien nos visita en esta tierra concreta, nos preguntamos: ¿Cómo se configura esta tierra del Noroeste de la provincia: campos de Ledesma y Vitigudino, Campo Charro, Ramajería y Arribes? ¿Cómo se configuran las comunidades cristianas que peregrinan en esta tierra? ¿Cuáles son los grandes horizontes de la evangelización a las puertas del Tercer Milenio?

1. UNA MIRADA A NUESTRA TIERRA: EL NOROESTE DE LA PROVINCIA

Estamos en la raya de Portugal y Zamora. Antiguamente varias de sus poblaciones, como Ledesma por ejemplo, tuvieron gran relevancia y significación. Modernamente ha sido calificada como la frontera del subdesarrollo de

Europa (Informe FOESA de los años 70). La emigración de los años 60 hacia las regiones del Desarrollo industrial han ido dejándola en la postración.

Estructuralmente está configurada por el latifundio charro y fincas en torno a los campos de Ledesma, de un lado; la energía hidroeléctrica con sus instalaciones en las Arribes del Duero, de otro; y, entre medias, por la fábrica nuclear de Juzbado. Nuestra tierra es un ejemplo, junto a regiones enteras del planeta tierra, de la injusticia diseñada desde las instancias económicas, políticas y culturales del mercado capitalista Liberal. Primero se le arranca la población, se le trasvasa el ahorro, se le quitan servicios, dejándola en la agonía, y por último se le remata con la posible instalación de un «cementerio nuclear» donde enterrar las basuras que el crecimiento económico-industrial ha generado.

Dentro de esta estructura de marginación institucionalizada perviven muchos pequeños pueblos. Dentro de nuestro arciprestazgo, 70 pueblos. La mayoría de ellos, menores de 500 habitantes, y muchísimos con menos de 100, donde faltan ya los espacios sociológicos mínimos que permitan unas relaciones humanas enriquecedoras. Ausencia de niños, escasez de jóvenes, predominio de ancianos. Con una herencia cultural campesina que se va extinguiendo y saboreando las «migajas» de la sociedad del Bienestar que se acaba, ante un futuro incierto. Pueblos, en resumen, a los que se les ha robado el futuro y su «propia alma». La pobreza aquí tiene otro rostro: la soledad y la muerte.

2. LAS COMUNIDADES CRISTIANAS QUE PEREGRINAN EN ESTA TIERRA

La presencia de la Iglesia en esta tierra ha sido constante desde hace ocho siglos, al menos. Una presencia con sus luces y sombras, aciertos y errores. Con sus pecados. La Iglesia es Santa y pecadora, necesitada de purificación. Por eso no se avergüenza de pedir perdón de sus pecados. También nosotros, en este arciprestazgo, tenemos que pedir perdón de nuestros pecados como Iglesia, pasados y actuales. Del pecado de la injusticia que hemos cometido y cometemos contra los pobres aquí; del pecado de nuestra vida poco evangélica y del daño que hemos hecho y hacemos a los pueblos con nuestra falta de testimonio como sacerdotes, laicos y religiosos.

A lo largo de los últimos 30 años después del Concilio Vaticano II se han ido configurando las comunidades cristianas de la actualidad que, en su mayoría, podríamos caracterizar así:

- una *comunidad Eucarística muy consolidada*. Es una minoría respecto a la población general. Excepción en algunos pueblos donde la participación es mayor.

- un *pequeño* —pequeñísimo a veces— *fermento* de personas que se plantean su vida desde el evangelio con un compromiso sencillo, pero fecundo.

– un *grupo grande alejado* que solamente aparece en situaciones sociales: sacramentos, entierros, fiestas. Aquí están en su mayoría los jóvenes y los matrimonios jóvenes.

Estas comunidades cuentan con la presencia y el servicio pastoral de 19 sacerdotes en activo y 2 jubilados. Algunas comunidades, ocho, son atendidas desde Salamanca por tener los sacerdotes otros cargos en la ciudad.

Cuenta además este arciprestazgo con *dos monasterios de vida contemplativa*: el de las Madres Carmelitas en Ledesma y el de las Madres Agustinas en Vitigudino. *Tres comunidades religiosas*:

– Franciscanas Misioneras de María, en Santa María de Sando. Comunidad que lleva muy pocos años, cuya misión es vivir aquí su carisma de adoración, consagración y presencia.

– Hijas de la Caridad: dedicadas a la enseñanza con colegio y al cuidado de ancianos en Vitigudino desde hace muchos años.

– RR. de Santa Marta de Perigaux, en Pereña, al servicio de la residencia de ancianos, desde hace dos años.

También hay varias religiosas en la enseñanza pública con servicios y tareas pastorales en las parroquias.

En todas las comunidades, por pequeñas que sean, se asegura la celebración eucarística del domingo y los sacramentos. Ello supone en varios sacerdotes celebrar tres y cuatro eucaristías los domingos, además de las del sábado por la tarde. También se asegura una mínima catequesis sacramental. En la mayoría de las parroquias se procura una catequesis en proceso continuo de los niños. Hoy se hace difícil, pues después de la 1ª comunión empiezan a fallar. En otras parroquias en lugar de catequesis continuada de los niños —y no sólo cuando hay sacramento— se suple por la clase de religión en la escuela que da el propio sacerdote. La catequesis de jóvenes se limita en general a la preparación para el sacramento de la confirmación. Si bien hay, y ha habido, pequeños ensayos de una nueva evangelización de los jóvenes en procesos y acompañamientos muy minoritarios y personales.

En bastantes comunidades hay catequesis de adultos sistemáticamente. Algunas ya llevan muchos años. En ellas se intenta hacer un proceso de unión entre la fe y la vida. Ahí han ido surgiendo los pequeños fermentos antes reseñados. La participación en estas catequesis es muy minoritaria: tres, cuatro personas en un pueblo, ocho, diez en otro... Mayoría mujeres y algún que otro caballero que se pierde. En otras comunidades la catequesis con los adultos se hace en los grupos de Adoración nocturna o fraternidad de enfermos.

3. LOS HORIZONTES DE LA EVANGELIZACIÓN EN ESTA TIERRA A LAS PUERTAS DEL TERCER MILENIO

En esta tierra, en este arciprestazgo, como porción de la Iglesia local de Salamanca, en este momento histórico ha de sembrarse, seguir sembrando el

evangelio. En diálogo constante, en coloquio del Evangelio de la Gracia con la cultura. Es la inculturación: el diálogo fe/cultura. En coloquio del Evangelio de la Gracia con la historia y la sociedad, sembrando en ella la liberación y la reconciliación para hacer camino en el mundo hacia el Reino. Es la transfiguración de la tierra: el diálogo fe/justicia. Dentro de este horizonte surgen las grandes preguntas para dialogarlas entre nosotros con el Obispo, padre y pastor: ¿Cómo sembrarse la Iglesia en este pueblo y en esta tierra en el siglo XXI? ¿Qué diálogo fe/cultura y fe/justicia tenemos que hacer?

En el cambio histórico tan grande que estamos viviendo, en el despuntar de un mundo rural nuevo, la iglesia que aquí camina tendrá la misión de ayudar a que se dé ese admirable intercambio entre al Gracia aparecida en la Pascua de Jesús y de los hombres y mujeres de esta tierra.

Concretamente, por tanto,

– ¿Cómo anunciar el evangelio a los niños que ya no son «niños yunteros», sino que están detrás del ordenador y en el deporte después de la escuela, en lugar de la catequesis? ¿Y a los jóvenes comidos por la «Diversión como negocio» donde se destroza el cuerpo y el espíritu? ¿Cómo acompañar a los mayores y alimentar su fe inquebrantable de antaño que ahora se tambalea?

– ¿Cómo celebrar la Liturgia de los Misterios Santos que actualiza la Redención en cada lugar y tiempo con la escasez de presbíteros, tantas veces cansados, desalentados y mayores? ¿Cómo crear la comunidad viva en torno a la Eucaristía para la misión en el mundo? ¿Cómo evangelizar la religiosidad popular?

– ¿Cómo fermentar el mundo, este mundo rural nuestro con el compromiso, la presencia y el testimonio? ¿Cómo servir a los pobres y luchar por la justicia del Reino de Dios?

Este es a grandes rasgos el momento presente y el horizonte de futuro del arciprestazgo de Vitigudino-Ledesma, tal como desde aquí lo vislumbramos. Creemos, esperamos y queremos que esta Visita Pastoral del Obispo y Pastor de nuestra Diócesis sea en verdad comunión y aliento para la Misión en este mundo rural nuevo que se está configurando para el siglo XXI.

Carlos José Martín Martín,
Delegado de la zona pastoral de Vitigudino.
Brincones, 26 de abril de 1998.

SOBRE LA FIESTA DEL CORPUS

Después de siete años de celebración de la Fiesta del Corpus en Domingo, nunca imaginábamos que se vertiera todavía tanta tinta y, lo que es peor, se exacerbaban tanto los ánimos de algunos pueblos, entre ellos Vitigudino y Ledesma, que se resisten al cambio.

Conviene precisar que no son los Obispos de Salamanca y Ciudad Rodrigo los que imponen el *cambio*, sino Roma, a propuesta de la Conferencia Episcopal Española. Ésta presenta el cambio del jueves al domingo por un calendario laboral impuesto, en el que el jueves pasa a ser día no festivo. Los Obispos, para que este día tan importante en la Liturgia y tan significativo en ciudades y pueblos, no se empañara por la jornada laboral, o se celebrara la fiesta en algunas comunidades y en otras no, deciden con la aprobación de la Santa Sede pasar la solemnidad del Corpus, que tradicionalmente se celebraba en jueves, al domingo siguiente. Es una decisión sopesada y dolorosa; pero tomada de forma colegiada por el episcopado español, sancionada y ratificada por el Papa, no por la voluntad de dos Obispos, que se ponen de acuerdo para hacer cumplir lo que ha sido aprobado por el Sucesor de Pedro.

Aclarada la razón del cambio, es evidente que ningún Obispo en solitario hubiera movido un dedo para turbar la paz y enconar los ánimos. No somos justos ni ecuánimes al echar la culpa al Obispo, porque este asunto sobrepasa su competencia. Y si no es del Obispo, menos lo es de un cura, de una Cofradía o de un ayuntamiento. Y aquí no vale ya lo que algunos llaman discernimiento pastoral. Una de las claves de un verdadero discernimiento pastoral es la *comunión con el Papa y los Obispos de la Iglesia*. Además, nuestros Obispos han dialogado varias veces con algunos alcaldes, han escrito cartas, han expuesto las razones del cambio, que siempre serán de peso para aquellos que no se encierran en las tradiciones de sus mayores, ni en fanatismos volátiles, y ponen su fe en el Misterio durante todo el año y viven en consecuencia con él. El problema no está en el día, sino en nuestra actitud ante el *Corpus* y ante lo que se llaman los «corpus». Estas fiestas populares no deben anular jamás *la fiesta del Cuerpo y de la Sangre del Señor*.

No olvidemos que hay una separación legal y real entre la Iglesia y el Estado, sancionada por la Constitución Española y por los documentos de la Iglesia. Es evidente también la separación entre el ayuntamiento y la comunidad cristiana, separación que no significa oposición y enfrentamiento. Recordemos esta verdad: «*La comunidad política y la Iglesia son independientes y autónomas, cada una en su propio terreno. Ambas, sin embargo, aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social del hombre*» (CV II). La mutua independencia y la sana colaboración son dos criterios sancionados por el Concilio Vaticano II.

Desde este principio, admitido por todo el mundo, conviene distinguir entre el programa de las fiestas profanas y el programa de los actos religiosos de la solemnidad del *Cuerpo y de la Sangre del Señor*. No se trata de polemizar, sino de distinguir y de optar.

Nos parecería aberrante que un alcalde programe la Misa y la procesión para un día no permitido por la liturgia de la Iglesia. Es lo mismo que si un cura quisiera confeccionar los planes y los presupuestos a una corporación. Por favor, no confundamos los campos de nuestras competencias y deje-

mos de una vez por todas las injerencias propias de otros tiempos. No seamos más papistas que el Papa.

Esperamos que se imponga la cordura y el respeto a la ley de la Iglesia en España respecto a la fiesta del Corpus, para celebrarla en comunión con todas las ciudades y pueblos del país, que llevan, repetimos, celebrándola en domingo desde hace ya siete años. Se comprende el sacrificio por el cambio; pero si somos sinceros, reconoceremos que otros cambios más drásticos y más graves se nos han impuesto y los hemos asumido sin producir tanto alboroto.

¿Es mucho dedicar un par de horas al Señor con un culto público y solemne, en espíritu y en verdad, en el día señalado por la Iglesia, es decir, el domingo?

Vitigudino y Ledesma son pueblos capaces de celebrar la Fiesta en comunión con toda la Iglesia, aunque nos cueste a todos.

Quince sacerdotes de la zona de Vitigudino y Ledesma.

30 DE MAYO, DÍA DEL APOSTOLADO SEGLAR

El sábado 30 de mayo nuestra Iglesia celebró el día del Apostolado Seglar bajo el lema «*Tu compromiso cristiano. Presencia del Espíritu*». Con este motivo, tuvo lugar un encuentro, convocado por la Delegación Diocesana de Apostolado Seglar, en la Casa de la Iglesia (Calatrava), para los adultos.

Después de la acogida y la oración inicial, a las 11 de la mañana se presentó una ponencia en torno al lema de la jornada, a cargo de Santiago Guijarro, profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca. A continuación, los asistentes se reunieron por grupos para trabajar sobre la charla. A primera hora de la tarde hubo una puesta en común del trabajo de los grupos, seguida de coloquio. El encuentro concluyó a las 18 horas con una celebración eucarística presidida por el Obispo, Mons. Braulio Rodríguez.

Por su parte, la Delegación Diocesana de Pastoral de Juventud organizó los siguientes actos con motivo de la celebración de Pentecostés:

1º. Reflexión y trabajo en torno a la «*Lectura Creyente de la Realidad*». Con una charla coloquio que tuvo lugar en la Casa de la Iglesia, el sábado 30 a las 16 horas.

2º. *Encuentro Solidario* en la Plaza Mayor. A partir de las 21 horas, como cristianos, hubo una manifestación desde los problemas que el estudio de Cáritas sobre la juventud de Salamanca ha planteado, proponiendo soluciones y leyendo un manifiesto en común.

3º. Procesión hasta la Catedral Vieja para celebrar la *Vigilia* de Pentecostés, a las 22 horas.

Iglesia en España

MENSAJE DE LOS OBISPOS DE LA COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL CON MOTIVO DEL DÍA DEL ENFERMO

Voluntariado y Pastoral de la Salud

1. «*Gratis has recibido, da gratis*». Con este lema de hondo sabor evangélico el Día del Enfermo del presente año nos trae a la memoria la rica y compleja realidad del Voluntariado, especialmente del que actúa en el mundo de la salud, del sufrimiento y de la enfermedad. Con el ánimo de contribuir a profundizar y potenciar su presencia evangelizadora dentro de ese sector tan importante nos dirigimos a los voluntarios y a toda la comunidad cristiana.

SIGNO Y REALIDAD

2. El voluntariado es una forma de participación en la vida social y, al mismo tiempo, una expresión de la solidaridad que anida en toda persona. Por eso ha existido siempre. Hoy en día es un fenómeno cultural, social y eclesial de nuevas e insospechadas dimensiones. Son numerosos los grupos y asociaciones que lo promueven y ejercen, muy variados los servicios que prestan y los ámbitos donde operan, plurales los estilos de acción, las motivaciones que los sustentan y los significados a los que remiten.

3. En cuanto signo, remiten al espíritu de gratuidad y de solidaridad en favor de personas y colectivos que viven en la necesidad, en la adversidad y en la exclusión. Es, por tanto, un indicador elocuente de la capacidad humana de dar tiempo y de darse, de entregar los propios recursos y energías más allá de las ocupaciones profesionales y familiares, y de asociarse para hacer el bien y transformar la sociedad. Al mismo tiempo, el voluntariado representa una saludable reacción a la sociedad paradójica en que vivimos; en ella las desigualdades, la exclusión y la marginación contrastan poderosamente con la capacidad de generar recursos suficientes para todos. El voluntariado apuesta por la solidaridad frente al egoísmo, por los valores cualitativos frente al ansia de tener y poseer, por la gratuidad frente al interés, por la justicia frente a las injusticias individuales y estructurales.

4. La campaña del Día del Enfermo del presente año mira al voluntariado en su relación, no siempre expresa y manifiesta, con la Pastoral de la

Salud, es decir, con la misión evangelizadora de la Iglesia. Por ello, se propone ahondar en la inspiración evangélica del voluntariado, en su identidad y misión, con el fin de potenciar su presencia en el mundo de la salud y de la sanidad.

«No he venido para ser servido, sino para servir» (Mt 20,28).

5. En esta manifestación de Cristo, desgranada en múltiples gestos, se revela la fuente de todo voluntariado cristiano. En Cristo, el voluntario descubre ante todo su vocación cristiana, que consiste en revestirse de sus mismos sentimientos y actitudes (Flp. 2,5) y configurar la propia existencia de acuerdo con el dinamismo del amor: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos» (Jn. 13, 35). El cristiano es alguien que cree en el amor de Aquel que nos amó primero (I Jn. 4, 16.19), y en ese amor encuentra la razón última de su vida y de sus opciones.

6. En esa fuente se inspiran quienes conciben y orientan su vida como servicio: Dar gratis lo recibido gratis; orientación que en unos se plasma en una vida entera de «voluntariado», en otros impregna el ejercicio de su actividad profesional, y, en otros, finalmente, se traduce en una opción de voluntariado compatible con otras ocupaciones. En todos ellos dicha inspiración está llamada a suscitar, además, una particular sintonía con la misión de Cristo: Ser testigos del Padre de la misericordia, anunciar el Evangelio fuente de liberación, contribuir a la edificación de la Iglesia y promover una sociedad más acorde al designio de Dios revelado en Cristo: Que todos sean uno como nosotros somos uno (Jn. 17,11).

7. Por consiguiente, el voluntariado cristiano no es una nueva profesión, sino más bien la respuesta a una llamada que, además de impulsar a hacer el bien mediante gestos solidarios, reclama una actitud de vida coherente en todos sus órdenes. De este modo, quienes ejercen esa forma de caridad se van liberando de los riesgos no infrecuentes en el voluntariado, como es la búsqueda de gratificaciones, la pretensión de lavar la propia conciencia, el paternalismo, etc.

«Curad... y anunciad» (Lc. 10, 9).

8. Cristo, el Buen Samaritano, nos reveló que el servicio a los enfermos es una expresión viva del amor y quiso que fuera el signo de su misión salvadora (cf. Mt. 11, 4-5; Lc. 4, 18ss). Unió en un mismo mandato el anuncio del Reino y el servicio a la salud, de tal manera que quienes se adhieren a Él son, a la vez, discípulos, testigos y servidores. La comunidad cristiana, pues, ha de distinguirse por su solicitud en favor de quienes están viviendo la experiencia de la enfermedad o sienten particularmente amenazada

su salud. El voluntariado es una de las formas de participación en dicho mandato, dejado a la Iglesia como don precioso.

9. El mundo de la salud y de la sanidad, y especialmente «el mundo del sufrimiento humano recuerda de alguna manera y de modo constante otro mundo: el del amor humano» (Salv. Doloris 29). Ahí un número creciente de cristianos está reviviendo el origen cristiano y evangélico del servicio de la Iglesia a los enfermos, un servicio que hoy reclama el rigor de la profesionalidad y, al mismo tiempo, un permanente «suplemento de alma», en el que los profesionales cristianos, los agentes de pastoral y los voluntarios han de ser siempre especialistas.

10. El voluntariado cristiano que actúa en ese mundo se sabe partícipe de la misma misión de Cristo, que vino a asumir la causa del hombre entero, a ofrecerle una nueva calidad de existencia, a revelarles los nuevos horizontes de la Esperanza, a ser mediación del amor infinito del Padre, a reconciliarlo con sus propios límites. En la variedad de servicios que presta y de espacios donde actúa, el voluntario ha de ser consciente de que nunca es de forma concluyente un «agente social» o un «agente pastoral», sino un testigo del Evangelio. De ahí la necesidad imperiosa de educarse en la escuela del Buen Samaritano, de formarse para servir mejor, de enriquecer a diario las motivaciones y purificarlas, de cultivar el sentido de participación y de pertenencia a la comunidad, de mantener viva y creativa la llama de la solidaridad mediante la oración.

11. En razón de su condición de voluntario y de cristiano, quien escoge servir así ha de dejarse guiar por el «sentido evangélico de la urgencia», dando prioridad a los enfermos o sectores de enfermos más desasistidos, privilegiando la dimensión humanizadora y evangelizadora de la Iglesia en el mundo de la salud y de la enfermedad, y optando por intervenciones socialmente significativas, sin descuidar, obviamente, los pequeños gestos diarios, humildes y callados. Este tipo de voluntariado no es posible sin una adecuada renovación y dinamización de la Pastoral de la Salud, especialmente en el ámbito de las parroquias y de las instituciones sanitarias y sociosanitarias.

COMUNIDAD DE VOLUNTARIOS, VOLUNTARIOS EN LA COMUNIDAD

12. La campaña del Día del Enfermo del presente año se nos ofrece como un tiempo de gracia para esta labor, que requiere el esfuerzo de todos. A este respecto quisiéramos señalar algunas tareas y orientaciones:

a) Ante todo es preciso reconocer y discernir el valor evangélico y social del voluntariado, como signo de los tiempos, con sus luces y sus sombras y, en este caso, del que actúa en el campo de la salud y de la enfermedad.

b) El voluntariado ha de ser siempre expresión de la comunidad, destinataria del mandato del Señor de curar y anunciar y, al mismo tiempo, de los dones que el Espíritu distribuye para edificación común (1 Co. 12, 4; 14, 13).

c) Toda comunidad, también dentro del sector de la Pastoral de la Salud, está llamada a promover hoy el voluntariado cristiano, como signo y cauce de la fe que la congrega y de su misión evangelizadora. Se ha de favorecer, pues, la constitución de grupos de voluntariado allí donde todavía no existen.

d) El voluntariado cristiano y, de forma especial, el que actúa en los ámbitos de la Pastoral de la Salud necesita de una formación adecuada y de un apoyo mantenido. Por ello, es preciso que el voluntariado sea asumido por la comunidad, esté dotado de una eficaz organización y cuente con animadores idóneos.

e) Por ser una expresión de la Iglesia al servicio de un único Evangelio, es también urgente favorecer la inserción de los grupos de voluntariado dentro de la Iglesia local y potenciar la colaboración entre ellos, al fin de evitar duplicidades y una pérdida evidente de eficacia evangelizadora.

f) Es también, por tanto, preciso ahondar en la identidad del voluntariado cristiano so pena de desembocar en una peligrosa indiferenciación y, al mismo tiempo, preparar adecuadamente a quienes, desde su condición de voluntarios, son enviados a servir como agentes de pastoral.

g) Un lugar privilegiado para la creación y animación del voluntariado cristiano han de ser los equipos o servicios de asistencia religiosa dentro de los hospitales e instituciones sociosanitarias. Animamos, pues, a que desde esa plataforma se favorezca la colaboración de y con los voluntarios, y a incorporar a tareas pastorales a quienes estén preparados y vocacionados para ello.

UN NUEVO IMPULSO

13. El voluntariado cristiano es como una tierra rica en semillas, que hemos de ayudar a fructificar con empeño. Pedimos al Señor que el «Día del Enfermo» sea vivido como una oportunidad propicia para dar vida a nuevas iniciativas, grandes y pequeñas, que contribuyan a la «nueva evangelización» del mundo de la salud y de la enfermedad. Al mismo tiempo damos gracias al Señor por cuantos de forma voluntaria están siendo testigos del Evangelio de la salud y de la solidaridad: las asociaciones y grupos de voluntariado, los equipos de visitadores de enfermos, y, de forma especial, las congregaciones religiosas femeninas y masculinas, pioneras en el servicio a los enfermos y en la promoción del voluntariado cristiano.

14. Que María, «icono del voluntariado cristiano» (Juan Pablo II), renueve y afiance en todos la entrega incondicional al servicio del Reino mediante la solidaridad voluntaria y gratuita en favor de los enfermos.

Madrid, 19 de noviembre de 1997.

Mons. Gabino Díaz Merchán, Arzobispo de Oviedo.
Presidente de la Comisión.
Mons. Javier Osés, Obispo de Huesca.
Mons. José Vilaplana, Obispo de Santander.
Mons. Javier Salinas, Obispo de Tortosa.
Mons. Jesús Murgui, Obispo Aux. de Valencia.
Mons. Juan José Omella, Obispo Aux. de Zaragoza.

MENSAJE DE LA CEAS EN EL DÍA DEL APOSTOLADO SEGLAR

El compromiso cristiano, presencia del Espíritu

Queridos hermanos:

Nuestra palabra va dirigida a todos, pero de una manera especial a los laicos, hombres y mujeres, jóvenes, mayores y niños, que os sentís testigos del Señor y participáis en la vida de la Iglesia, individualmente o asociados y estáis comprometidos para que el Reino de Dios se haga realidad en el mundo.

La Fiesta de Pentecostés podemos decir que es el Día de la Iglesia. Es el día en que sale a la calle en Jerusalén. Y a partir de ese momento se hará presente en los templos y en la familia, en la escuela y en la universidad, en las fábricas, en los talleres, en las oficinas y en el campo y en el mar, en los hospitales, en las cárceles, en todos los lugares donde hay un cristiano, un miembro del Pueblo de Dios, con conciencia clara de que la Iglesia, de la que forma parte, es Sacramento universal de Salvación, «Signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad entre los hombres», (LG 1). «La Iglesia es a la vez camino y término del designio de salvación. Prefigurada en la creación, preparada en la Antigua Alianza, fundada por las palabras y las obras de Jesucristo; realizada en la cruz redentora y su Resurrección, se manifiesta como misterio de salvación por la efusión del Espíritu Santo. Quedará consumada en la gloria del cielo, como asamblea de todos los redimidos de la tierra». (Cf. Ap. 14.4). (CAT 778).

En este día de Pentecostés, «por la efusión del Espíritu Santo» la Iglesia, como decíamos, comenzó a caminar por la sendas de la Historia. Un grupo de los que oían el primer sermón de Pedro sobre la Resurrección del Señor: «Sepa con certeza toda la casa de Israel, que Dios ha constituido Señor y

Cristo a este Jesús a quien vosotros crucificasteis» (Hc. 2.22.36), se sintieron tocados en el corazón y contestaron a sus palabras: «Hermanos, ¿qué tenemos que hacer?».

Ahí empezó todo. Recibieron en el Bautismo el Espíritu Santo prometido y se unieron en comunidad, para escuchar la Palabra, celebrar la Eucaristía, rezar y crecer en el amor y en el servicio. El Espíritu Santo era la luz y la fuerza de aquellas primeros cristianos, que guardaban viva la memoria de Jesús y podían realizar con su presencia las maravillas que hizo el Señor que, sobre todo, hacía nuevo su corazón por el amor. (Cf. Jn. 14.26; 14.12; Hc. 4.8; 3.6; Rom. 5.5).

Por todo eso, la Iglesia ha subrayado esta Fiesta de Pentecostés como Día preeminente de los cristianos laicos, el Día del Apostolado Seglar y de la Acción Católica.

LAS PRIORIDADES DEL AÑO DEL ESPÍRITU SANTO

En el itinerario hacia el Año 2000, la Iglesia con razón pretende y pide que este año 98 vivamos con fuerza «el reconocimiento de la presencia y de la acción del Espíritu Santo», «su presencia santificadora dentro de la comunidad de los discípulos de Cristo» (TMA 46. 44).

En concreto, la «Tertio Millenio Adveniente» nos marca a todos, también a los fieles laicos, objetivos que es importante tenerlos en cuenta, para cuidarlos en nuestra vida personal y para orientar el camino en los planes pastorales de las Parroquias y en las líneas de trabajo de los Movimientos Apostólicos.

Los hemos concretado en un lema sugerente: El compromiso cristiano, presencia del Espíritu.

1. Comprometidos en renovar la fe en el Espíritu Santo. «El reconocimiento de la presencia y la acción del Espíritu Santo».

Es importante comprometernos en renovar esta fe en la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia y en cada uno de nosotros. La Iglesia es un renovado Pentecostés. Y los bautizados somos «templos del Espíritu Santo, que habita en nosotros» (Cf. 1 Cor. 6.19).

Toda la vida de Jesús, desde la Encarnación (Lc. 1.35) hasta la Muerte (Jn. 19.30), estuvo animada y sostenida por la fuerza del Espíritu Santo. «Jesús, lleno del Espíritu Santo... era conducido al desierto...», «El Espíritu me ha ungido y me ha enviado a anunciar la Buena Noticia a los pobres...», «Se llenó Jesús de gozo en el Espíritu Santo.» (Lc. 4.1; 5.18; 1 0.21).

Nos prometió además el Espíritu Santo con su Resurrección: «De lo más profundo de todo aquél que crea en mí, brotarán ríos de agua viva. Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en Él» (Jn. 7.37. 40).

Será el Espíritu de la verdad, de la fortaleza, del consuelo, del amor (Cf. Jn. 16.7; 7.13; 15.26). Los Hechos de los Apóstoles narran la historia de la Primera Iglesia y son el mejor testimonio de cómo el Señor cumplió su palabra enviándoles toda la luz y la fuerza del Espíritu Santo.

Por eso, este Año del Espíritu Santo es un tiempo de atención especial al Sacramento de la Confirmación, que en la fe de la Iglesia, con la imposición de las manos y la unción del Santo Crisma, nos concede los siete Dones del Espíritu Santo. Dones que nos ayudan a conocer a Dios y reconocerlo como Padre –temor y piedad–, los que nos facilitan el gusto de Dios y nos adentran en su conocimiento –sabiduría, ciencia e inteligencia–, y los dones que nos dan luz y coraje, para vivir en cristiano y ayudar a los hermanos –don de consejo y fortaleza–.

Y con la presencia del Espíritu en nuestra vida sabremos valorar nuestro compromiso y encontrar nuestro puesto en la Iglesia, porque «es el mismo Espíritu el que, según su riqueza y las necesidades de los ministerios, distribuye sus diversos dones para bien de la Iglesia» (1 Cor. 12.1-11), (TMA 45).

Todos los cristianos estamos llamados a ser hombres y mujeres del Espíritu, que nos dejamos enseñar por su Palabra, santificar por los Sacramentos, animar por la oración, y con su ayuda vivimos en un Pentecostés continuado, por la comunión afectiva y comprometida con la Iglesia.

2. Comprometidos en la Nueva Evangelización. «El Espíritu es también en nuestra época el agente principal de la Evangelización». Anunciar a Jesucristo es el objetivo prioritario de todo el Jubileo 2000. Y no podía ser de otro modo, porque «evangelizar es la gracia y misión de la Iglesia, su identidad más profunda» (EN 14).

El compromiso a esta misión evangelizadora llama a todos, también a los seculares: «Los fieles cristianos, precisamente por ser miembros de la Iglesia, tienen como vocación y misión anunciar el Evangelio» (ChL 33).

En la Encíclica «Redemptoris Missio», Juan Pablo II nos habla de tres situaciones que se dan en el mundo con respeto a la Nueva Evangelización:

– «Pueblos, grupos humanos, contextos socio-culturales, donde Cristo y su Evangelio no son conocidos... Es la misión ad gentes».

– «Comunidades cristianas... con fuerza de fe y de vida... que irradian el testimonio del Evangelio en su ambiente y sienten el compromiso de la misión universal».

– «Se da, por último, una situación intermedia, especialmente en los países de vieja cristiandad... donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio. En este caso es necesaria una «nueva evangelización» o «reevangelización» (RM 33).

Los laicos, por propia vocación secular, estáis llamados a vivir en el corazón del mundo y, en estas situaciones indicadas (EN 70) lo hacéis, sobre todo, de una manera asociada, que os ayude con el compromiso a ser testigos del Señor y de su Espíritu en los ambientes, donde Cristo no será anunciado si no es por vosotros. Sois protagonistas primeros de esta Nueva Evangelización, la evangelización de la secularidad. El Papa habla de los areópagos modernos, que han de recibir el anuncio del Evangelio: El mundo de la comunicación, con su «nueva cultura», «el compromiso por la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos, los derechos del hombre y de los pueblos, sobre todo de las minorías; la promoción de la mujer y del niño; la salvaguardia de la creación, son otros tantos sectores que han de ser iluminados con la luz del Evangelio» (RM 37).

Sin olvidar los lugares permanentes de vuestra presencia: familia, trabajo, diversión, mundo de la política, tareas sindicales, asociaciones civiles, etc. que siempre os necesitan como evangelizadores con vuestra vida y la palabra. Aquí se puede recordar la consigna de los Obispos Españoles: «La nueva evangelización se hará, sobre todo, por los seculares o no se hará» (CLIM 148).

Vuestro compromiso evangelizador y misionero es presencia del Espíritu del Señor en nuestro mundo actual.

3. Comprometidos en redescubrir la virtud de la esperanza. «La actitud fundamental de la esperanza, de una parte mueve al cristiano a no perder de vista la meta final, que da sentido y valor a su entera existencia y de otra parte le ofrece motivaciones sólidas y profundas, para el esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios» (TMA 46).

En toda la misión evangelizadora, en el compromiso por «buscar el Reino de Dios y su justicia» (Mt. 6.33), estamos llamados a ser los hombres y mujeres del espíritu de las Bienaventuranzas, que saben encontrar motivos de esperanza más allá de lo inmediato, de la lógica de los propios esfuerzos. La esperanza teológica nos hace ver el presente proyectado hacia el futuro. La esperanza cristiana encuentra en Dios, en su Espíritu, en el cumplimiento de las promesas, toda la luz y la fuerza necesarias para seguir construyendo el Reino de Dios. Sin el Espíritu se desvanece la esperanza, sin la esperanza se bloquea el compromiso.

A los cristianos que vivimos el día a día, con la experiencia de Dios en el corazón, la esperanza nos hace ver más allá de nuestros propios ojos, nos comunica una fuerza que supera nuestros cálculos. La esperanza nos ayuda a soñar despiertos, nos hace vivir con lucidez en el presente, en el ya, en la historia de cada día, con sus luces y sombras, con la experiencia del pecado personal y colectivo, que retarda la salvación, con los logros y los fracasos. Por la esperanza sabemos que caminamos

con el todavía no, hacia «los cielos nuevos y la tierra nueva en la que habita la justicia» (GS 39).

Los cristianos, seglares, sacerdotes y religiosos, sólo podemos medir nuestro compromiso y confiar en nuestros proyectos salvadores, por la calidad de la esperanza, que nos regala el Espíritu del Señor. La Tertio Milenio Adveniente nos recuerda las palabras de San Pablo: «Sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es en esperanza» (Rm. 8.22.24).

4. Contemplar e imitar a María en su compromiso. «Mujer dócil a la voz del Espíritu Santo». Así contemplamos a María. Vivió aquél primer Pentecostés y sintió la plenitud del Espíritu Santo, que ya había vivido en los momentos de la Encarnación: «El Espíritu vendrá sobre tí y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc. 1.35)

Y nos pide la Tertio Milenio Adveniente que contemplemos a María como la mujer del silencio, que escucha la Palabra y la sabe esperar contra toda esperanza. Ella es más que nadie la pobre de Yavé, que se fió de las promesas del Señor, pudo recibir las maravillas de Dios (Cf. TMA 48) y fue fiel a su compromiso hasta la cruz.

Que la celebración de la Fiesta de Pentecostés nos ayude a preguntarnos como los primeros cristianos: «¿Qué tenemos que hacer?» como creyentes en el Resucitado. Estamos bautizados con el fuego del Espíritu para ser los testigos del Evangelio, que el mundo necesita.

Mons. D. Victorio Oliver Domingo, Obispo de Orihuela-Alicante, Presidente

Mons. D. Braulio Rodríguez Plaza, Obispo de Salamanca

Mons. D. Javier Azagra Labiano, Obispo de Cartagena

Mons. D. Luis Gutiérrez Martín, Obispo de Segovia

Mons. D. José M^a Conget Arizaleta, Obispo de Jaca

Mons. D. Miguel J. Asurmendi Aramendia, Obispo de Vitoria

Mons. D. Francisco J. Ciuraneta Aymí, Obispo de Menorca

Mons. D. Juan García-Santacruz Ortiz, Obispo de Guadix-Baza

Mons. D. Carlos López Hernández, Obispo de Plasencia

Mons. D. Juan Antonio Reig Pla, Obispo de Segorbe-Castellón

COMUNICADO DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA ACERCA DE LA VIDA CONSAGRADA

La Asamblea General del Sínodo de los Obispos sobre la Vida Consagrada y la publicación de la exhortación postsinodal «*Vita Consecrata*» han sido

momentos importantes en la vida de la Iglesia católica y, particularmente, para todos aquellos que quieren seguir fielmente a Cristo dentro de una forma de vida de especial consagración.

La Conferencia Episcopal Española, en su Asamblea Plenaria, ha vivido unos días de gracia, en unión y diálogo fraterno con representantes de los diversos institutos y formas de Vida Consagrada. Con afecto eclesial hemos leído y reflexionado, a la luz de la exhortación «*Vita Consecrata*», en particular sobre cuanto se refiere a la relación entre obispos y consagrados en orden a la evangelización.

Al finalizar este encuentro, eclesial y fraterno, los Obispos ofrecemos a los consagrados y a todos los fieles las reflexiones siguientes:

1. En este año dedicado al Espíritu Santo, nos sentimos más urgidos a manifestar nuestra gratitud al mismo Espíritu que, a lo largo de la historia, se ha hecho presente, según las necesidades de la Iglesia, con múltiples carismas que hunden sus raíces en el Evangelio y cosechan numerosos frutos en cada época desde los anacoretas hasta las nuevas formas de vida consagrada (VC, 5). Por la profesión de los consejos evangélicos y el fiel seguimiento de Cristo, los consagrados se dedican totalmente a Dios, al servicio de la Iglesia y a la práctica de la caridad fraterna.

2. Ha sido un momento privilegiado de gracia poder proyectar la visión eclesial a las diversas formas en que aparece la consagración: La vida contemplativa, «que orienta toda su vida a la contemplación de Dios»; la vida religiosa apostólica, «como una forma estable de vida común, para un multiforme servicio apostólico al pueblo de Dios; los institutos seculares, que viven su peculiar consagración en el contexto de las estructuras del mundo; las sociedades de vida apostólica, que buscan con su estilo propio unos fines específicos apostólicos y misioneros; la vida monástica, que armoniza de modo admirable la vida interior con el trabajo; el renacimiento del Orden de las vírgenes consagradas, que ofrecen una imagen vivencial de la Esposa Celeste; las viudas, que se consagran a la oración y al servicio de la Iglesia; los eremitas, que marcan el carácter transitorio de este mundo; las nuevas formas de vida consagrada, que son una manifestación de la riqueza y actualidad de la acción del Espíritu. Todos ellos constituyen un árbol, lleno de ramas, que vivifica y fecunda la Iglesia, Esposa de Cristo (VC, 5-12).

3. Damos gracias a Dios por la rica y fecunda presencia de la vida consagrada en nuestras Iglesias. La adhesión de mente y corazón al magisterio de los obispos, testimoniada con nitidez ante el Pueblo de Dios, confiere una fuerza particular a su acción apostólica y es un signo peculiar del sentido universal de la Iglesia particular (VC, 46). Los consagrados, no sólo colaboran en las actividades comunes diocesanas, sino que aportan su peculiaridad carismática para la edificación de la vida cristiana. Hacemos

nuestro el compromiso de favorecer y animar a los consagrados y consagradas según el espíritu de sus fundadores, para que crezcan y conserven su mejor tradición religiosa a fin de incrementar la riqueza espiritual de nuestros ambientes eclesiales (VC, 48).

4. La vida consagrada en sí misma «es una forma especial de participación en la función profética de Cristo», que se manifiesta en una activa y fecunda acción apostólica en los más variados campos de la evangelización (VC, 84). «Misión peculiar de la vida consagrada es mantener viva en los bautizados la conciencia de los valores fundamentales del Evangelio» (VC, 33). Queremos destacar el anuncio de la fe, la catequesis y la formación religiosa, así como el mundo de la educación, que tanta transcendencia tiene. Los colegios, universidades y facultades, erigidos por iniciativa de los institutos de vida consagrada, han llevado y siguen llevando a término su misión de evangelizar la cultura.

La presencia de la vida consagrada entre los enfermos, los marginados y los más pobres, así como en los campos más avanzados de la misión de la Iglesia, con ejemplar entrega y generosidad, es motivo de orgullo y signo de la vitalidad de nuestra Iglesia.

Un capítulo especial de reconocimiento a la vida consagrada es su presencia y actividad en la *missio ad gentes*, donde «hacen presente a Cristo casto, pobre, obediente, orante y misionero» (VC, 77).

Mediante su «fidelidad creativa» (VC, 37), los consagrados han de buscar nuevos areópagos de misión como los campos de comunicación social, ecumenismo, promoción de la mujer, cuarto mundo y todos los ambientes con hambre de Dios (VC, 96-103).

5. En medio de tanta variedad que adorna y alimenta la Iglesia de Cristo, todos los fundadores aparecen siempre como hombres y mujeres de Iglesia en sintonía con los Pastores y, en especial, con el Romano Pontífice. Porque sus carismas propios procedían del Espíritu del Señor, aceptaron gozosos el reconocimiento por parte de la jerarquía.

La eficacia de la misión apostólica tiene que estar fundada en una espiritualidad de comunión con la Iglesia. La obediencia al Papa y el «*sentire cum Ecclesia*» deben seguir guiando todas sus actitudes y proyectos (VC, 46).

6. Conscientes de que el permanente diálogo con los organismos representativos de los Institutos de vida consagrada puede ofrecer una notable contribución a la comunión eclesial y a la misma promoción de la vida consagrada, deseamos impulsar estos organismos de comunión y de colaboración, tanto en el ámbito nacional como diocesano (VC, 53).

7. Rogamos a María, madre de la Iglesia y peculiar consagrada en el seguimiento de Cristo, que sostenga a todos los consagrados y consagradas y haga muy fecundas sus obras evangelizadoras, especialmente las que lle-

van a cabo en favor de los necesitados. Ella, que siempre estuvo disponible a la voluntad del Padre, vivió en pobreza y acogió la virginidad fecunda, promueva la renovación espiritual que en estos momentos buscan sinceramente sus hijos e hijas consagrados (VC, 112).

Madrid, 22 de abril de 1998.

7 DE JUNIO DE 1998, DÍA PRO ORANTIBUS

Presencia viva del Espíritu

Según el pensamiento papal expresado en la Carta Apostólica «Tertio Milenio Adveniente» este año 1998 está dedicado al Espíritu Santo. Si todos los congresos, reuniones y asambleas han buscado expresar en sus lemas la influencia del Espíritu, creemos que mucho más debe aparecer esta presencia en la Jornada de la Vida Religiosa Contemplativa.

En efecto, la Vida Religiosa y especialmente la Vida Contemplativa, es obra del Espíritu. En nuestro mundo, existe una búsqueda inconsciente de una espiritualidad difusa, expresada en los movimientos que van desde la New Age a la de todo tipo de religión light; nuestro género de vida está a la escucha de los ritmos del mundo, intenta descubrir la realidad escondida y vive la presencia del misterio, sólo hallado en el Espíritu del silencio interior.

Únicamente desde una perspectiva cristiana podemos hallar el verdadero sentido de la Vida Religiosa Contemplativa. Porque el contemplar cristiano es, prioritariamente, encontrarse con Jesús. En su vida de entrega y en su muerte salvífica se descubre el sentido de nuestra pertenencia. Y, como consecuencia, allí se realiza el encuentro con los hombres y mujeres, hermanos de Jesús. Esta actitud es propia de la persona espiritual, en el sentido de animada por el Espíritu.

De esa vivencia contemplativa debe surgir una actitud de gozo como agradecimiento por la vida. Pablo ha desarrollado el tema y, dentro de una visión cristiana de la vida, ha expresado la importancia que tiene el gozo como don del Espíritu. Un don que no tiene su origen y fuente en factores externos, sino en el encuentro mismo con Dios que realiza la plenitud del hombre y la mujer en la tierra.

Que el Espíritu, que sopla donde y cuando quiere, en este 1998 aliente y anime a los/as contemplativos/as y a todos los/as cristianos/as a encontrarle en la oración para hacerle presente en todas sus actividades.

Comisión de Obispos y Superiores Mayores
Conferencia Episcopal Española
Abril de 1998.

COMUNICADO DE LA COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL PARA EL DÍA DE CARIDAD

La solidaridad da sentido a tu vida. Práctica

La Comunidad Cristiana celebra en la festividad del CORPUS CHRISTI el DÍA DE CARIDAD.

En esta Jornada, la Comisión Episcopal de Pastoral Social quiere compartir con todos los creyentes y hombres y mujeres de buena voluntad las exigencias del amor, de la solidaridad; y la entrega de Cristo a todos los hombres, particularmente a los pobres y marginados.

LA SOLIDARIDAD, SIGNO DE NUESTRO TIEMPO

La solidaridad no es una actitud propia de nuestro tiempo, pero es ahora cuando más hemos tomado conciencia de su necesidad e importancia; es ahora cuando se ha dejado sentir con más fuerza en el corazón humano. Ya el Vaticano II lo detectaba con estas palabras: «Entre los signos de nuestro tiempo hay que mencionar especialmente el creciente e ineluctable sentido de la solidaridad de todos los pueblos». Y desde la época del concilio –1965–, este brote solidario no ha hecho más que crecer. Juan Pablo II lo confirma en la *Sollicitudo rei socialis*: «Signos positivos del mundo contemporáneo son la creciente conciencia de solidaridad de los pobres entre sí, así como también las iniciativas de mutuo apoyo» (nº 39).

Hubo otros tiempos en que las corrientes socio-culturales y políticas urgían más la necesidad de la libertad y de la justicia. Eran también signos salvadores. Y es evidente que se deben seguir urgiendo, porque todavía se dan opresiones e injusticias que rompen el corazón humano y que claman al cielo. No lo olvidamos nunca. Pero hoy los vientos soplan con más fuerza hacia el ideal de la solidaridad, que es plenificante, y en todos estos signos descubrimos la presencia del Dios que recrea el mundo.

La solidaridad es, sin duda, un concepto pleno de riqueza. Es una virtud que va más allá de la justicia. No se limita a dar a cada uno lo suyo, como individuo o como miembro de la sociedad, sino que está dispuesta a dar más de lo que las leyes humanas establecen. La solidaridad se acerca al otro para darle lo que realmente necesita, para que adquiera todos sus derechos y toda su dignidad, aunque no pueda exigirlo legalmente.

La solidaridad se acerca al otro y lo considera no sólo como «compañero de camino», sino como algo muy cercano, socio de la misma empresa, miembro de la misma familia. El otro es algo tuyo, dice la solidaridad, por eso tienes que acercarte a él, compartir con él lo que tienes, lo que sabes, lo que eres; tendrás que defenderle o liberarle o curarle, tendrás, en definitiva, que amarle como a tí mismo.

Siguiendo el pensamiento de la encíclica *Sollicitudo rei socialis*, podemos definir a la solidaridad como:

– Ver al otro, reconocerlo como persona, revestirlo de dignidad. La solidaridad sólo es posible cuando los miembros de la sociedad «se reconocen unos a otros como personas» e, incluso, como hermanos. No puede haber solidaridad donde existe la intolerancia, donde no se reconocen o no se defienden los derechos humanos, donde no hay respeto y diálogo, donde no hay amor, porque la solidaridad presupone, como hemos dicho, a la justicia y la plenifica.

– Sentirse responsable del otro. «Los que cuentan más han de sentirse responsables de los más débiles». Responsabilidad es una de las palabras más importantes que podemos pronunciar. Responsabilidad es cuando damos respuesta al otro, cuando le vemos no como un complemento, sino como nuestra razón de ser. Podemos afirmar que somos y nos realizamos como personas, como grupo, como pueblo, en la medida en que nos responsabilizamos de los demás.

– Compartir los bienes y dones recibidos. «Dispuestos a compartir con ellos cuanto poseemos y somos». Si son bienes materiales, la solidaridad será material, efectiva. Si son bienes éticos o espirituales, la solidaridad será espiritual, afectiva.

– Dejarse ayudar por el otro. Es necesario ver al otro –persona, pueblo, nación, bloque– no como objeto a explotar, sino «como un semejante nuestro, una ‘ayuda’ (cf. Gn. 2, 10-20)».

No podemos acercarnos al pobre desde el poder o la riqueza, de arriba abajo, sino desde el respeto, más bien de abajo arriba. Vemos al pobre como pobre, no sólo para dar, sino para recibir; no sólo para ayudar, sino para ser ayudado. Casi siempre es más lo que recibimos que lo que damos.

Como puede verse, la solidaridad:

– No es sólo un hacer, el uno con el otro, el uno por el otro, con meras actitudes de servicio y colaboración.

– No es sólo un estar, el uno con el otro, el uno junto al otro, con simples actitudes de tolerancia y amistad, aceptándose y comunicándose.

– No es sólo un dar, el uno al otro, el uno para el otro, con actitudes de generosidad y entrega.

Es un ser el uno en el otro, por y para el otro, con actitudes de responsabilidad y fraternidad, ternura y comunión.

LA SOLIDARIDAD EN CRISTIANO

La solidaridad es una de las más preciosas virtudes humanas, que cuando existe, se da en personas creyentes y no creyentes. Sabemos de muchos movimientos y organizaciones solidarias guiadas por sentimientos estricta-

mente humanistas, filantrópicos. Pero la solidaridad está muy cerca del evangelio. Es la mejor disposición que puede ofrecer el hombre, aparte de la fe, para recibir el bautismo de fuego y de Espíritu. La solidaridad así bautizada, en cristiano, podría llamarse fraternidad.

La encíclica lo explica así: «A la luz de fe, la solidaridad tiende a superarse a sí misma, al revestirse de las dimensiones específicamente cristianas de gratuidad total, perdón y reconciliación. Entonces el prójimo no es solamente un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en la imagen viva de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo».

Si el otro es imagen viva de Dios, algo sagrado, ya no podré conformarme con darle algo de lo mío: debo darle todo. Ni podré conformarme con darle algo de mí : debo darle todo. Ni puedo conformarme con amarle mucho : debo amarle sin límites, hasta el fin. Y así tendré que amarle y servirle y respetarle como a Cristo viviente y doliente, como al mismo Dios, amado por encima de todas las cosas.

LO QUE DA SENTIDO

La solidaridad así entendida, es luz para el camino, o tal vez sea el camino que nos lleva a la luz. Caminando por esta vía encontraremos frutos sabrosos y abundantes, como la propia realización, la verdadera libertad, la dicha plenificante, tanto a nivel de personas como de pueblos.

La solidaridad no es algo exigido desde arriba o desde fuera, que contraríe nuestras mejores aspiraciones o nuestras mayores necesidades. No es nada alienante. Al revés, es lo más constructivo y personalizador. Es un dinamismo liberador que se enraíza en las tendencias más profundas y positivas de nuestra naturaleza personal y nuestra estructura social. En efecto, la apertura al otro, en actitudes de responsabilidad y comunión, no sólo no nos limita, sino que nos hace crecer, nos da felicidad, nos ayuda a «ser». «Seremos en la medida en que nos abrimos y nos damos. No hay otra solución. Sólo las personas solidarias y los pueblos solidarios pueden crecer en armonía y en paz. En cambio, las personas y los pueblos insolidarios, podrán crecer materialmente, pero llevan en sí el germen del vacío y la destrucción propia y ajena».

Por eso la solidaridad da sentido a tu vida, porque la ilusiona, la enriquece, la llena y la fecunda. El que vive la solidaridad, el que se apunta al voluntariado, el que no quiere guardar su vida, el que opta por lo afirmativo, siente que está en la luz, que camina en la verdad, que su vida no se pierde en el vacío, que puede hacer de su vida una realidad llena de belleza y gratificante. El que vive insolidariamente, va cerrando las puertas y ventanas de su casa, se hunde en la oscuridad y en el vacío. ¿Qué sentido podrá dar a su vida? La búsqueda de materialidades, las ansias de placer y

diversión, los instintos de orgullo y de poder, no darán jamás respuesta a sus interrogantes ni calmarán sus deseos, sino que lo llenarán de inquietudes e insatisfacciones, hasta el vaciamiento, o la locura.

«EL ESPÍRITU VIENE EN AYUDA DE NUESTRA FLAQUEZA» (RM 8, 26)

Siempre ha sido difícil para el hombre encontrar la verdad —«¿Qué es la verdad?» (Jn. 18, 38)— y escoger lo que realmente le salva y pacifica —«¡Si al menos tú conocieras en este día lo que te trae la paz!» (Lc. 19,42). Cristo vino a iluminar y pacificar al hombre, haciéndose él mismo Luz, Verdad y Paz. Pero hizo más, nos regaló su Espíritu, para que pudiéramos interiorizar este legado. Es el Espíritu de la Verdad, es la Luz santísima, en el Amor de Dios, derramado en nuestros corazones. Podemos decir del Espíritu que es nuestra estrella y nuestra brújula, pero interiorizada y entrañada. Es el que nos hace conocer el secreto de las cosas, los enigmas del hombre y las profundidades de Dios (cf. I Co. 2, 10-12), el sentido de los acontecimientos y de la historia. Este Espíritu nos ayuda a «discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos... los signos verdaderos de la presencia de los planes de Dios» .

Este Espíritu de Jesucristo viene en ayuda de nuestra flaqueza y nos permite descubrir la verdad de nuestra vida. Él nos explica que la verdad es el amor, el servicio, el perdón, la comunión, la entrega de la vida. Nos hace entender la palabra de Jesús, que el que quiera ganar su vida la pierde, pero el que la pierda, la gana. Nos confirma que «hay más dicha en dar que en recibir» (Hch. 20, 35).

El Espíritu es fuerza integradora que une a pueblos distintos en una misma lengua. Es fuerza que recompone lo que Babel había disgregado. Es el que hace posible la existencia de la comunidad y hacia estas metas camina precisamente la solidaridad.

El movimiento solidario que detectamos en nuestro mundo es, sin duda, un signo del sople del Espíritu. Porque este Espíritu de Jesús se derrama en los creyentes, pero no se limita sólo a los creyentes (cf. GS 11). Él sopla donde quiere y «renueva la faz de la tierra» (Sal. 103, 30). Lo mismo que los Padres de la Iglesia hablaban de las «semillas del Verbo», podemos hablar de las ráfagas o de las ascuas del Espíritu, repartidas en todo corazón abierto y en toda comunidad generosa, en todo grupo comprometido. Por eso podemos decir que, «donde hay libertad» y donde hay solidaridad, «está el Espíritu» .

CORPUS CHRISTI, DÍA DE CARIDAD

La Eucaristía es comida y bebida espiritual, es pan y vino espiritualizados, es el Cuerpo roto y la Sangre derramada por amor, de Jesús. Cada par-

tícula de pan y cada gota de vino están cargados de una energía de amor entregado, que producen magníficos movimientos de unidad, de servicio, de generosidad, de entrega total. Es el mejor alimento para desarrollar la solidaridad hasta su plenitud. Quien recibe el cuerpo de Cristo entra en la corriente solidaria del Espíritu.

Practica, pues, la solidaridad, si quieres conectar con el Espíritu de Cristo. Vive la solidaridad, si no quieres envejecer y quedarte anclado en el tiempo oscuro del sinsentido. La marcha de la historia se orienta hacia un mundo más unido y fraterno. La fuerza del Espíritu empuja hacia la meta del amor solidario. Hoy los verdaderos progresistas son los voluntarios y solidarios. Practica la solidaridad, si quieres progresar y si quieres hacer progresar al mundo. Vive la solidaridad para que puedas celebrar el Día de caridad. Si comulgas el cuerpo espiritualizado de Cristo, serás solidario: amando a Dios, te encontrarás amando al prójimo, a los pobres y oprimidos, incluso a los enemigos...Te encontrarás siendo amor como «Dios es amor».

Madrid, 21 de mayo de 1998.

EL PROFESOR DE RELIGIÓN CATÓLICA. IDENTIDAD Y MISIÓN

INTRODUCCIÓN

1. El documento que presentamos ofrece una reflexión de alguna forma nueva, dentro del ámbito de la enseñanza de la religión en la escuela. Una reflexión ampliamente demandada en la Iglesia. Los numerosos cambios legislativos referidos a la enseñanza escolar en general, que han afectado particularmente al área de religión católica y a su profesorado, dejaron en segundo plano la atención a los grandes planteamientos de la identidad y del sentido mismo de la acción educativa del profesor. En bastantes documentos recientes de la Iglesia se hace referencia al profesor de Religión católica, desde el punto de vista educativo y profesional, sin embargo no hay un documento explícitamente dedicado a estudiar su perfil propio. Es lo que pretendemos ahora.

2. Después de la implantación de la democracia y la aprobación de la Constitución Española, 1978, son muchos los esfuerzos de clarificación cultural, académica y legislativa que se han realizado para situar la enseñanza religiosa en el lugar que le corresponde, como un área con sus propias peculiaridades. De igual forma, han sido muchos los esfuerzos por lograr un estatuto jurídico, académico y social del profesor de religión. Es importante, y empieza ahora a ser urgente, mostrar, reconocer y valorar la aportación específica que realizan los profesores de religión a la formación religiosa y moral de los alumnos que opten por esta enseñanza, clarificando su identidad y su importante participación en la acción pastoral de la Iglesia.

3. En los últimos años nuevos profesores, no funcionarios, han asumido en Educación Primaria la enseñanza de la Religión y Moral Católica, que antes impartían mayoritariamente profesores funcionarios en sus aulas. Con enorme generosidad han prestado un servicio en momentos especialmente difíciles, que la Iglesia reconoce en todo su valor.

Algunos de esos nuevos profesores son sacerdotes o religiosos; otros, en mayor número, son laicos cristianos que poseen la titulación básica exigida por la Ley de Organización General del Sistema Educativo (LOGSE) y, además, una especialización teológica y pedagógica en esta materia, según las exigencias de la Conferencia Episcopal Española.

Las reflexiones que ofrecemos en este documento se refieren a todos los profesores de religión, sacerdotes, religiosos o laicos, tanto si imparten sus clases en la escuela pública en calidad de funcionarios o de especialistas sustitutos, como si lo hacen en la escuela católica u otras de iniciativa social.

Los profesores funcionarios que, poseyendo la idoneidad exigida por la Conferencia Episcopal Española para esta enseñanza, optan, en el ejercicio de su libertad, por impartirla en su clase o en otras aulas de Educación Infantil y Primaria, tienen preferencia para asumir la clase de Religión, dada la característica globalizadora del currículo en estas etapas. Así lo prescribe el Acuerdo entre el Estado Español y la Santa Sede, de 3 de Enero de 1979.

Cuando un profesor cristiano opta libremente por impartir la enseñanza de la Religión y Moral Católica en la escuela, facilita el desarrollo de esta enseñanza en su aula, favorece el diálogo entre la fe y los contenidos de las otras materias que él mismo imparte, y muestra ante sus alumnos la coherencia de sus creencias religiosas con su vocación de educador.

4. Es indudable que la calidad de la enseñanza religiosa escolar depende en gran parte de la competencia profesional del profesor y de la consonancia de su vida con lo que enseña. En definitiva, depende de su identidad como profesor creyente y de su misión en la escuela como miembro de la Iglesia.

Cuando hablamos de identidad del profesor de Religión y Moral Católica queremos responder básicamente a estas preguntas: ¿Quién es?, ¿qué es lo que le caracteriza?, ¿cuáles son sus funciones?, ¿qué tiene que ver su tarea profesional con el anuncio del evangelio y la pastoral de la Iglesia? Indudablemente las matizaciones y acentos pueden inclinar la balanza hacia unos u otros aspectos. Algunos piensan que la identidad del profesor de religión se define principalmente por su profesionalidad junto a los restantes profesores; otros creen necesario subrayar más los aspectos eclesiales y otros desearían que se clarificase y consiguiera primero un estatuto jurídico y social estable. Creemos que no se puede olvidar ninguno de estos aspectos, pero consideramos el aspecto profesional y el eclesial como determinantes de su identidad como profesor de Religión y Moral Católica.

Somos conscientes de la influencia que los aspectos jurídicos y administrativos ejercen sobre el trabajo diario del profesor de religión. Nos preocupan estos problemas y esperamos su solución, en permanente diálogo con la Administración Pública. La situación económico-social no debe condicionar la identidad cristiana ni oscurecer la labor encomiable de los profesores que la Iglesia les encomienda.

5. El documento se presenta, sin ánimo de exhaustividad, con los siguientes objetivos: clarificar este servicio de la Iglesia a la escuela, motivar y ayudar a los profesores de religión en su trabajo y, finalmente, promover la calidad de la enseñanza de la Religión y Moral Católica.

La identidad y misión del profesor de Religión y Moral Católica se estudia aquí en dos grandes apartados que la configuran y fundamentan: el primero, referido al perfil confesional como profesor en la escuela y el segundo, al perfil eclesial como creyente enviado por la Iglesia.

1. EL PERFIL PROFESIONAL DEL PROFESOR DE RELIGIÓN CATÓLICA

6. La enseñanza de la religión en la escuela se basa, por una parte, en el derecho de los padres a la formación religiosa y moral de sus hijos según sus convicciones y, por otra, en la contribución que esta enseñanza proporciona al pleno desarrollo de la personalidad del alumno, finalidad que la Constitución Española asigna a la educación escolar. A esta finalidad responde la enseñanza religiosa con la oferta de la dimensión religiosa y trascendente para la formación integral del alumno, como un área más dentro del sistema educativo y mediante el diálogo de la fe con la cultura. Estos son los tres puntos básicos de referencia que determinan el perfil del profesor de religión como profesional en la escuela.

1.1. *Dimensión religiosa en la formación integral del ser humano*

7. Todos somos conscientes de que asistimos a un importante cambio cultural en todos los ámbitos de la sociedad. Todo cambio crea tensiones, cuando no conflictos, que afectan a la vida misma de las personas; tensiones provocadas por grandes dilemas que la educación debe afrontar porque afectan al desarrollo de la persona: cómo armonizar los valores de nuestra tradición y las nuevas aportaciones de la modernidad y del progreso; cómo hacer posible en la escuela la transmisión del ingente bagaje de nuestra cultura y las nuevas aportaciones teniendo en cuenta las capacidades de asimilación que posean nuestros alumnos; cómo armonizar el desarrollo material y técnico con las necesidades espirituales del ser humano, de superación de sí mismo, de elevación del pensamiento y del espíritu hasta lo universal y trascendente.

Superar las tensiones promoviendo todas las capacidades del individuo, de forma equilibrada, es el gran reto actual de la escuela para lograr el pleno desarrollo de la personalidad de los alumnos.

8. En la solución de estas tensiones tiene la escuela, y en concreto los profesores, un protagonismo y una responsabilidad compartida con padres e instituciones al servicio de la educación. Cualquier radicalización de una postura impediría un normal desarrollo educativo del alumno. Esto obliga a la escuela a ser muy celosa en el cumplimiento de los fines que la identifican y de los medios con que intenta llevarlos a cabo para responder adecuadamente a las expectativas que la sociedad ha puesto sobre ella. En concreto, se trata de poner en práctica la norma presente en la Constitución Española: «La educación tendrá por objeto el *pleno desarrollo de la personalidad humana* en el respeto a los principios democráticos de convivencia y a los derechos y libertades fundamentales» (artículo 27.2).

Sin embargo, en la realidad educativa de cada día esa formación plena del alumno es comprendida de forma muy diversa por los miembros de la comunidad educativa, padres, profesores y alumnos. No hay unanimidad a la hora de determinar cuáles son las dimensiones constitutivas de la personalidad y su valoración para el logro de la educación integral. En todo caso, los padres esperan mucho de la escuela y delegan en gran parte sus responsabilidades educativas en ella.

9. Cuando hablamos de educación plena, integral, estamos diciendo que los alumnos, al terminar la enseñanza obligatoria, no solamente han recibido información básica para el trabajo y la vida en sociedad aprendiendo a conocer y a hacer sino también que han aprendido a ser y a ser con los demás, a convivir de tal manera que la aportación a la sociedad de las nuevas generaciones sea constructiva por su presencia y labor responsable, solidaria, pacífica y respetuosa con todos. Sobre todo «se trata de aprender a vivir juntos conociendo mejor a los demás, su historia, sus tradiciones y su espiritualidad, y a partir de ahí, crear un espíritu nuevo que impulse la realización de proyectos comunes o la solución inteligente y pacífica de los inevitables conflictos».

Pero tenemos que constatar que no siempre estos cuatro pilares, aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a ser y aprender a vivir juntos, que integran el pleno desarrollo de la personalidad, tienen un mismo tratamiento. Los saberes científico-técnicos, la reducción de la razón a la razón instrumental, la eficacia social y pragmática suplantando a los saberes humanísticos y morales, a los valores de sentido, a los paradigmas más significativos que pueden orientar y dar significado a la vida y, en definitiva, hacer posible el aprender a ser y sobre todo el ser con los demás, aprendizajes hoy tan necesarios para nuestra convivencia en sociedad.

10. La enseñanza de la religión aporta elementos relevantes para la consecución de la formación plena e integral que pretende la escuela. Se cen-

tra en la persona, sus problemas, sus expectativas y sus necesidades más profundas, para ayudarle a encontrar y conocer sus raíces, dar razón de sus esperanzas y fundamentar sus ideales más nobles, es decir, para aprender a ser.

El contenido de la enseñanza de la Religión responde a cuestiones que el hombre de todo tiempo se plantea sobre la significación de la realidad, del mundo y de la historia. Esta enseñanza fundamenta, jerarquiza y promueve los valores comunes admitidos mayoritariamente y los valores más peculiares de la fe cristiana, que contribuyen a formar personalidades responsables, solidarias y libres; despierta y cultiva la capacidad crítica del alumno con un tratamiento riguroso y científico del hecho religioso y del acontecimiento y el mensaje cristiano.

La escuela no puede olvidar su función de orientar y responder a las grandes preguntas sobre el sentido final de la vida, en las que el ser humano fundamenta su libertad y construye su propia personalidad, es decir, donde el alumno aprende esencialmente a ser. Es el servicio que la enseñanza religiosa aporta a la formación integral del alumno, en su aspecto más humanizador, colaborando con otras áreas y materias al desarrollo de las capacidades intelectuales, espirituales y religiosas de la persona.

11. La ausencia de una oferta de formación religiosa y moral en la escuela lesionaría la libertad de opción de los padres por el tipo de educación que deseen para sus hijos y el derecho mismo de los alumnos a su formación plena.

La Iglesia Católica tiene el deber de presentar en la escuela y en diálogo con la cultura a Dios como fin último del hombre, descubriéndole así el sentido de su existencia y la verdad más profunda acerca del propio ser humano.

Una escuela sin la oferta religiosa constituye en sí misma ya una opción, pero una opción negadora de otros proyectos educativos que permitan a los padres, y en su caso a los alumnos, elegir el tipo de educación deseado.

El profesor de religión, educador

12. La educación integral exige de todo profesor, y especialmente del profesor de religión, unas actitudes y unas cualidades determinadas. La enseñanza de la religión aporta elementos esenciales para que el alumno se conozca a sí mismo y conozca a los demás, para que respete a los otros e incluso les sirva como hermanos suyos que son. Por ello, el profesor de religión, al igual que otros profesores, debe ser un *maestro educador* en la medida en que contribuye y sirve a la formación integral de sus alumnos sin olvidar ninguna de sus positivas potencialidades y hace de semejante tarea su propia profesión. Para el profesor de religión su trabajo se enmar-

ca en una vocación que es llamada de Dios a un compromiso y a una plenitud de vida.

La vocación educadora como la vocación cristiana es un don que Dios ofrece y que hay que cuidar y potenciar como el mejor talento que se ha recibido. Es una vocación que tiene mucho de generosidad y donación, pues su tarea es sobre todo dar, y necesita ser alimentada continuamente con los contenidos mismos del mensaje que transmite, haciéndolos suyos, para no caer en el vacío y el sin sentido de quien no tiene nada que entregar. Es una vocación que se nutre en una relación con Dios cada vez más viva y en su inserción cada día más honda en la comunidad cristiana.

El profesor de religión, maestro en humanidad

13. Educar a una persona es sobre todo humanizarla, promover sus capacidades más profundamente humanas, impulsar su dignidad, libertad y responsabilidad en el quehacer junto a los demás, ensanchar, fundamentar y dar sentido al ámbito de su humanidad, donde se desarrolla como persona solidaria en medio de un mundo competitivo.

El profesor de religión como todo educador vocacionado ha de vivir la gozosa experiencia de la entrega de sí mismo en la tarea diaria de la educación del alumno, respetándole como ser personal con una dignidad única e irrepetible, potenciando su sed de absoluto, su deseo de bien, su hambre de verdad y su necesidad de realización plena en este mundo.

La fe cristiana reconoce y exalta la dignidad del hombre al proclamar incesantemente su origen y destino más alto: el amor creador de Dios Padre que nos llama a ser hijos suyos en su Hijo Jesucristo, fundamento de la fraternidad universal entre los hombres. Para la Iglesia, la persona humana es un valor central en sí misma que fundamenta el servicio gratuito y la solidaridad con todos, especialmente con los menos favorecidos. Por ello, el profesor de religión ha de ser maestro en humanidad.

El profesor de religión, sembrador de fraternidad

14. El profesor de religión, como educador, no se queda sólo en los sistemas, los programas y los métodos, sino que establece una interrelación con los educandos, relación de empatía que les ayudará a contrastar sus propios valores. Esta relación ha de estar impregnada de gratuidad, de aprecio e interés por la persona del educando, de respeto a su libertad y a su misterio, y a la vez de compromiso con sus preocupaciones más vitales y profundas. El alumno es una persona en crecimiento constante, con dudas, conflictos y esperanzas, que necesita paradigmas donde mirarse, aprender, ser orientado y, en libertad, poder optar por el bien y la verdad.

15. Hay actitudes educativas que cualifican a todo profesor creyente: la de ser servidor, realizar un «ministerio» regulado por la ley del amor y, por

tanto, ser sembrador de fraternidad en este mundo. Esta actitud es básica en el profesor de religión, más aún si es consciente de que ha recibido el encargo de dar a conocer el amor de Dios y los valores de su reino.

En consecuencia, en el profesor de Religión es prioritario el amor a la persona, la confianza en la bondad fundamental del ser humano, la comprensión de sus debilidades y de la realidad concreta de cada uno en torno a la cual dialoga y realiza propuestas educativas y orientadoras. Su enseñanza tiene un carácter formativo que se desarrolla mediante una relación educativa con los alumnos *«rica de amistad y de diálogo, capaz de suscitar en el más amplio número de alumnos, incluso no explícitamente creyentes, el interés y la atención para una disciplina que alienta y motiva su búsqueda apasionada de la verdad»*.

16. De aquí se desprende una serie de cualidades que dignifican y dan sentido a la acción educativa del profesor de religión: la coherencia de su enseñanza con su propia vida, el diálogo sincero en la relación con sus alumnos y la confianza en las posibilidades de realización educativa de cada uno. Seguro de sus propuestas y condescendiente con las limitaciones de los alumnos, nunca les niega oportunidades de cambio y nuevas perspectivas. Sus ofertas y planteamientos en sintonía con su fe serán propositivos, nunca impositivos, puesto que ha de respetar otras opciones y otras convicciones de los alumnos. Este respeto no es obstáculo para la presentación de unos criterios irrenunciables y unas orientaciones que surgen del mensaje cristiano.

Su trabajo, dentro y fuera de la clase, tiene que llevar *«el sello del amor cristiano, que es sencillez, veracidad, fidelidad, mansedumbre, generosidad, solidaridad y alegría»*.

1.2. Integración del área de Religión y Moral Católica en el currículo escolar

17. La enseñanza de la Religión y Moral Católica en la escuela ha pasado por diversas situaciones en la reciente historia de la educación española. Ha evolucionado positivamente desde una información sin valor académico hasta los actuales grados de integración curricular, todavía no lograda en su totalidad.

La escuela, como ámbito educativo, posee unos procedimientos propios para ejercer su función: una estructura curricular, una didáctica apropiada a cada edad, unos métodos y medios de coordinación educativa, unos determinados criterios de evaluación.

La enseñanza de la Religión Católica en la escuela responde al derecho constitucional de los padres a que sus hijos reciban «la formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones». Su estatuto jurídico obedece a los principios establecidos en el *Acuerdo entre el Estado Español y la Santa Sede sobre enseñanza y asuntos culturales*, de 3 de enero de 1979.

El área de Religión y Moral Católica

18. En el ámbito de la escuela y en las condiciones establecidas en la legislación, la enseñanza de la Religión y Moral Católica se presenta como área equiparable a las fundamentales, con carácter opcional, que una vez elegida se integra en el currículo de los alumnos como una enseñanza más.

La Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis ha elaborado el currículo del área de Religión Católica con los mismos elementos y estructuras curriculares que el resto de las áreas.

Como área dentro del sistema educativo, la enseñanza religiosa colabora, como ya hemos indicado, a la formación plena del alumno mediante el conocimiento estructurado y sistemático del mensaje y del acontecimiento cristiano y sus implicaciones en la vida, a fin de procurar al alumno una visión cristiana del hombre, de la historia y del mundo, y abrirle desde ella a los problemas del sentido último de la vida y orientarle en ellos.

La enseñanza religiosa escolar se presenta con «la racionalidad específica del pensamiento cristiano y, por tanto, como disciplina rigurosa. La fe no es una convicción irracional y el saber acerca de la revelación divina tiene una dimensión intelectual, objetiva, fundada y metódica, que ha hecho posible la teología como ciencia, por la reflexión crítica, racional y sistemática de sus contenidos. No olvidemos que en torno a la teología nacieron y se desarrollaron durante siglos las Universidades».

19. Además de la aportación humanizadora, espiritual y trascendente la Religión y Moral Católica, junto a otras religiones de nuestro pasado y presente, es también un elemento imprescindible para la comprensión de la cultura europea. Sin ellas es imposible explicar y comprender las raíces, historia y significado del hombre europeo. Su conocimiento proporciona al alumno aquellas claves de interpretación de muchas y variadas expresiones culturales que hay entre nosotros de modo que puedan ser integradas y comprendidas en su formación. El fenómeno religioso impregna la evolución del arte, sustenta una concepción de los derechos humanos, de la moral privada y pública y de la dignidad del ser humano. Es ésta una aportación indispensable para el deseado diálogo interdisciplinar en la escuela.

20. Pero los contenidos de la enseñanza de la religión no son sólo un saber sobre el hecho religioso cristiano. «Esta enseñanza debe situarse, no al lado de los demás saberes, como las matemáticas pueden situarse junto a la historia, sino en diálogo interno con ellos». El mensaje y acontecimiento cristiano es palabra viva y eficaz que acrecienta la fe de muchos cristianos y puede nacer en los no creyentes y fortalecer la vida de los que la escuchan y aceptan.

Hay que tener en cuenta que en la enseñanza de la Religión y Moral Católica se transmite no sólo una palabra sobre Dios sino la Palabra de

Dios, que se dirige a todo el ser humano, a todas sus capacidades, vivencias y expectativas.

El profesor de religión, como el de las otras áreas, evalúa el proceso de enseñanza-aprendizaje teniendo en cuenta los elementos que lo componen, es decir, los objetivos y contenidos del currículo. No evalúa la fe en su grado de adhesión al mensaje, ni sus posibles consecuencias transformadoras en la vida real de los alumnos, aunque el aprendizaje académico de la religión sea apoyo importante de la fe de los mismos.

21. La consideración del área de Religión y Moral Católica como un área más, con su especificidad de contenidos y su didáctica apropiada, supone reconocerle en la organización escolar un tratamiento fundamental, un desarrollo curricular y académico sin discriminación alguna en la actividad escolar.

Esta situación de derecho reclama también un reconocimiento legal y académico y de sus profesores quienes, a su vez, se comprometen a impartirla cumpliendo con las exigencias académicas presentes en la ley y con las que surgen de la propia identidad del área. Su titulación básica tiene el mismo nivel universitario que la del resto de los profesores, a la que se añade la preparación didáctica y teológica específica exigida para la enseñanza de la Religión y Moral Católica.

22. Como consecuencia de la aportación curricular de esta área, de su equiparación a materia fundamental y del derecho del profesor de religión a ser miembro del claustro a todos los efectos, no puede estar ausente de ninguna de las estructuras organizativas de la escuela en cuanto la legislación se lo permita, y debe participar en los órganos de coordinación académica como los demás profesores de las otras áreas, de tal manera que en la elaboración del proyecto curricular su aportación específica sea tenida en cuenta.

La formación del Profesor de Religión Católica

23. La enseñanza de la Religión y Moral Católica en la escuela con su estructura académica equiparable a las otras áreas, exige un profesorado preparado, con las titulaciones de carácter universitario similares a las de sus compañeros de otras áreas.

Se necesita en primer lugar una formación inicial que está configurada por dos grandes bloques: La preparación teológica como contenido básico y la preparación pedagógica y didáctica que haga posible una enseñanza adecuada en procedimientos y métodos a la edad de los alumnos.

La necesidad de formación teológica del profesor de Religión y Moral Católica viene requerida por estas tres coordenadas ineludibles: la fidelidad a la fe de la Iglesia, el contenido doctrinal presente en el currículo de los alumnos para cada etapa y la propuesta de la fe en diálogo con la cultura de su tiempo.

24. La fidelidad a la fe de la Iglesia entraña la adquisición de los conocimientos necesarios para la comprensión de la estructura y contenido de la fe revelada por Dios y transmitida por la Iglesia Católica que ha sido actualizada recientemente con la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica.

En él se puede percibir *«la admirable unidad del misterio de Dios, de su designio de salvación, así como el lugar central de Jesucristo Hijo único de Dios, enviado por el Padre, hecho hombre en el seno de la Virgen María por el Espíritu Santo, para ser nuestro Salvador. Muerto y resucitado, está siempre presente en la Iglesia, particularmente en los sacramentos; es la fuente de la fe, el modelo del obrar cristiano y el Maestro de nuestra oración»*.

Este núcleo esencial y básico en la formación del profesorado exige un estudio metódico y sistemático que supere cualquier discurso fragmentario y ocasional, no elaborado en un marco de totalidad, que sólo ilumine un fragmento de la realidad cristiana o humana.

El profesor de religión debe conocer la doctrina del Magisterio de la Iglesia y permanecer atento a las enseñanzas actualizadas del mismo que imparten tanto el Romano Pontífice como los obispos. El *Catecismo de la Iglesia Católica* es fuente autorizada del mensaje que debe transmitir en nombre de la Iglesia.

25. El contenido doctrinal del currículo supone el conocimiento de los bloques temáticos y específicos en la etapa correspondiente. Este contenido está estructurado y orientado teniendo en cuenta las fuentes del currículo: psicológica, pedagógica, socio-cultural y epistemológica. Cada etapa presenta de alguna forma una síntesis que se abre progresivamente, atendiendo al desarrollo de las capacidades de los alumnos según su edad.

Por ello, el contenido del currículo de Religión requiere también un conocimiento previo de la psicología evolutiva y de los procedimientos que hacen posible el aprendizaje gradual.

26. La propuesta de la fe en diálogo con la cultura exige el conocimiento de los elementos que constituyen la cultura moderna así como la actualización de los contenidos teológicos que hacen posible una síntesis vital en orden a la formación integral del alumno. Todo ello será difícilmente posible sin una competencia humanística y filosófica adecuada que permita al profesor de religión no estar por debajo del nivel de sus colegas en otras áreas.

El diálogo de la fe con la cultura supone estar muy atento a las experiencias y a la problemática de los alumnos, a los principios y proyectos educativos de la escuela, a las propuestas y a los modelos de vida que proyecta la sociedad. El profesor tiene que estar abierto al diálogo con sus alumnos, con la escuela y con el mundo.

Este diálogo demanda del profesor unos mínimos conocimientos de las materias esenciales del currículo de otras áreas cuyas aportaciones culturales están en relación con la enseñanza religiosa.

El profesor de religión ha de acercarse a todos estos problemas con una postura intelectual abierta a la verdad objetiva, de estudio y de análisis, de observación, de discernimiento y con propuestas de sentido actualizadas, dentro de una actitud evangélica de servicio a la educación y a la Iglesia.

27. La preparación pedagógica es fundamental para poder motivar, orientar y comunicar el profesor de una manera eficaz con los niños y adolescentes. No basta saber teología. Hay que saber enseñarla de modo significativo, para que no se convierta en fórmulas incomprensibles para los alumnos.

Los cambios pedagógicos que han supuesto la Ley de Ordenación General del Sistema Educativo han sido un buen acicate que ha motivado la actualización pedagógica de la mayoría de los profesores de religión. Junto a la preparación pedagógica y didáctica es imprescindible la actualización teológica que ayude al profesor tanto a hacer una síntesis teológica personal, como a plantearse la gradualidad de su presentación progresiva y adecuada a la edad de sus destinatarios.

28. La capacitación del profesor de religión católica en materia de teología y pedagogía religiosa puede realizarse a través de instituciones diversas habilitadas para ello. Se distingue según sea para el ejercicio docente en Educación Primaria o en Educación Secundaria. Dicha capacitación es refrendada por la Conferencia Episcopal Española en una Declaración Eclesiástica de Idoneidad (D.E.I.), que todos los profesores de religión en ejercicio deben poseer. Supone una garantía profesional para el desempeño de la función académica.

Además, la profesionalidad del profesor de religión unida a su vocación educadora reclama una formación permanente que le ayude a actualizar los contenidos esenciales de su área y las continuas propuestas culturales de nuestro mundo.

«La renuncia a la formación permanente en todo su campo humano, profesional y religioso lo colocaría al margen de ese mundo que es precisamente el que tiene que ir llevando hacia el Evangelio».

29. En la formación del profesor de religión hay un elemento aglutinante que no podemos nunca olvidar: el descubrimiento, valoración y cuidado de su propia vocación como cristiano comprometido en el ámbito educativo y como consecuencia el cultivo de su disponibilidad para cumplir la misión que la Iglesia le encomienda en la escuela.

1.3. *Diálogo de la fe con la cultura*

30. No es una novedad la preocupación de la Iglesia por la cultura, su estima, promoción y diálogo con ella, sobre todo en los ámbitos donde la cultura se transmite sistemáticamente, como es la escuela.

En la escuela se realiza una asimilación sistemática y crítica de un universo cultural que va a conformar el desarrollo progresivo de la futura personalidad del alumno.

Por ello, la Religión y Moral Católica pretende traducir lo esencial del mensaje cristiano en las categorías propias de la cultura, para así integrar la formación religiosa en la formación de la personalidad de los alumnos.

La fe se dirige y afecta a todo el ser humano, tanto a su persona como a sus ámbitos de expresión, a las distintas formas en que vive y se relaciona con los demás, es decir, a su cultura. Por ello, será siempre una exigencia de la enseñanza religiosa el diálogo como medio, y la síntesis entre la fe y la cultura como objetivo:

«La síntesis entre la cultura y la fe no es solamente una exigencia de la cultura sino también de la fe. Una fe que no se convierte en cultura es una fe no aceptada plenamente, no pensada enteramente, no vivida fielmente».

Si la fe se situase al margen de la cultura, «sería una fe infiel a la plenitud de cuanto la Palabra de Dios manifiesta y revela» en relación al hombre y su destino. Consecuentemente, el profesor de religión ha de estar en la escuela en actitud de diálogo respetuoso y constructivo, asumiendo en profundidad y críticamente la cultura con todos sus valores positivos y sus vacíos, integrando la dimensión religiosa en la formación humana y evitando la consideración de la fe como un añadido o como un componente extraño a la propia vida.

Concepto de cultura

31. Nos situamos en una concepción integral de la cultura haciendo nuestra la descripción que de ella hace la Constitución *Gaudium et Spes*: «Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el ser humano afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos e incluso a todo el género humano».

Desde la antropología social la cultura es una totalidad compleja que incluye los conocimientos, las creencias, el arte, la moral, las leyes, las costumbres, los modos de vida, los valores dominantes... Cada cultura se caracteriza por una serie de componentes esenciales, por unas estructuras jerárquicas de rasgos y valores que suscitan la adhesión de un grupo social concreto.

Estos elementos ejercen una gran influencia especialmente en los adolescentes y jóvenes. Por eso el profesor de religión ha de estar muy atento a la problemática de los alumnos propia de su edad y a las cuestiones que surgen del contexto sociocultural en que viven. La religión aporta elementos esenciales para que el alumno comprenda y asimile de forma selectiva, crítica y libre la cultura; especialmente ilumina los aspectos que hacen posi-

ble la comprensión de las raíces que la sustentan, el sentido de la vida que propone y los valores dominantes.

En los últimos cursos de la enseñanza obligatoria se plantean ya crisis de identidad y surgen preguntas sobre la orientación de la vida, no siempre satisfechas en el desarrollo curricular de la escuela. Para muchos jóvenes y adolescentes la falta de expectativas de futuro les aboca a identificarse fácilmente con la cultura del momento, reduciendo sus aspiraciones a la satisfacción de las necesidades más inmediatas y placenteras. Su necesidad imperiosa de amor se canaliza con frecuencia hacia fines interesados y comerciales.

Elementos culturales que inciden en la vida cristiana

32. A estos problemas peculiares de unas edades en continua evolución hay que añadir los elementos de la cultura que en nuestro tiempo inciden más en la concepción cristiana de la vida y que el profesor debe afrontar. Son muchos los elementos positivos que hay en nuestra cultura que debemos reconocer y apoyar; ahora nos referimos, en primer lugar, a aquellos que pueden constituir serios obstáculos en el diálogo de la fe con la cultura y que están influyendo en la vida de las nuevas generaciones.

La ruptura entre la fe y la cultura es el drama de nuestro tiempo. En muchas de las manifestaciones culturales el ser humano parece haber roto con Dios y vive como si Dios no existiera. Afirma haber adquirido su propia libertad, se siente protagonista de su destino, emancipado. Son expresiones de una cultura dominante que a veces obstaculiza el acceso de los adolescentes a los valores religiosos. Pero en el mundo de la escuela *«Dios no puede ser el Gran Ausente o un intruso mal recibido. El Creador del universo no obstaculiza el trabajo de quien quiere conocer dicho universo, que la fe llena de significados nuevos»*.

El progreso en el conocimiento del mundo, los éxitos de la razón científico-técnica, la confianza en la razón instrumental, que no sabe de fines ni de valores, han desencadenado otro exponente de esta ruptura: la contraposición entre razón y fe. La fe es recibida como extraña en los ámbitos donde la razón científica es el único criterio de verificación y acceso al conocimiento. En consecuencia los valores trascendentes y gratuitos no tienen cabida, dejando a muchas personas vacías de sentido y carentes de orientación más allá de lo que la razón científica pueda proporcionarles.

El ocultamiento de Dios como ser fundante lleva consigo la absolutización de la conciencia humana donde *el predominio del «yo» es la instancia última de todo obrar*. Es una cultura donde la ausencia de la dimensión trascendente hace que el ser humano sucumba más fácilmente a la atracción del dinero y del poder, del placer y del éxito. El individualismo se presenta como actitud y criterio de interpretación, produciendo a su vez una cul-

tura fragmentada con propuestas concretas y a veces recetarias que están supliendo a los grandes sistemas de interpretación global de la realidad, de valoración y de sentido armónico de la vida.

Al mismo tiempo, cabe constatar un resurgir de la religiosidad, aunque ésta a veces se manifieste como un elemento sin demasiadas exigencias ni compromisos en la vida diaria. Sin embargo ello conlleva también aspectos positivos: «Están manifestando la angustiada búsqueda de sentido, la necesidad de interioridad, el deseo de aprender nuevas formas de oración o de concentración».

Así mismo hay que destacar la vigencia de algunos valores morales, especialmente la solidaridad, la dignidad de la persona y la familia.

Son muchos los organismos de cooperación que surgen como respuesta solidaria a las necesidades de los pobres y muchos los lazos que unen a la comunidad humana canalizados por los medios de comunicación social.

Se constata, además, que una parte notable de la sociedad se siente insatisfecha del mundo consumista y competitivo y busca una vida con menos afán por las cosas y con mayor profundidad y espiritualidad.

La enseñanza de la Religión debe iniciar en el diálogo de la fe con la cultura

33. Todos éstos son exponentes de una cultura que incide en nuestros alumnos; retos a los que la enseñanza de la religión debe dar respuestas adecuadas. Por ello, niños, adolescentes y jóvenes necesitan que el profesor de religión sea una persona abierta y en continua actitud de revisión y actualización cultural, pedagógica y teológica que les ayude a discernir los signos de este tiempo.

La enseñanza de la religión en la escuela pretende ayudar al alumno a realizar de forma crítica y sistemática una valoración y selección de los elementos de la cultura que recibe y que más contribuyen a su armónico desarrollo dentro del proceso educativo. Debe iluminar y transformar «los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad». En realidad, todo educador *debe hacer posible que el alumno reciba aquellos elementos culturales que le humanizan y potencian sus valores*: «Es cultura aquello que impulsa al hombre a respetar más a sus semejantes, a ocupar mejor su tiempo libre, a trabajar con un sentido más humano, a gozar de la belleza y amar a su Creador».

En esta valoración y discernimiento cultural, la fe de Cristo aporta una dimensión nueva de la vida: la construcción de un mundo nuevo, el Reino de Dios, esperanza de una tierra nueva y unos cielos nuevos. Esta aportación no empobrece ni amenaza las culturas. Al contrario, «el Evangelio les aporta un suplemento de alegría y belleza, de libertad y sentido, de verdad y bondad».

Jesucristo, clave para comprender el misterio del hombre

34. Una cultura verdaderamente humana y humanizadora «exige una visión integral del hombre, entendido en la totalidad de sus capacidades morales y espirituales, en la plenitud de su vocación. Aquí es donde radica el nexo profundo, la relación orgánica y constitutiva, que une entre sí a la fe cristiana y a la cultura humana».

La enseñanza religiosa en diálogo con la cultura es una oferta para que el alumno descubra la plenitud del ser humano realizada en Jesucristo, el Hombre nuevo. No se puede reducir la presentación del misterio de Cristo a considerarlo como un maestro de moral, un ejemplo de vida; ni atender sólo a su condición de hombre, hablando ambiguamente de su realidad divina. Él es verdaderamente Dios y hombre. Es preciso mostrar a Jesucristo, el Hijo de Dios, como el Mediador único entre Dios y el hombre. No es un camino más, entre otros. Es el único Camino. No es una verdad entre otras, es la Verdad que nos viene de Dios. Él es la plenitud de la Vida. Cristo es «el gozo de todos los corazones».

Jesucristo es la clave para comprender el misterio del hombre, el que da sentido a toda vida y toda realidad. Ante Él nada queda indiferente. Su vida y su palabra renuevan la cultura: *«la buena noticia de Cristo renueva constantemente la vida y la cultura del hombre caído; combate y elimina los errores y males que provienen de la seducción del pecado; purifica y eleva la moral de los pueblos; fecunda las cualidades espirituales y las tradiciones de cada pueblo y de cada edad, las consolida, perfecciona y restaura en Cristo»*.

En este diálogo, la fe apunta a una nueva manera de ser, es decir, a una nueva manera de mirar, comprender y tratar la realidad, las personas, los acontecimientos y las cosas, o lo que es lo mismo, a una nueva cultura y una manera de ser diferentes.

Exigencias para el profesor de religión

35. Para que el profesor de religión pueda de verdad ayudar al alumno a la asimilación crítica de la cultura, es imprescindible que haya realizado en sí mismo una síntesis personal y vital de su acervo cultural e intelectual con su fe de tal manera que pueda hacer inteligible y adecuado a sus alumnos el evangelio de Jesucristo. Para hacer comprender al alumno que se puede y debe ser cristiano en la cultura y desde la cultura es necesario que el profesor viva su ser en el mundo en relación profunda con su fe. La deseada síntesis entre la fe y la cultura, que han de conseguir los alumnos, dependerá en gran parte de la síntesis que el propio profesor posea.

36. Cada una de las áreas que integran el currículo son vehículos de transmisión de la cultura. En relación con ellas el profesor de religión pretende colaborar en la actividad escolar a la complementariedad de las materias que se imparten, incluida la enseñanza religiosa, de tal manera que todas contri-

buyan a la formación plena del alumno y a la necesaria síntesis entre la cultura y la fe. De ahí la exigencia de un permanente contacto con profesores de otras áreas. El profesor de religión es consciente de que cada profesor, «*cuan-do se entrega a las diferentes disciplinas de la filosofía, la historia, las matemá-ticas y las ciencias naturales, y se dedica a las artes, puede contribuir sobre-manera a que la familia humana se eleve a los más altos pensamientos sobre la verdad, el bien y la belleza y al juicio del valor universal, y así sea ilumina-do mejor por la maravillosa Sabiduría, que desde siempre estaba con Dios*».

En la aportación cultural de las materias que conforman el currículo el alumno no sólo recibe formación y procedimientos para adquirirla, también recibe ya una interpretación de las distintas corrientes de pensamiento y una manera de entender la vida. La enseñanza religiosa penetra en ese ámbito de información e intenta descubrir y señalar los signos de los tiempos, los valores evangélicos y los contravalores que esos signos a veces encierran.

37. La propuesta del profesor de religión en diálogo con la cultura debe tener muy presente:

a) En cuanto a los *fin*es: que es preciso, en nuestros contextos socio-culturales, estimular la capacidad moral y espiritual de la persona, crear una auténtica cultura del amor, de la verdad, del bien y de la belleza, de la libertad y del progreso.

b) En cuanto a los *objetivos*: que se deben «adecuar los medios a los fines, los proyectos a los ideales, las acciones a los patrones morales que permitan establecer en nuestro hoy el alterado equilibrio de valores».

c) En cuanto a los *valores*, «la prioridad de la ética sobre la técnica, la primacía de la persona sobre las cosas, la superioridad del espíritu sobre la materia». El amor al hombre por el hombre mismo, su dignidad, los valores de la inteligencia, voluntad, conciencia, fraternidad, basado en Dios Creador y elevados en Cristo.

Todo esto tiene cabida en concreto en el *Proyecto Educativo del Centro*: es el instrumento donde se intenta plasmar las intenciones educativas de la escuela y los medios adecuados para desarrollarlas, teniendo en cuenta la realidad cultural y social de los alumnos.

En la práctica, el profesor de religión deberá prepararse para situar el área de Religión Católica en el contexto de las otras áreas, con su aportación peculiar a los objetivos educativos propuestos para cada etapa. Su presencia será muy relevante, concretamente a la hora de elaborar el Proyecto Educativo del centro y los diversos Proyectos Curriculares de cada etapa donde se define el tipo de educación que se desea en un contexto determinado.

38. El diálogo de la fe con la cultura es uno de los grandes desafíos que tiene el profesor de religión. Su responsabilidad es grande y deberá ejercerla con originalidad, seriedad y profundidad. Esto le obliga a conocer las propuestas y aportaciones que brinda la cultura moderna, sus logros y vacíos,

para que el Evangelio de Cristo sea fuente de luz y discernimiento para los alumnos, puesto que cada cristiano ha de vivir su fe en referencia vital y continua con las incidencias, las esperanzas, los conflictos y las aspiraciones de la sociedad a la que pertenece.

Los alumnos participan, a su manera, de algunas actitudes generalizadas en nuestra sociedad. Pero no es la escuela solamente la responsable de su educación. Muchas otras mediaciones están siendo muy eficaces e influyentes en el desarrollo de la personalidad de los alumnos.

En efecto, cada día es mayor el influjo de las ideas y mensajes y de las propuestas que los alumnos reciben en los espacios de ocio y a través de los medios de comunicación y, a la vez, es menor la influencia de la familia y de la escuela. Por ello, el profesor de religión debe estar muy atento a las coordenadas que definen una determinada concepción de la vida transmitida por los medios de comunicación, que a veces trivializan los mejores valores de los jóvenes tan necesarios para un desarrollo armónico de la persona. «Para muchos los medios de comunicación son el principal instrumento informativo y formativo, de orientación e inspiración para los comportamientos individuales, familiares y sociales».

39. En este contexto socio-cultural el profesor de religión debe dar a conocer el evangelio de Jesucristo y sus repercusiones fundamentales en la vida, en el contexto sociocultural concreto donde sus alumnos viven. Por ello su acción en la escuela no puede estar desencarnada del entorno en que se desarrolla, con toda la problemática y expectativas que supone. Su profesionalidad le exige una preparación específica que favorezca su cercanía a los alumnos y el compromiso con los problemas y necesidades de cada uno como ser personal y social.

La vida y la preparación del profesor de religión como persona llamada a ejercer la misión de transmitir el Evangelio en el contexto de la sociedad a la que quiere servir, le plantea una exigencia permanente de estudio y actualización.

2. PERFIL ECLESIAL

40. El profesor de religión católica no es sólo un profesional preparado para una actividad docente y educativa de la que ha de responder ante la sociedad. Es también miembro de una comunidad, la Iglesia, que le envía a la escuela, con una misión específica.

Su enseñanza es una actividad eclesial (2.1.), pues en el centro mismo de ella está la transmisión de la buena noticia de Jesucristo y su mensaje de salvación (2.2.), y él es un enviado por la Iglesia para enseñar los contenidos de la fe católica y para dar testimonio, con su vida, de esa enseñanza (2.3.). Estos son los tres apartados de este capítulo que definen el perfil eclesial del profesor de religión católica.

2.1. *El profesor de religión católica realiza una actividad eclesial*

41. El profesor de religión no actúa en nombre propio, sino en nombre de la Iglesia a la que los padres, a través de la escuela, han pedido el «servicio de formación religiosa» de sus hijos.

La misión de la Iglesia es única y cada creyente contribuye a ella desde su carisma peculiar, desde sus propias capacidades, cooperando así a la comunión, a la edificación de la Iglesia. Es notoria en nuestra Iglesia la colaboración y responsabilidad cada vez mayor de los laicos en la misión de la Iglesia. Esto es sobre todo constatable en la enseñanza de la Religión donde la gran mayoría de los profesores son laicos. Esta acción eclesial no es una acción de suplencia de los sacerdotes o religiosos. Surge de un auténtico dinamismo de la vida cristiana y de la comunión de los creyentes con sus pastores.

La enseñanza religiosa escolar es una forma del ministerio de la Palabra con una identidad propia. Trata, en efecto, de hacer presente el Evangelio en el proceso personal de asimilación sistemática de la cultura que realizan los alumnos. Es, por tanto, una actividad plenamente eclesial.

La Iglesia desarrolla su función en el mundo mediante diversos servicios y ministerios: el servicio de la predicación y de la enseñanza, de la celebración litúrgica, de la comunión fraterna, de la caridad, de la transformación y saneamiento de las estructuras humanas hasta hacer que la creación entera esté al servicio de todos.

Las diversas funciones de la Iglesia son esenciales e inseparables. Esto no obsta para que en un ámbito concreto se acentúe más una sobre las otras. Así, la enseñanza religiosa escolar es un modo peculiar de servicio de la enseñanza de la fe que profesa la Iglesia.

42. Todos los miembros de la Iglesia participan por el bautismo en la misión salvífica de la Iglesia. Así mismo están llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares en que ella no puede ser sal de la tierra sino a través de ellos. Esta responsabilidad de todos los bautizados incluye la comunión con la Iglesia y con los que presiden la comunidad. Estos no son la fuente de la Palabra, pero sí los servidores autorizados de su autenticidad.

Precisamente, además de esta misión que incumbe a todos los laicos, existe para algunos de ellos una vocación especial que los pone más directamente al servicio de la Jerarquía.

La misión del profesor de Religión en la escuela es indudablemente una vocación especial al servicio de la Iglesia. Para esta vocación y bajo la dirección del Magisterio, recibe el Espíritu de la Verdad que suscita y sostiene el sentido de la fe y la gracia de la Palabra tan necesarios para el desempeño de su función.

El sentido de la fe es un don del Espíritu Santo que confiere al creyente una capacidad para percibir la verdad de la fe y para discernir lo que es

contrario a ella. Inclina a pensar, querer y vivir en conformidad con la revelación de Dios Padre, en Cristo Jesús, bajo la acción del Espíritu Santo.

43. El servicio de la enseñanza lo realizan los profesores de religión, no sólo como creyentes sino además como enviados y colaboradores de los obispos, con quienes participan de la específica misión de «enseñar a todas las gentes y de anunciar el evangelio a toda criatura». Esta misión es un servicio eclesial, y como tal servicio no es una ocupación ocasional, es un don del Espíritu Santo (1 Cor. 12, 11) que otorga al cristiano una función específica dentro de la misión de la Iglesia. Este don supone también un envío, una tarea en la Iglesia y una responsabilidad en la totalidad del Cuerpo de Cristo. Este servicio, aunque no sea fundante de un estado permanente en la Iglesia, presupone una madurez espiritual en quien lo desempeña que sólo es posible alcanzar mediante la oración y el desprendimiento, expresión de la fe viva de un cristiano adulto, comprometido y responsable en la Iglesia.

La actividad educativa del profesor de religión católica es, en este sentido, una acción eclesial, se le puede aplicar lo que dice Pablo VI de los evangelizadores: «Evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial... Aunque se encuentre solo, ejerce un acto de Iglesia». El profesor de Religión recibe del Obispo la misión de enseñar y educar en la fe. Por eso ha de hacerlo en íntima comunión de fe y de caridad con la comunidad eclesial a la que pertenece. Esta misión es participación y responsabilidad en la misión evangelizadora de la Iglesia, Pueblo de Dios, que se manifiesta con la palabra y el testimonio de la vida.

44. Para el desarrollo normativo de su función en la escuela, el profesor de religión posee dos acreditaciones que avalan su profesionalidad y su eclesialidad: La *Declaración Eclesiástica de Idoneidad* y la *missio canónica*.

De la *Declaración Eclesiástica de Idoneidad* hemos hablado más arriba (núm. 28), al tratar de la capacitación en materia de teología y pedagogía.

Además de esta *Declaración* y como condición inmediata para ejercer la docencia de la Religión y Moral Católica el profesor recibe la *missio canónica*, el envío oficial del Obispo de la Diócesis para que realice la tarea que la Iglesia le encomienda en el mundo de la escuela. Ello le vincula de un modo especial al Obispo, que es en la Iglesia particular quien tiene la función de enseñar en nombre de la Iglesia.

La misión oficial afianza la participación y corresponsabilidad del profesor en la misión de la Iglesia de anunciar a Jesucristo y su mensaje de salvación tal como se ofrece en los currículos escolares.

La propuesta que el Obispo de la Diócesis realiza a la Administración incluye la *missio canónica* y faculta al profesor de Religión para enseñar la doctrina católica en la escuela. Es responsabilidad del obispo cuidar de que el profesor de Religión y Moral Católica tenga las cualidades requeridas para impartir esta enseñanza y la preparación adecuada a la misión que se le ha encomendado. Hay que tener en cuenta, además, que la misión que

el profesor de religión recibe del obispo responde al derecho de los padres a que sus hijos reciban una formación religiosa y moral según sus convicciones y garantiza, por tanto, la confesionalidad católica de esta enseñanza.

45. La enseñanza religiosa escolar tiene unas características propias dentro del ministerio de la Palabra que la distingue de otras formas, como son el anuncio misionero, la catequesis, la celebración litúrgica, el ejercicio de la caridad, la teología....

«Lo que confiere a la enseñanza religiosa escolar su característica propia es el hecho de estar llamada a penetrar en el ámbito de la cultura y de relacionarse con los demás saberes. Como forma original del ministerio de la Palabra, en efecto, la enseñanza religiosa escolar hace presente el Evangelio en el proceso personal de asimilación, sistemática y crítica, de la cultura. En el universo cultural, que interiorizan los alumnos y que está definido por los saberes y valores que ofrecen las demás disciplinas escolares, la enseñanza religiosa escolar deposita el fermento dinamizador del Evangelio y trata de alcanzar verdaderamente los demás elementos del saber y de la educación, a fin de que el Evangelio impregne la mente de los alumnos en el terreno de su formación y que la armonización de su cultura se logre a la luz de la fe». La metodología que utiliza es la propia de la escuela. Comparte las exigencias académicas comunes al resto de las áreas. Los objetivos que se propone contribuyen al desarrollo de todas las capacidades del alumno en orden a la formación integral.

Como acción pastoral de la Iglesia, la propuesta educativa de la enseñanza de la religión en la escuela es *complementaria de la catequesis* porque afecta a la educación de la fe de los alumnos. El profesor de religión, como profesional preparado para ejercer una función educativa en la escuela, integra la formación religiosa en la formación humana como acción educativa para los alumnos en un momento en que se realiza en éstos el proceso de maduración humana y asimilación cultural: «El situar la enseñanza religiosa bajo el signo de una oferta del Mensaje cristiano con vistas a una posible opción de fe tiene la ventaja de que:

- el alumno que pueda estar en *búsqueda* o enfrentado con *dudas religiosas*, encontrará en la enseñanza de la religión las respuestas que la Iglesia da a sus problemas y tendrá ocasión de reflexionar sobre ellas;

- al alumno *no creyente* se le ofrece la ocasión de confrontar su propia situación de incredulidad con las perspectivas de la fe y eventualmente reconsiderarla;

- el alumno *creyente*, en fin, tiene la posibilidad de integrar su opción creyente en el interior de una cultura profana, de alimentarla a partir de ella, de purificarla y de capacitarse para dar razón de su fe».

Por tanto, su quehacer como profesor ha de responder en profundidad a cuestiones que son vitales para los alumnos.

En este sentido su acción educativa religiosa es también una acción humanizadora en sí misma y como tal es un servicio eclesial realizado en favor del ser humano, como servicio genuino a su educación.

46. La responsabilidad asumida por el profesor de religión en el seno de la comunidad eclesial requiere una cordial inserción en la pastoral educativa de la Diócesis. Su corresponsabilidad en la educación de la fe de los creyentes debe estar en sintonía con otras formas de evangelización extraescolares, especialmente con la acción catequética de la comunidad cristiana donde los niños y jóvenes nacen a la fe, la alimentan y la celebran.

La coordinación es actualmente más urgente y exige un conocimiento mutuo de programas y acciones educativas en la *parroquia* y en la *escuela*, de proyectos comunes con los alumnos, como pueden ser algunas actividades extraescolares, celebraciones y encuentros de profesores de religión y catequistas. Ha de ser una acción pastoral coordinada desde las Vicarías o Delegaciones diocesanas de enseñanza, pero que tiene su normal cumplimiento en los servicios que la parroquia puede y debe prestar al profesor de religión.

Finalmente, el profesor no puede olvidar que su acción educativa debe apoyar la acción educativa de la familia, sujeto responsable y primero de la educación de los hijos. El profesor de Religión y Moral Católica puede ser un agente privilegiado para la necesaria coordinación de la escuela, la familia y la parroquia en la acción pastoral educativa.

2.2. *El profesor de religión católica, enviado por la Iglesia para anunciar la buena noticia de la salvación de Jesucristo*

47. En una primera aproximación podría parecer a algunos que el anuncio de la salvación de Jesucristo, como acción primordial de la Iglesia, no tiene cabida en la transmisión sistemática de la cultura en la escuela. En el fondo de esta objeción existe una peculiar concepción de la evangelización y de la cultura. La presencia de la religión en la escuela estaría justificada en estos casos sólo como información sobre el hecho religioso y su impacto en el patrimonio cultural.

Cultura y evangelización no son excluyentes. Aquí hablamos de cultura, como ya se indicó más arriba, en el sentido de una realidad que abarca a todo el ser humano y a su entorno.

Del mismo modo, el anuncio de la salvación de Jesucristo quiere llegar hasta lo más profundo de la vida en todas sus manifestaciones, tomando siempre a la persona en su contexto sociocultural y las relaciones de las personas entre sí y con Dios. La Iglesia anuncia en el mundo de la cultura una salvación integral que abarca al hombre entero, clarificando sus raíces, aportándole sentido, formándole en pro del bien y la verdad.

48. Hay que tener en cuenta que la cultura se expresa en los valores que una comunidad o un individuo viven. El valor, en efecto, es lo que interesa, mueve a obrar, es preferible ante otros bienes... Podemos comprobar que el sentido de cada época y de cada cultura se encuentra en la jerarquía de valores que establece. En la actualidad se constata que muchos valores emergen en nuestra cultura al margen de la fe y a veces en contraposición a ella.

En la inculturación de la fe no se trata de acomodarse a las formas externas de la cultura (lengua, orden social, costumbres, vestido...); se trata de hacerla penetrar en el interior del ser humano, de tal manera que impregne los sistemas de valores y símbolos esenciales del grupo.

La fe cristiana propicia que las experiencias esenciales del creyente —la actuación de Dios en el tiempo, la presencia salvadora de Jesucristo, la llamada al amor sacrificado hacia todos los hombres...— lleguen a verificarse por aquellos que hoy están viviendo una cultura a veces contraria a los valores de la fe. Nuestra cultura occidental actual es una cultura de imposición de unas necesidades y de represión de otras.

El anuncio de Jesucristo desarrolla y plenifica una de las necesidades más profundas que surgen del interior del ser humano, «la nostalgia de infinito» que le lleva a buscar a Dios. Responde en concreto a «los interrogantes más profundos del hombre; esto es, el sentido último de la existencia y el modo de vida verdaderamente adecuado a ese fin». Por eso es preciso *«llevar la Buena Nueva a todos los hombres de la humanidad y, con su influencia, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad»*.

49. En la escuela esta acción transformadora y de renovación se concreta en el «reconocimiento», «purificación» y sobre todo «elevación» de los elementos de la cultura. Sólo así se llega a la síntesis de ésta con la fe.

El profesor de religión, puesto al servicio de la formación integral del alumno, presenta en la escuela la buena noticia de Jesucristo con todas sus posibilidades formativas. El evangelio suscita y responde a las grandes preguntas del ser humano, ilumina el sentido crítico ante los contravalores que distorsionan la formación plena del alumno y orienta y plenifica el sentido de la vida.

Esta presentación de la buena noticia de Jesucristo por parte del profesor de religión no responde sólo al derecho que los padres tienen a la formación religiosa y moral de sus hijos, responde también al derecho de todo ser humano a encontrarse con el Señor y la misión de la Iglesia de darlo a conocer, pues no puede renunciar al deber de anunciar la salvación de Jesucristo ni dejar de ofrecerla, precisamente en las edades más críticas para el desarrollo de la personalidad. El anuncio de Jesucristo es una oferta, sin forzar la libertad, para conocer la verdad de Dios y la verdad del hombre.

50. Es un reto para los profesores de religión proponer el evangelio no como un contraproyecto cultural sino como una fuerza de renovación que invita a todo ser humano a beber de las fuentes de la vida.

Todo ello implica una revisión constante de nuestros lenguajes, formas o imágenes, eligiendo las más apropiadas para transmitir los conceptos esenciales de la fe a las nuevas generaciones.

El núcleo esencial de la enseñanza religiosa católica en la escuela es el anuncio de una buena noticia que nos supera: Dios con nosotros, Jesucristo el Señor. Esta es también la clave de la evangelización, pues «*no hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios*».

En Cristo, sólo en Él, somos liberados de toda forma de alienación y extravío, de la esclavitud del poder del pecado y de la muerte. La novedad de vida en Él es la buena noticia para el hombre de todo tiempo. Cristo, el nuevo Adán, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación.

Esto sitúa al profesor de Religión en un nivel análogo al del teólogo, en el estudio y transmisión de «la fe que busca comprender». Su enseñanza se presenta en la escuela como reflexión científica en cuanto conducida críticamente, metódica según su objeto y fin, sistemática en cuanto orientada a la comprensión de la verdad revelada.

2.3. Testigo de Cristo en comunión con su Iglesia

51. Ser testigo de la fe es ser valedor y mostrar una Verdad y una Vida, Jesucristo, que vive en nosotros y que a la vez transmitimos. Por Él y en Él vivimos como criaturas nuevas. Con Él estamos unidos en un solo cuerpo del que somos miembros. Por eso, como dice San Pablo, «no nos anunciamos a nosotros mismos sino que Jesús, el Cristo, es Señor, y no somos más que servidores por Jesús» (2 Cor. 4,5). La identificación con Jesucristo de quien es testigo es la primera y esencial cualidad del profesor de Religión y Moral católica.

Este testimonio no consiste sólo en transmitir la persona y la doctrina de Jesucristo, sino también en ayudar con la propia vida a que los alumnos entiendan el significado del Evangelio para sus vidas. Ser testigo de la fe en Jesucristo «no se reduce a narrar algo de él, ni a enseñar algo sobre él, ni a retomar algunas orientaciones éticas suyas...; implica proclamarle como el Salvador y el Hijo de Dios. El testimonio es anuncio de Jesús y es al mismo tiempo denuncia atrevida del pecado personal y social de los hombres... El testimonio comporta interpelación de los oyentes y ofrecimiento de la fe en Jesucristo como camino, verdad y vida».

52. En la escuela, el profesor de religión es testigo de su fe en comunión con la Iglesia que le envía al mundo de la cultura y de cuya vida y misión participa.

Esta comunión se define como pertenencia a una comunidad, Pueblo de Dios animado por el Espíritu del Señor, que implica aceptar el carácter institucional, visible, que Él mismo ha querido para su Iglesia, así como todos

los medios de salvación en ella depositados: la profesión de una misma fe, los sacramentos y el régimen eclesial de comunión visible con el Sumo Pontífice y los Obispos. Esta adhesión ha de ser una nota clara de la identidad del profesor de religión, para «*ser así un signo para el mundo y una fuerza atractiva que conduce a creer en Cristo*».

53. La adhesión a la Iglesia de Cristo se expresa en el reconocimiento del valor que ella tiene para el profesor de religión: ocupa un puesto relevante en su vida, la tiene en alto nivel de estima, se apoya en ella y se fía de su competencia y honestidad. Es una pertenencia que lleva consigo el afecto, como familia a la que pertenece y en la cual las alegrías y las penas de la comunidad se comparten. Esta adhesión compromete la mente, el corazón y la voluntad, alcanza a toda la persona y se traduce en un compromiso activo con la comunidad, participando de sus criterios, sus convicciones fundamentales y sus pautas de comportamiento. La comunidad cristiana es un lugar de discernimiento acerca de la rectitud cristiana de nuestras decisiones.

Este modo de proceder no resta capacidad de iniciativa al profesor; al contrario, le ayuda y le hace sentirse respaldado en su acción educativa. En efecto, «la iniciativa de los cristianos laicos es particularmente necesaria cuando se trata de descubrir o de idear los medios para que las exigencias de la doctrina y de la vida cristianas impregnen las realidades sociales, políticas y económicas. Esta iniciativa es un elemento normal de la vida de la Iglesia: «Los fieles laicos se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad. Por tanto ellos, especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia; es decir, la comunidad de los fieles sobre la tierra bajo la guía del jefe común, el Papa, y de los obispos en comunión con él. Ellos son la Iglesia» (Pío XII, discurso 20 febrero 1946; citado por Juan Pablo II» (ChL 9).

54. El profesor de religión católica mantiene «*una vinculación confesante con la Iglesia cuya fe enseña*». El profesor efectivamente no enseña su propia doctrina sino la de quien le envía. Por eso su enseñanza ha de ser fiel a la Palabra de Dios recibida, conservada y entregada por la Iglesia. En la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia encuentra el profesor las fuentes seguras que alimentan la verdad de sus enseñanzas.

55. La coherencia de la acción educativa del profesor de religión se manifiesta en el testimonio de su vida, de tal manera que su conducta sea permanente interpelación para quienes le escuchan. Así se convierte en luz del mundo y en anuncio de Jesucristo, pues por el envío de la Iglesia «queda constituido en pregonero de la fe en las cosas que esperamos, cuando sin vacilación une a la vida según la fe la profesión de esa fe». De este modo la acción educativa del profesor se convierte en signo de la Iglesia y servicio a ella.

Su testimonio creyente se plasma en el servicio, la comprensión, el perdón y el amor, como los grandes valores de su hacer en la escuela, la generosidad

en su trabajo y la entrega a los demás, expresión humilde del seguimiento de su Señor. En concreto se traduce, entre otras acciones, en la continua y sincera cercanía a los alumnos y sensibilidad ante sus problemas, de tal manera que suscite en cada educando la actitud positiva de quien se siente amado a pesar de sus debilidades, de quien se siente valorado y apreciado en su misma dignidad de persona humana. «Amando se descubre esa honda capacidad de darse que eleva la persona y la ilumina interiormente. En efecto, el amor es una fulgurante llamada a salir de sí mismos y trascenderse».

Para los alumnos, a través del profesor de religión «la Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio».

56. A fin de madurar la conciencia de su propia identidad y asumir responsablemente la misión que se le ha encomendado en la escuela es indispensable una oportuna y progresiva formación y atención espiritual al profesor de religión. Lo exigen no sólo el continuo progreso espiritual y doctrinal del mismo profesor, sino también las diversas circunstancias, personas y deberes a los que tiene que servir en su actividad.

La fecundidad de toda acción apostólica en la Iglesia depende de la unión vital con Jesucristo, fuente y origen del apostolado de la Iglesia: «El que permanece en mí y yo en él, da mucho fruto, porque sin mí ni podéis hacer nada» (Jn. 15, 4-5). Esta unión con Cristo, vida según el Espíritu, constituye el núcleo de la espiritualidad de todo creyente, «llamado a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad»; se alimenta de los auxilios que la Iglesia propone a todos los fieles, especialmente a través de la parroquia, para que crezca en esa unión, avancen en santidad y superen las dificultades con prudencia y paciencia.

Las fuentes comunes que alimentan la espiritualidad cristiana son la escucha de la Palabra de Dios, la celebración de los sacramentos, la oración, la vida de caridad. Ni las preocupaciones familiares, ni las originadas en el mismo trabajo de la escuela, deben ser ajenas a la orientación espiritual de la vida, según el aviso del apóstol: «Todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por Él» (Col. 3, 17).

«En una sociedad donde la función educadora de la familia cristiana se ha debilitado notablemente y ha aumentado sobremanera la influencia disgregadora del ambiente, el creyente necesita sentirse realmente miembro de la gran Iglesia. Dentro de ella ha de alimentar, celebrar, manifestar y arraigar sus convicciones profundas, en unos tiempos precisos, con personas y familias concretas, en una vida eclesial y comunitaria intensa y estimulante.»

57. Es importante que el profesor de religión se organice de modo que alimente su vida espiritual con tiempos de reflexión, de estudio, de formación y de vivencia personal o compartida. Además de los medios que la diócesis o las parroquias ofrecen a todos los fieles, interesa que los profesores se asocien en grupos o movimientos de espiritualidad donde compartir objetivos y problemas comunes.

58. Teniendo en cuenta la estructura comunitaria de la escuela y su relación con un gran número de personas interesadas y comprometidas con la educación (padres de alumnos, profesores, parroquia, entidades de servicios culturales y sociales...), el profesor de religión está llamado no sólo a participar en los diferentes encuentros, sino también a desarrollar un trabajo de animación espiritual que puede abarcar diferentes formas de evangelización. La animación y coordinación de los grupos de padres y profesores *cristianos* es un gran servicio eclesial para el cual el profesor de religión puede estar especialmente dotado.

CONCLUSIONES

59. Nuestro intento de perfilar los rasgos característicos del profesor de religión, desde el doble punto de vida profesional y eclesial, desembocan en una figura a primera vista inalcanzable. Lo mismo sucede con la persona del creyente definida en el Evangelio con palabras del propio Cristo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt. 5, 48).

60. Los perfiles descritos muestran una meta, un ideal al cual hay que tender constantemente, aunque dé la impresión de no llegar nunca. No se trata de una exigencia previa para poder ser nombrado profesor de religión. Se trata más bien de describir los rasgos que definen la compleja figura del profesor de Religión y Moral Católica para poder asimilarlos poco a poco.

61. Los obispos de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis proponemos este documento como un instrumento de reflexión, que sirva para marcar un itinerario hacia el ideal propuesto.

La asimilación, muchas veces lenta, y la traducción en la vida, con sus pasos adelante y atrás, se parecen mucho al caminar cristiano hacia la meta, pues en definitiva son una parte de ese mismo caminar.

Es mucho lo que hasta ahora se ha hecho, pero falta mucho por hacer. Esperamos que este trabajo contribuya a dar fuerza y esperanza a los profesores de Religión Católica que, como hijos de la Iglesia, trabajadores de la viña del Señor, son profesionales preparados, capacitados para servir a sus hermanos en la escuela, dando razón de su esperanza en todo momento.

Finalmente hacemos nuestras las recomendaciones que el Santo Padre hace a los teólogos en Salamanca —1982— y que a su vez en síntesis os transmitimos:

Sed fieles a vuestra fe sin caer en la peligrosa ilusión de separar a Cristo de su Iglesia ni a la iglesia de su magisterio. Sabed ser creativos cada día, alimentándoos con la lectura asidua y la reflexión personal.

Enseñad con el rigor del pensamiento y con la actitud apasionada por Cristo, por su Iglesia y por el bien de la humanidad. Sed tenaces y constantes en la maduración continua de vuestras ideas y en la exactitud de vuestro lenguaje.

Vuestra misión como profesores de religión es un «sí» a la llamada de Dios. Bajo la protección de María que con su «sí» al amor de Dios hizo posible la venida de su Hijo, y con la fuerza del Espíritu Santo, avanzaremos en esta misión que Dios nos confía.

Madrid, enero de 1998.

CARTA DE CÁRITAS ESPAÑOLA ANTE EL ASESINATO DEL ARZOBISPO DE GUATEMALA

Madrid, 28 de abril de 1998

Emmo. y Rvdmo. Sr. Don Próspero Penados
Arzobispo de Guatemala
Ciudad de Guatemala
GUATEMALA

Reverendo señor arzobispo,

Profundamente estremecidos por la violenta muerte de su obispo auxiliar, monseñor Juan Gerardi, deseamos transmitirle, en nombre propio y en el de toda la familia de Cáritas Española, el testimonio fraterno de nuestra más sincera condolencia.

La trágica desaparición de monseñor Gerardi supone una pérdida irreparable para la causa de los derechos humanos y de la paz en Guatemala, a la que había dedicado lo mejor de sus capacidades pastorales. Creemos, no obstante, que el recuerdo de su figura profética quedará viva para siempre en la memoria colectiva del pueblo guatemalteco, que sabrá sobreponerse con fuerza y esperanza renovadas a la conmoción causada por la violencia que ha arrebatado la vida a este prelado.

Asimismo, deseamos reiterarle la solidaridad de nuestra organización con el proceso de pacificación emprendido por todo el pueblo de Guatemala, a favor del cual ha venido desarrollando su Arzobispado un empeño tan valioso como encomiable en pro del diálogo y la reconciliación, elementos tan necesarios en un país como el suyo, que ha sido larga y duramente golpeado por la destrucción y la violencia. Pedimos a Dios que la muerte de monseñor Gerardi sea una semilla que haga madurar en la querida tierra guatemalteca el fruto indestructible del Evangelio y del amor fraterno.

Muy cordialmente,

Fdo: José Sánchez Faba,
Presidente.

Pablo Martín Calderón,
Secretario General.

Iglesia en el mundo

LA PEREGRINACIÓN EN EL GRAN JUBILEO DEL AÑO 2000

Consejo Pontificio para la pastoral de los emigrantes e itinerantes

INTRODUCCIÓN

1. «Ante ti somos emigrantes y extranjeros, igual que nuestros padres»¹. Las palabras del rey David en presencia del Señor trazan el perfil humano, no sólo del hombre bíblico, sino de toda persona. El «camino» es símbolo de la existencia que se expresa en una múltiple gama de acciones como la partida y el regreso, la entrada y la salida, la subida y la bajada, el camino y el descanso. Apenas hace su ingreso el hombre en la escena del mundo, camina buscando siempre nuevas metas, oteando el horizonte terreno y tendiendo hacia el infinito: navega ríos y mares, sube a las montañas sagradas, en cuya cima idealmente la tierra toca el cielo, recorre incluso el tiempo con hitos de fechas santas, siente el nacimiento como ingreso en el mundo y la muerte como salida para entrar en el seno de la tierra o para ser llevado a las regiones divinas.

2. La peregrinación, que se hace signo del estado de los discípulos de Cristo en este mundo², ha ocupado siempre un lugar importante en la vida del cristiano.

A lo largo de la historia, el cristiano se ha puesto en camino para celebrar su fe en los lugares que señalan la memoria del Señor o en aquellos que representan momentos importantes de la historia de la Iglesia. Ha visitado los santuarios que honran a la Madre de Dios y los que mantienen vivo el ejemplo de los santos. Su peregrinación ha sido proceso de conversión, ansia de intimidad con Dios y súplica confiada en sus necesidades materiales. En todos y cada uno de sus múltiples aspectos, la peregrinación ha sido un maravilloso don de gracia para la Iglesia.

En nuestra sociedad contemporánea, caracterizada por una intensa movilidad, la peregrinación está experimentando un nuevo impulso. Para dar una respuesta adecuada a esta realidad, la pastoral de la peregrinación debe contar con una clara fundamentación teológica que la legitime y con

1 1 Cro. 29, 15

2 Cf. *Lumen gentium*, 49.

una práctica convincente y continua, en el marco de la pastoral general. Es preciso tener presente, ante todo, que la evangelización es la razón última en virtud de la cual la Iglesia propone y alienta la peregrinación, de forma que se convierta en una profunda y madura experiencia de fe³.

3. Las reflexiones de este documento desean brindar una ayuda a todos los peregrinos y a los responsables pastorales de las peregrinaciones, para que, a la luz de la palabra de Dios y de la tradición secular de la Iglesia, todos puedan participar con más plenitud de las riquezas espirituales del ejercicio de la peregrinación.

I. LA PEREGRINACIÓN DE ISRAEL

4. Desde el principio, según la enseñanza de la sagrada Escritura, y luego a lo largo de los milenios, se ha podido reconocer una peregrinación adámica: sus etapas son la salida de las manos del Creador, el ingreso en el mundo creado y el errar sucesivo sin meta, lejos del jardín de Edén⁴. La peregrinación de Adán –desde la llamada a caminar con Dios hasta la desobediencia y la esperanza de salvación– revela la plena libertad de la que le dotó el Creador. Al mismo tiempo, da a conocer el compromiso de Dios de caminar junto a él y velar sobre sus pasos.

A primera vista, la peregrinación de Adán parece una desviación de la meta del lugar santo, el jardín del Edén. Pero también este recorrido puede transformarse en camino de conversión y de vuelta. Sobre Caín vagabundo vela la presencia amorosa de Dios, que lo sigue y lo protege⁵. «Anota en tu libro mi vida errante –canta el Salmo 56, 9–, recoge mis lágrimas en tu odre, Dios mío». El padre, pródigo en amor, sigue el camino del abandono del hijo pródigo en el pecado. Por esta atracción divina todo recorrido equivocado puede transformarse, para cada hombre, en el itinerario del regreso y del abrazo⁶. Así pues, existe una historia universal de peregrinación, que abarca una etapa oscura, «el camino de las tinieblas»⁷, el sendero tortuoso⁸. Pero también el regreso, conversión, al camino de la vida⁹, de la justicia y la paz¹⁰, de la verdad y la fidelidad¹¹, de la perfección y la integridad¹².

3 Cf. *Ufficio nazionale della Conferenza episcopale italiana per la pastorale del tempo libero, turismo e sport*, Pastoral del pellegrinaggio, 1996, p. 44.

4 Cf. Gn. 4, 15.

5 Cf. Ib. 4, 15.

6 Cf. Lc. 15, 11-32.

7 Cf. Pr. 2, 13; 4, 19.

8 Cf. Ib. 2, 15; 10, 9; 21, 8.

9 Cf. Ib. 2, 19; 5, 6; 6, 23; 15, 24.

10 Cf. Ib. 8, 20; 12, 28; Ba. 3, 13; Is 59, 8.

11 Cf. Sal. 119, 30; Tb. 1, 3.

12 Cf. Sal. 101, 2.

5. La peregrinación abrahámica, por el contrario, es el paradigma de la historia de salvación, a la que el creyente se adhiere. Por el lenguaje con que se le describe («sal de tu tierra»), por las etapas de su itinerario y por los acontecimientos vividos, es en sí mismo éxodo de salvación, anticipación ideal del éxodo del pueblo entero. Abraham, dejando su tierra, su patria y la casa paterna¹³, se pone en camino, con fe y esperanza, hacia el horizonte que el Señor le ha indicado, como nos recuerda la carta a los Hebreos: «Por la fe respondió Abraham al llamamiento de salir para la tierra que iba a recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba. Por la fe emigró a la tierra prometida como un extranjero, habitando en tiendas lo mismo que Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa. Esperaban la ciudad con cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. (...) Con fe murieron todos estos, sin recibir lo prometido, confesando ser extranjeros y peregrinos en la tierra»¹⁴. No sin razón el mismo patriarca se define «forastero residente»¹⁵ incluso en la tierra prometida, como lo serán después sus hijos, Ismael (16) y Jacob, extranjero en Padán Aram¹⁷ y en Egipto¹⁸.

6. Desde la tierra de los faraones partirá la gran peregrinación del éxodo. Sus etapas, como la salida, el camino en el desierto, la prueba, las tentaciones, el pecado o la entrada en la tierra prometida, se convierten en el modelo ejemplar de la misma historia de salvación¹⁹, que no sólo incluye los dones de la libertad, de la Revelación en el Sinaí y de la comunión con Dios, significados en la Pascua («paso») y en los dones del maná, del agua, de las codornices, sino también la infidelidad, la idolatría y la tentación de regresar a la esclavitud.

El éxodo adquiere un valor permanente; es un «memorial» siempre vivo, que se reproduce en el retorno del exilio de Babilonia, cantado por el segundo Isaías como un nuevo éxodo²⁰, que Israel celebra en cada Pascua y que en el libro de la Sabiduría se transforma en representación escatológica²¹. La meta última es, en realidad, la tierra prometida de la plena comunión con Dios en una creación renovada²².

El Señor mismo se hace peregrino con su pueblo: «El Señor, tu Dios, te ha atendido en el viaje por ese inmenso desierto; durante los últimos cuarenta

13 Cf. Gn. 12, 1-4.

14 Cf. Hb. 11, 8-9.13.

15 Gn. 23, 4.

16 Cf. Ib. 21, 9-21; 26, 12-18.

17 Cf. Ib. 28, 2.

18 Cf. Ib. 47 y 50.

19 Cf. 1 Co. 10, 1-13.

20 Cf. Is. 43, 16-21.

21 Cf. Sb. cc. 11-19.

22 Cf. Ib. 19.

¡ años el Señor, tu Dios, ha estado contigo y no te ha faltado nada»²³. «Él nos guardó en todo nuestro peregrinar»²⁴. Y recuerda con nostalgia «tu cariño de joven, tu amor de novia, cuando me seguías por el desierto, por tierra yerma»²⁵. Por ser peregrino en sus raíces, al pueblo bíblico se le ordena: «No oprimirás ni vejarás al emigrante, porque emigrantes fuisteis vosotros en Egipto»²⁶; más aún, «amaréis al emigrante, porque emigrantes fuisteis en Egipto»²⁷.

7. El que hace oración se presenta ante Dios como huésped y forastero²⁸. Los salmos, redactados a lo largo del arco milenario de la historia de Israel, atestiguan, precisamente en oración, la conciencia histórica y teológica del peregrinar de la comunidad y de cada individuo. A través de la peregrinación cultural a Sión, el hecho de ser extranjeros en la propia patria²⁹ se transforma en signo de esperanza. La «ascensión» que, con motivo de las tres grandes solemnidades: la Pascua, las Semanas y las Tiendas³⁰, Israel emprende hacia el monte Sión entre himnos de alegría (los «cantos de la subida») ³¹, se convierte en experiencia de estabilidad y confianza, en renovación de su compromiso de vivir en el temor de Dios³² y en la justicia. Las tribus de Israel, asentadas sobre la roca del templo de Jerusalén, símbolo del Señor, la «roca» que no vacila³³, celebran el nombre del Señor³⁴; en el culto entran en comunión con él, hospedándose en la tienda de su santuario y morando en su santo monte, hallando una salvación indestructible³⁵ y una plenitud de vida y de paz³⁶. Por ello, «dichosos los que viven en tu casa, alabándote siempre. Dichosos los que encuentran en ti su fuerza, al preparar su peregrinación» ³⁷. «En pie, subamos a Sión, a visitar al Señor, nuestro Dios»³⁸.

8. Ante el pueblo de Dios víctima de la desilusión, apesadumbrado por la infidelidad, los profetas hablan asimismo de una peregrinación mesiánica de redención, abierta también al horizonte escatológico en el que todos los pueblos de la tierra confluirán hacia Sión, lugar de la Palabra divina, de

23 Dt. 2, 7.

24 Jos. 24, 17.

25 Jr. 2, 2.

26 Ex. 22, 20.

27 Dt. 24, 17; cf. Dt. 10, 18.

28 Cf. Sal 39, 13; 119, 19.

29 Cf. Lv. 25, 23.

30 Ex. 34, 4.

31 Sal. 120-134.

32 Cf. Sal. 128, 1.

33 Cf. Dt. 32, 18; Sal. 18, 3; 46, 2-8.

34 Sal. 122, 4.

35 Sal. 15, 1.5.

36 Cf. Sal. 43, 3-4.

37 Sal. 84, 5-6.

38 Jr. 31, 6; cf. Is. 2, 5.

la paz y de la esperanza³⁹. Reviviendo la experiencia del éxodo, el pueblo de Dios debe dejar que el Espíritu aparte de él su corazón de piedra y le dé uno de carne⁴⁰, debe hacer realidad en el camino de su vida la justicia⁴¹ y la fidelidad amorosa⁴², y alzarse como luz para todos los pueblos⁴³, hasta el día en que el Señor Dios ofrecerá en la montaña santa «un festín para todos los pueblos»⁴⁴. De camino hacia el cumplimiento de la promesa mesiánica, ya ahora todos están llamados a la comunión en la gratuidad⁴⁵ y en la misericordia de Dios⁴⁶.

II. LA PEREGRINACIÓN DE CRISTO

9. Jesucristo entra en la escena de la historia como «el camino, la verdad y la vida»⁴⁷ y desde el comienzo se inserta en el camino de la humanidad y de su pueblo «uniéndose en cierta manera a cada hombre»⁴⁸. Verdaderamente, él descende de «junto a Dios» para hacerse «carne»⁴⁹ y recorrer los caminos del hombre. En la encarnación «es Dios quien viene en persona a hablar de sí al hombre y a mostrarle el camino por el cual es posible encontrarlo»⁵⁰.

Niño aún, Jesús es peregrino al templo de Sión para ser presentado al Señor⁵¹; siendo muchacho, acude con María y José a «la casa de su Padre»⁵². Su ministerio público, recorriendo los caminos de su patria, cobra lentamente la forma de una peregrinación hacia Jerusalén, que sobre todo san Lucas describe en el corazón de su evangelio como un gran viaje que tiene por meta no sólo la cruz, sino la gloria de la Pascua y de la Ascensión⁵³. Su Transfiguración revela a Moisés, a Elías y a los Apóstoles su inminente «éxodo» pascual: «hablaban de su éxodo, que iba a completar en Jerusalén»⁵⁴. También los demás evangelistas conocen este itinerario ejemplar, que debe seguir el discípulo: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo,

39 Cf. Is. 2, 2-4; 56, 6-8; 66, 18-23; Mi. 4, 1-4; Za. 8, 20-23.

40 Cf. Jr. 31, 31-34.

41 Cf. Is. 1, 17.

42 Cf. Os. 2, 16-18.

43 Cf. Is. 60, 3-6.

44 Ib. 25, 6.

45 Cf. Ib. 55, 1-2.

46 Cf. Ez. 34, 11-16.

47 Jn. 14, 6.

48 *Redemptor hominis*, 18.

49 Jn. 1, 2.14.

50 *Tertio millennio adveniente*, 6.

51 Cf. Lc. 2, 22-24.

52 Ib. 2, 49.

53 Cf. Ib. 9, 51; 24, 51.

54 Ib. 9, 31.

tome su cruz y sígame»; san Lucas precisa: «cada día»⁵⁵. Para san Marcos el itinerario hacia la cruz del Gólgota está constantemente marcado con verbos y palabras de movimiento, así como con el símbolo del «camino»⁵⁶.

10. El camino de Jesús, sin embargo, no acaba sobre el monte llamado Gólgota. La peregrinación terrena de Cristo se abre al infinito y al misterio de Dios, más allá de la muerte. Sobre el monte de la Ascensión se representa la etapa definitiva de su peregrinación. El Señor resucitado es elevado al cielo, mientras promete volver⁵⁷; camina hacia la casa del Padre a fin de prepararnos un sitio, para que donde esté él, estemos también nosotros con él⁵⁸. Así resume su misión: «Salí de junto al Padre y vine al mundo, ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre. (...) Padre, quiero que, donde yo estoy, estén también conmigo los que me has dado, para que contemplen mi gloria»⁵⁹.

La comunidad cristiana, animada por el Espíritu de Pentecostés, sale a los caminos del mundo, adentrándose en las diversas naciones de la tierra⁶⁰, partiendo de Jerusalén hasta Roma, por las calzadas del imperio recorridas por los Apóstoles y los heraldos del Evangelio. Junto a ellos camina el Cristo que, como a los discípulos de Emaús, les explica las Escrituras y comparte con ellos el pan eucarístico⁶¹. Siguiéndolos a ellos, se ponen en marcha los pueblos de la tierra que, recorriendo espiritualmente el itinerario de los Magos⁶², hacen realidad las palabras de Cristo: «Vendrán muchos de oriente y occidente a sentarse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de Dios»⁶³.

11. Ahora bien, la meta última de esta peregrinación por los caminos del mundo no está escrita en los mapas de la tierra. Se encuentra más allá de nuestro horizonte, como para Cristo, que caminó con los hombres para llevarlos a la plenitud de la comunión con Dios. Resulta significativo observar que el «camino» del Señor es la senda que él ya recorrió y que ahora recorre junto a nosotros. Los Hechos de los Apóstoles, en efecto, califican la vida cristiana como «el camino»⁶⁴ por excelencia. De esta forma, el cristiano, después de ir a enseñar a todas las naciones, acompañado de la presencia del Señor, que está con nosotros hasta el fin del mundo⁶⁵; después

55 Mt. 16, 24; cf. Mt. 10, 38 y Lc. 9, 23.

56 Cf. Mc. 8, 27,34; 9, 33-34; 10, 17.21.28.32-33.46.52.

57 Cf. Hch. 1, 11.

58 Cf. Jn. 14, 2-3.

59 Jn. 16, 28; 17, 24

60 Hch. 2, 9-11.

61 Cf. Lc. 24, 13-35.

62 Cf. Mt. 2, 1-12.

63 Mt. 8, 11.

64 Cf. Hch. 2, 28; 9, 2; 16, 17;18, 25-26; 19, 9.23; 22, 4; 24, 14.32.

65 Cf. Mt. 28, 19-20.

de «caminar según el Espíritu»⁶⁶ en la justicia y en el amor, se propone llegar a la Jerusalén celeste cantada por el Apocalipsis. Esta senda de vida se halla impregnada de tensión, de una ardiente esperanza mientras esperamos la venida del Señor⁶⁷. Por eso, nuestra peregrinación tiene una meta trascendente; somos conscientes de ser aquí abajo «forasteros y extraños»⁶⁸, pero destinados a ser allá arriba «conciudadanos de los santos y familia de Dios»⁶⁹.

Y, al igual que Cristo murió fuera de las puertas de la ciudad de Jerusalén, también nosotros «salimos a encontrarnos con él fuera del campamento, cargados con su oprobio, pues aquí no tenemos ciudad permanente, sino que andamos en busca de la futura»⁷⁰. Allá Dios morará con nosotros, allá «ya no habrá muerte ni luto ni llanto ni dolor, pues lo de antes ha pasado»⁷¹.

III. LA PEREGRINACIÓN DE LA IGLESIA

12. En comunión con su Señor, también la Iglesia, pueblo mesiánico, se halla en camino hacia la ciudad futura y permanente⁷², trasciende los tiempos y las fronteras, orientada enteramente hacia aquel Reino cuya presencia ya es operante en todas las regiones del mundo. Éstas han recibido la semilla de la palabra de Cristo⁷³ y han sido regadas también por la sangre de los mártires, testigos del Evangelio. Como hicieron san Pablo y los Apóstoles, las calzadas consulares e imperiales, las pistas de las caravanas, las rutas marítimas, las ciudades y los puertos del Mediterráneo fueron recorridos por los misioneros de Cristo que, en Oriente y en Occidente, tuvieron que enfrentarse bien pronto con las diversas culturas y tradiciones religiosas, expresándose ya no sólo en hebreo y arameo, sino también en griego y en latín, y, más tarde, en las diversas lenguas, algunas ya anunciadas en la escena de Pentecostés⁷⁴: el árabe, el siríaco, el etiópico, el persa, el armenio, el gótico, el eslavo, el hindi y el chino.

Las etapas de esta peregrinación de los mensajeros de la palabra divina se ramificaron de Asia menor a Italia, de África a España y las Galias, y, a continuación, de Germania a Britania, de los países eslavos a la India y

66 Ga. 5, 16.

67 Cf. Ap. 22, 17.20.

68 Ef. 2, 19; 1 P 2, 11.

69 Cf. Ef. 2, 19.

70 Hb. 13, 13-14.

71 Ap. 21, 4.

72 Cf. *Lumen gentium*, 9.

73 Cf. Hch. 8, 4.

74 Cf. Hch. 2, 7-11.

China. Prosiguieron en los tiempos modernos hacia nuevos países y nuevos pueblos en América, África, Oceanía, tejiendo así «el camino de Cristo a través de los siglos»⁷⁵.

13. Durante los siglos IV y V, comienzan en la Iglesia las diversas experiencias de vida monástica. La «emigración ascética» y el «éxodo espiritual» representan dos de los motivos fundamentales que la impulsaron. En esta perspectiva, algunas figuras bíblicas asumen en la literatura patristica y monástica un papel paradigmático. La referencia a Abraham se conjuga con el tema de la xeniteia (la experiencia del extranjero: la conciencia de quien se sabe huésped, emigrante), que constituye, por lo demás, el tercer peldaño de la Escalera espiritual de San Juan Clímaco. La figura de Moisés, que guió el éxodo de la esclavitud de Egipto hacia la Tierra prometida, pasa a ser un tema característico de la literatura cristiana antigua, sobre todo gracias a la Vida de Moisés de San Gregorio de Nisa. Elías, en fin, que sube al Carmelo y al Horeb, encarna los temas de la huida al desierto y del encuentro con Dios. Ambrosio, por ejemplo, se siente fascinado por el profeta Elías y considera que en él se realizó el ideal ascético de la fuga saeculi.

La concepción de la vida cristiana como peregrinación, la búsqueda de la intimidad divina precisamente a través del alejamiento del tumulto de las cosas y de los acontecimientos, la veneración de los santos lugares, mueven a San Jerónimo y a sus discípulas Paula y Eustoquia a abandonar Roma y marchar a la tierra de Cristo. Allí, junto a la gruta de la Natividad en Belén fundan un monasterio. Es un eslabón más en la serie de tantos eremitorios, lauras y cenobios de Tierra Santa, difundidos también en otras regiones, particularmente en la Tebaida de Egipto, en Siria y en Capadocia. En este sentido, la peregrinación al desierto o al lugar santo se convierte en símbolo de otra peregrinación: la interior. San Agustín recordaba: «Entra en ti mismo: la verdad habita en el corazón del hombre». Pero, no te quedes en ti mismo; «ve más allá de ti mismo»⁷⁶, pues tú no eres Dios: Él está más al fondo y es más grande que tú. La peregrinación del alma, evocada ya en la tradición platónica, adquiere ahora una dimensión nueva, que el mismo Padre de la Iglesia define y concreta así en su tensión hacia el infinito de Dios: «Se busca a Dios para encontrarlo con mayor dulzura, se le encuentra para buscarlo con mayor ardor»⁷⁷.

El pensamiento de que «el lugar santo es el alma pura»⁷⁸ se convertirá en una llamada constante para que la práctica de la peregrinación a los santos lugares sea signo del progreso en la santidad personal. Los Padres de la

75 *Tertio millennio adveniente*, 25.

76 Cf. San Agustín, *De vera religione* 39, 72: CCL 32, 234; PL 34, 154.

77 San Agustín, *De Trinitate* 15, 2, 2: CCL 50, 461; PL 42, 1.058.

78 Orígenes, *In Leviticum XIII*, 5: Sch 287, 220; PG 12, 551.

Iglesia llegan incluso a relativizar la peregrinación «física», con la intención de superar todo exceso y malentendido. San Gregorio de Nisa, de modo particular, proporciona el principio fundamental para una correcta valoración de la peregrinación. A pesar de haber visitado devotamente Tierra Santa, afirma que el verdadero camino que debe emprenderse es el que conduce al fiel de la realidad física a la espiritual, de la vida en el cuerpo a la vida en el Señor, y no el viaje de Capadocia a Palestina⁷⁹. San Jerónimo insiste en el mismo principio. En la Carta 58 recuerda que ni San Antonio ni los monjes visitaron Jerusalén y, sin embargo, las puertas del Paraíso se abrieron igualmente para ellos de par en par. Y afirma que para los cristianos es motivo de alabanza el haber vivido santamente, y no el haber estado en la ciudad santa⁸⁰.

En este itinerario interior de luz en luz⁸¹, en la senda del llamamiento de Cristo a ser «perfectos como es perfecto nuestro Padre celestial»⁸², se dibuja un perfil de la peregrinación particularmente apreciado por la tradición espiritual bizantina, y que constituye el aspecto «extático» que se desarrollará sobre la base de la doctrina mística de Dionisio el Areopagita, de Máximo el Confesor y de Juan Damasceno.

La divinización del hombre es la gran meta del largo viaje del espíritu que lleva al creyente hasta el corazón mismo de Dios, realizando así las palabras del Apóstol: «Con Cristo quedé crucificado y ya no vivo yo, vive en mí Cristo»⁸³, y para quien «vivir es Cristo»⁸⁴.

14. En el siglo IV, cuando cesaron las persecuciones del imperio romano, los lugares de martirio fueron abiertos a la veneración pública y se inició la tupida red de peregrinaciones, con testimonios documentados, como son los diarios de viaje de los mismos peregrinos, en especial de los que se dirigieron a Tierra Santa, entre los que destaca el testimonio de Eteria, a inicios del siglo V.

La peregrinación concreta, que recorre los caminos del mundo, se ramificó aún más. Mientras la conquista árabe de Jerusalén, en el año 638, hizo más difícil ir a visitar los recuerdos cristianos de Tierra Santa, en Occidente se abrieron nuevos itinerarios. Roma, lugar del martirio de Pedro y de Pablo, y sede de la comunión eclesial en torno al sucesor de Pedro, se convirtió en una meta fundamental. Surgieron las múltiples «vías romeras» ad Petri sedem, entre las que destaca la Vía Francígena, que atraviesa toda Europa rumbo a la nueva ciudad santa. Pero también el sepulcro de Santiago en Compostela

79 Cf. San Gregorio de Nisa, *Carta* 2, 18: Sch 363, 122; PG 46, 1.013.

80 Cf. San Jerónimo, *Carta* 58, 2-3: CSEL 54, 529-532; PL 22, 580-581.

81 Cf. Sal. 36, 10.

82 Cf. Mt. 5, 48.

83 Ga. 2, 20.

84 Flp. 1, 21.

se transforma en meta importante de peregrinaciones. Como lo van siendo, por lo demás, los santuarios marianos de la Santa Casa en Loreto, de Jasna Gora en Czestochowa, los grandes monasterios medievales, fortalezas del espíritu y de la cultura, los lugares que encarnan la memoria de grandes santos, como Tours, Canterbury o Padua. Uniendo todos estos puntos, se va tejiendo en Europa un red que «promovió el mutuo entendimiento entre pueblos y naciones tan diversas»⁸⁵.

Aunque con algunos excesos, este extenso fenómeno que interesó a grandes masas populares, animadas de convicciones simples y arraigadas, alimentó la espiritualidad, acrecentó la fe, estimuló la caridad y animó la misión de la Iglesia. Los palmeros, los romeros, los peregrinos, con sus hábitos específicos, constituyeron casi un «ordo» bien definido que recordaba al mundo la naturaleza peregrinante de la comunidad cristiana, dirigida hacia el encuentro con Dios y hacia la comunión con él.

La aparición del movimiento cruzado, en los siglos XI-XIII, confirió a la peregrinación una configuración peculiar. El antiguo ideal religioso de peregrinar a los santos lugares de la sagrada Escritura se entrecruza con los valores y las ideas de aquella época histórica, es decir, con la formación de la clase caballeresca, con las tensiones sociales y políticas, con el despertar de las empresas comerciales o culturales orientadas hacia Oriente, con la presencia del islam en Tierra Santa.

Los conflictos de poder o de intereses prevalecieron sobre el ideal espiritual y misionero, dotando con perfiles diversos a las diferentes cruzadas, mientras entre las Iglesias de Oriente y de Occidente surgía el muro de la división. La misma práctica de la peregrinación quedó afectada por estas circunstancias y reveló algunas ambigüedades, que fueron muy bien subrayadas por san Bernardo de Claraval. Él había sido el ardiente predicador de la segunda cruzada, pero no dudaba en celebrar también la Jerusalén espiritual, presente en el monasterio cristiano, como meta ideal de la peregrinación: «Claraval es esta Jerusalén unida a la Jerusalén celestial por su piedad profunda y radical, por su conformidad de vida y por cierta afinidad espiritual»⁸⁶. Un himno medieval, presente aún hoy en la liturgia, exaltaba con claridad la Jerusalén celestial que se edifica en la tierra a través de la consagración de una iglesia: «Jerusalén, ciudad dichosa!, ¡Jerusalén, visión de paz! Sobre los cielos te levantas, alta ciudad de piedras vivas»⁸⁷.

15. En aquel mismo contexto surgió san Francisco, que con sus hermanos tendrá una presencia secular en Tierra Santa, en la custodia de los luga-

85 Juan Pablo II, *Discurso durante la visita a Viena* (10 de septiembre de 1983): AAS 76 (1984) p. 140.

86 San Bernardo, *Carta al obispo de Lincoln*: Carta 64, 2: PL 182, 169 ss

87 «Urbs Ierusalem beata, dicta pacis visio, quae construitur in coelis, vivis ex lapidibus». Brev. Rom., Comm. de Dedic. Eccl., Hymnus ad Vesp.

res sagrados de la cristiandad –en una convivencia no siempre fácil con las otras comunidades eclesiales de Oriente– y en la acogida de los peregrinos. En torno al año 1300 se constituía una *Societas peregrinantium pro Christo*, que consideraba la peregrinación como una obra también de carácter misionero. Precisamente entonces, en el año 1300, en Roma se proclamó el jubileo, que debería hacer de la ciudad eterna una Jerusalén hacia la que se dirigieran infinidad de peregrinos, como de hecho sucederá a lo largo de la serie sucesiva de Años santos. La unidad cultural y religiosa del Occidente europeo se vio alimentada también por estas experiencias espirituales. Y, sin embargo, lentamente se iba caminando hacia nuevos modelos, más complejos, que afectaron incluso a la naturaleza de la peregrinación.

16. La revolución copernicana cambió la condición del hombre peregrino en un mundo inmóvil, haciéndolo partícipe de un universo en camino perenne. El descubrimiento del nuevo mundo sentó las premisas de la superación de una visión eurocéntrica, con la aparición de culturas diferentes y con los extraordinarios movimientos de gentes y de grupos. La cristiandad de Occidente perdió su unidad, centrada en Roma, y las divisiones confesionales hicieron más difíciles las peregrinaciones, criticadas incluso «como ocasión de pecado y de desprecio de los mandamientos de Dios (...). En efecto, acontece que se va de peregrinación a Roma, gastándose cincuenta o cien florines o más, y se deja a la mujer y a los hijos, y tal vez a algún otro pariente, en casa en la más absoluta miseria»⁸⁸. En el derrumbe de la imagen clásica del universo, el peregrino se sentía cada vez menos caminante en la casa común del mundo, entonces parcelada en Estados e Iglesias nacionales. De este modo, surgieron metas más reducidas y alternativas, como las de los montes sagrados y de los santuarios marianos locales.

17. A pesar de cierta visión estática, que impregnó la comunidad cristiana de los siglos XVIII y XIX, la peregrinación continuó presente en la vida de la comunidad cristiana. En algunas partes, como en América Latina y Filipinas, fue el apoyo de la fe del pueblo creyente a lo largo de generaciones; en otras, se abrió a una nueva espiritualidad, con nuevos centros de fe surgidos a raíz de apariciones marianas y de devociones populares. De Guadalupe a Lourdes, de Aparecida a Fátima, del Santo Niño de Cebú a San José de Montreal, se multiplicó el testimonio de la vitalidad de la peregrinación y del movimiento de conversión que provoca. Mientras tanto, la renovada conciencia de ser el pueblo de Dios en camino estaba a punto de ser reconocida por el concilio Vaticano II como la imagen más expresiva de la Iglesia reunida.

88 M. Lutero, *A la nobleza de la nación alemana*, (1520), WA 6, 437.

IV. LA PEREGRINACIÓN HACIA EL TERCER MILENIO

18. El concilio Vaticano II fue «un acontecimiento providencial» destinado a constituir también él una «preparación inmediata al jubileo del segundo milenio»⁸⁹. Esa asamblea eclesial se celebró —desde su convocatoria, al confluir hacia Roma los pastores de las Iglesias locales, hasta su conclusión con un jubileo extraordinario a celebrar en cada diócesis— en el marco simbólico de una gran peregrinación conjunta de toda la comunidad eclesial. Este aspecto se hizo explícito en algunos gestos emblemáticos, como los de los dos Papas peregrinos, Juan XXIII a Loreto, en los comienzos del Concilio (1962), y Pablo VI a Tierra Santa, en medio de las sesiones conciliares (1964). A estos dos signos de densa espiritualidad se añadieron sucesivamente las peregrinaciones papales por los caminos del mundo para anunciar el Evangelio, su verdad y su justicia, a partir de las de Pablo VI a las Naciones Unidas y a Bombay.

19. El mismo lenguaje conciliar presentaba a la Iglesia en su experiencia de camino espiritual y misionero, compañera de viaje de la humanidad entera. Se proponía, en efecto, buscar «los caminos más eficaces para renovarnos a nosotros mismos, para ser testigos cada vez más fieles del Evangelio de Cristo»⁹⁰. La Iglesia de Dios «peregrinante» se convierte, de este modo, en el aspecto principal desde los inicios de la celebración conciliar⁹¹. La Iglesia era «un signo elevado en medio de los pueblos (Is. 5, 26) para ofrecer a todos la orientación de su camino hacia la verdad y la vida»⁹². El encuentro con los pueblos, que con Pablo VI en la ONU tuvo su manifestación simbólica, fue definido como el «epílogo de una fatigosa peregrinación»⁹³. El Concilio mismo apareció como una «ascensión espiritual», cuando los padres conciliares saludaron al mundo de la cultura como «peregrinos en marcha hacia la luz»⁹⁴.

20. La mencionada peregrinación de Pablo VI a Tierra Santa fue presentada por el mismo Pontífice a la luz de la espiritualidad de la *peregrinatio* en sus elementos esenciales. Con la visita a los santos lugares quería honrar los misterios centrales de la salvación: la Encarnación y la Redención; quería ser

89 *Tertio millennio adveniente*, 18.

90 Concilio ecuménico Vaticano II, *Mensaje al mundo* (20 de octubre de 1962): AAS 54 (1962) 822.

91 Cf. Juan XXIII, *Discurso en la apertura del concilio Vaticano II* (11 de octubre de 1962): AAS 54 (1962) 790; Pablo VI, *Discurso en la apertura de la segunda sesión del concilio Vaticano II* (29 de septiembre de 1963) AAS 55 (1963) 842.

92 Pablo VI, *Discurso en la clausura de la tercera sesión del concilio Vaticano II* (21 de noviembre de 1964): AAS 56 (1964) 1.013.

93 Pablo VI, *Discurso a la Asamblea de las Naciones Unidas* (4 de octubre de 1995): AAS 57 (1965) 878.

94 Concilio ecuménico Vaticano II, *Mensaje al mundo* (8 de diciembre de 1965): AAS 58 (1966) 11.

signo de oración, de penitencia y de renovación; se proponía el objetivo triple de ofrecer a Cristo su Iglesia, promover la unidad de los cristianos, implorar de la misericordia divina el don de la paz entre los hombres⁹⁵.

El Concilio mismo, en sus constituciones, presentó toda la Iglesia como «presente en el mundo y, sin embargo, peregrina»⁹⁶. Su naturaleza peregrinante, subrayada en repetidas ocasiones⁹⁷, revela un aspecto trinitario: tiene su fuente en la misión de Cristo «enviado del Padre»⁹⁸; por eso, también nosotros «de él procedemos, por él vivimos y hacia él nos dirigimos»⁹⁹, mientras el Espíritu Santo es el guía de nuestro camino, que sigue las huellas de Cristo¹⁰⁰. La Eucaristía y la Pascua, que constituyen el corazón de la liturgia¹⁰¹, remiten, por su naturaleza, al éxodo de Israel y al banquete de peregrinación y de alianza que lo inaugura¹⁰² y lo concluye¹⁰³.

21. La Iglesia peregrina se hace espontáneamente misionera¹⁰⁴. El mandato de Cristo resucitado: «Id y enseñad»¹⁰⁵, pone su énfasis en el «ir», modalidad imprescindible de la evangelización abierta al mundo. Viático y tesoro en este itinerario son la Palabra de Dios¹⁰⁶ y la Eucaristía¹⁰⁷.

Al trazar una síntesis apasionada del camino de la humanidad, con sus conquistas y sus errores¹⁰⁸, el Concilio presenta la Iglesia como compañera de viaje de la familia humana, indicando una meta trascendente más allá de la historia terrena¹⁰⁹. Así, surge un fecundo contrapunto entre peregrinación y compromiso en la historia¹¹⁰, y el mundo también está llamado a dar su contribución a la Iglesia, a través de un diálogo vivo e intenso¹¹¹.

22. Del Concilio en adelante, la Iglesia ha vivido su experiencia peregrinante no sólo en su renovación, en su anuncio misionero, en su compromiso por la paz, sino también a través de múltiples testimonios del Magisterio eclesial, en particular con ocasión de los años jubilares de 1975,

95 Cf. Pablo VI, *Discurso en la clausura de la segunda sesión del concilio Vaticano II* (4 de diciembre de 1963): AAS 56 (1964) 39.

96 *Sacrosanctum Concilium*, 2.

97 Cf. *Lumen gentium*, 7-9.

98 *Ib.*, 3; cf. n.

99 *Ib.*, 3.

100 Cf. *Ad gentes*, 5.

101 Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 7 y 10.

102 Cf. Ex. 12, 1-14.

103 Cf. Jos. 5, 10-12.

104 Cf. *Ad gentes*, 2; *Lumen gentium*, 17.

105 Mt 28, 19.

106 Cf. *Dei Verbum*, 7.

107 Cf. *Gaudium et spes*, 38.

108 Cf. *Ib.*, 1-7.

109 Cf. *Ib.*, 3 y 11.

110 Cf. *Ib.*, 43.

111 Cf. *Ib.*, 44.

1983 y 2000¹¹². El Santo Padre Juan Pablo II se ha hecho peregrino por el mundo: él es el primer evangelizador de estas dos últimas décadas. Con su itinerancia apostólica y con su magisterio ha orientado e invitado a toda la Iglesia a prepararse al tercer milenio, ya inminente. Los viajes pastorales del Papa son «etapas de una peregrinación a las Iglesias locales (...), peregrinación de paz y solidaridad»¹¹³.

23. Meta fundamental del presente peregrinar histórico de la Iglesia es el jubileo del año 2000, hacia el que el creyente se encamina bajo el cielo de la Trinidad. Un itinerario que, más que espacial, debe ser interior y vital, con la recuperación de los grandes valores del año jubilar bíblico¹¹⁴. Cuando resonaba el cuerno que en Israel señalaba esa fecha, los esclavos recuperaban la libertad, las deudas eran condonadas, para que todos pudieran recuperar dignidad personal y solidaridad social, la tierra ofrecía espontáneamente sus dones a todos, recordando que en su origen está el Creador, quien «con el fruto de su acción fecunda sacia la tierra»¹¹⁵. De este modo, debe surgir una comunidad más fraternal, semejante a la de Jerusalén: «Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno»¹¹⁶. «No debería haber ningún pobre junto a ti (...). Si hay junto a ti algún pobre entre tus hermanos (...), no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre»¹¹⁷.

V. LA PEREGRINACIÓN DE LA HUMANIDAD

24. La peregrinación, que se extiende desde Abrahán a través de todos los siglos, es el signo de un peregrinaje más vasto y universal de la humanidad. En efecto, en su historia secular, el hombre aparece como *homoviator*; viandante que tiene sed de nuevos horizontes y hambre de paz y de justicia, busca la verdad, anhela el amor y está abierto al absoluto y al infi-

112 Exhortación apostólica *Nobis in animum* de Pablo VI (25 de marzo de 1974), sobre la creciente necesidad de la Iglesia en Tierra Santa, pp. 177-188; carta apostólica *Apostolorum limina* de Pablo VI (25 de mayo de 1974), para la convocación del Año santo 1975; exhortación apostólica *Gaudete in Domino* de Pablo VI (9 de mayo de 1975), sobre la alegría cristiana del Año santo; carta apostólica *Aperite portas Redemptori* de Juan Pablo II (6 de enero de 1983), para la convocación del jubileo de 1983; carta apostólica *Redemptionis anno* de Juan Pablo II (20 de abril de 1984), sobre Jerusalén, patrimonio sagrado de todos los creyentes, al concluir el jubileo de 1983; carta apostólica *Tertio millennio adveniente* de Juan Pablo II (10 de noviembre de 1994).

113 Juan Pablo II, Audiencia general 9 de abril de 1997, sobre la visita pastoral a Sarajevo.

114 Cf. Lv 25.

115 Sal. 104, 13.

116 Hch. 2, 44-45.

117 Dt. 15, 4.7.

nito. La investigación científica, el desarrollo económico y social, el continuo aflorar de tensiones, las migraciones que recorren nuestro planeta, el mismo misterio del mal y tantos otros enigmas que pueblan la existencia, interpelan constantemente a la humanidad, remitiéndola a las rutas trazadas por las religiones y las culturas.

También en nuestros días la humanidad parece encaminada, por una parte, hacia metas positivas de muy variada naturaleza: la integración mundial en sistemas globales junto con una sensibilidad por el pluralismo y con un respeto por las diferentes identidades históricas y nacionales, el progreso científico y técnico, el diálogo interreligioso, las comunicaciones que se difunden en el areópago de todo el mundo a través de medios cada vez más eficaces e inmediatos. Por otra parte, sin embargo, en cada uno de estos caminos salen al paso, con formas y modalidades nuevas, obstáculos antiguos y constantes: los ídolos de la explotación económica, de la prevaricación política, de la arrogancia científica y del fanatismo religioso.

La luz del Evangelio guía a los cristianos para descubrir en estas manifestaciones de la civilización contemporánea los nuevos areópagos en los que pueden anunciar la salvación, y para reconocer los signos del ansia que conduce los corazones hacia la casa del Padre.

No resulta extraño que en este torbellino de cambios continuos la humanidad experimente también el cansancio y alimente el deseo de un lugar, como podría ser un santuario, donde reposar, un espacio de libertad que le permita el diálogo consigo mismo, con los demás y con Dios. La peregrinación del cristiano acompaña esta búsqueda de la humanidad y le ofrece la seguridad de la meta, la presencia del Señor «porque ha visitado y redimido a su pueblo»¹¹⁸.

25. Hay algunas «peregrinaciones universales» que revisten un significado particular. Piénsese, ante todo, en los grandes movimientos de grupos, de masas, incluso de pueblos enteros, que afrontan enormes sacrificios y riesgos para huir del hambre, de las guerras, de las catástrofes naturales, buscando para sí mismos y para sus seres queridos mayor seguridad y bienestar. Nadie puede limitarse a ser espectador ante esos flujos gigantescos que atraviesan la humanidad casi en corrientes y se extienden por toda la faz de la tierra. Nadie debe sentirse ajeno a las injusticias que con frecuencia se hallan en sus orígenes, a los dramas personales y colectivos, como tampoco a las esperanzas que ahí brotan por un futuro diferente y por una perspectiva de diálogo y de pacífica convivencia multirracial. Al cristiano, en particular, le toca convertirse en buen samaritano por el camino de Jerusalén a Jericó, dispuesto a socorrer al hermano y acompañarlo a la posada de la caridad fraterna y de la convivencia solidaria. A esta «espiri-

tualidad del camino» puede conducirnos el conocimiento, la escucha y el compartir la experiencia de aquel específico «pueblo de la carretera» que son los nómadas, los gitanos, «hijos del viento».

26. Peregrinos del mundo son también aquellos que buscan metas diversas bien por turismo, por exploración científica o por comercio. Se trata de fenómenos complejos que, por sus enormes proporciones, en no pocas ocasiones son fuente de consecuencias nocivas. No se puede ignorar que a menudo son causa de injusticia, de explotación de personas, de erosión de las culturas o de devastación de la naturaleza. Con todo, conservan en su naturaleza valores de búsqueda, de progreso y de promoción de la mutua comprensión entre los pueblos, que merecen ser cultivados.

Es indispensable conseguir que quienes participan en estos ámbitos de la actividad humana puedan mantener su espiritualidad y sus anhelos interiores. Es, asimismo, necesario que los agentes turísticos y comerciales no se muevan exclusivamente por intereses económicos, sino que sean conscientes de su función humana y social.

27. Vinculada a la anterior y característica de nuestros días, se da una forma peculiar de peregrinación de la mente humana, la informática o virtual, que viaja por las autopistas de la telecomunicación. Estos recorridos, aun teniendo en cuenta todos los riesgos y las deformaciones o desviaciones que conllevan, pueden ser senderos de anuncios de fe y de amor, de mensajes positivos, de contactos fecundos y eficaces. Por eso, es importante introducirse por esos caminos, impidiendo que la verdadera comunicación se disperse y se disuelva en el «ruido de fondo» de una miríada babélica de informaciones.

28. Grandes «peregrinos laicos» son también aquellos que emprenden itinerarios culturales y deportivos. Las grandes manifestaciones artísticas, sobre todo musicales, que cuentan con la concurrencia en especial de jóvenes; el fluir de visitantes a los museos, que con frecuencia pueden transformarse en oasis de contemplación; las Olimpíadas y demás manifestaciones deportivas son fenómenos que no se pueden ignorar, por los valores espirituales que encarnan y que deben ser tutelados más allá de las tensiones, de las masificaciones y de los condicionamientos extrínsecos de índole comercial.

29. Hay otras experiencias de peregrinación de inspiración cristiana mucho más clara. No sólo sacerdotes, sino familias enteras y muchos jóvenes se desplazan o aceptan ser enviados a tierras lejanas para colaborar con misioneros y misioneras, bien con su trabajo profesional, bien con su testimonio o con el anuncio explícito del Evangelio. Es una forma de ser peregrinos que aumenta cada día más, como don del Espíritu. Para ello se utilizan los períodos de descanso o de vacaciones, o se entregan años enteros de la propia vida.

Imagen emblemática de estos movimientos espaciales, pero sobre todo espirituales, de nuestro tiempo son las grandes asambleas ecuménicas, en

las que la oración por el don de la unidad reúne a los cristianos en un camino común. Igualmente relevantes son los encuentros interreligiosos, a los que acuden hombres y mujeres de todas las creencias como peregrinos hacia una meta común de esperanza y de amor, como sucedió en la oración mundial de las religiones por la paz convocada en Asís en 1986.

30. Así, una auténtica red de recorridos se extiende sobre nuestro planeta. Unos son religiosos, en el sentido más estricto del término, y tienen como meta ciudades y santuarios, monasterios y lugares históricos; en otros casos, la búsqueda de valores espirituales se manifiesta en el desplazamiento hacia lugares naturales de belleza singular, islas o desiertos, cumbreros o profundidades de los abismos marinos. Esta compleja geografía del deambular de la humanidad abraza en sí el germen de un anhelo radical hacia un horizonte trascendente de verdad, de justicia y de paz, da fe de una inquietud que alcanza en el infinito de Dios el puerto donde el hombre puede rehacerse de sus angustias¹¹⁹.

El camino de la humanidad, aun con sus tensiones y contradicciones, participa, por tanto, de la peregrinación ineludible hacia el reino de Dios que la Iglesia está comprometida a anunciar y a recorrer con valentía, con lealtad y con perseverancia, llamada por su Señor a ser sal, levadura, lámpara y ciudad sobre el monte. Sólo así se abrirán senderos en los que «la misericordia y la fidelidad se encontrarán, la justicia y la paz se besarán»¹²⁰.

En este itinerario la Iglesia se hace peregrina con todos los hombres y con todas las mujeres que buscan con corazón sincero la verdad, la justicia, la paz, e incluso con aquellos que vagan en otras direcciones, pues —como recuerda san Pablo, citando a Isaías—, Dios dice: «Me encontraron los que no me buscaban, me revelé a los que no preguntaban por mí»¹²¹.

31. Hacia esta meta del Reino pueden orientarse todos los pueblos y todos los hombres, expresando también su adhesión con el gesto explícito y emblemático de la peregrinación a las diversas «ciudades santas» de la tierra, es decir, a aquellos lugares del espíritu donde más poderosamente resuena el mensaje de la trascendencia y de la fraternidad. Entre estas ciudades no deben faltar tampoco aquellos lugares profanados por el pecado del hombre, que después, casi por un instinto de reparación, han sido consagrados como meta de peregrinación: pensamos, por ejemplo, en Auschwitz, lugar emblemático del suplicio del pueblo judío en Europa, la Shoá, o en Hiroshima y Nagasaki, tierras devastadas por el horror de la guerra atómica.

Sin embargo, como ya se mencionó, hay dos ciudades que, no sólo para los cristianos sino para todos, adquieren un valor de signo: Roma, símbolo

119 Cf. San Agustín, *Confesiones* I, 1: CCL 27, 1; PL 32, 661; XIII, 38, 53: CCL 27, 272 s; PL 32, 868.

120 Sal. 85, 11.

121 Rm. 10, 20; cf. Is. 65, 1.

de la misión universal de la Iglesia, y Jerusalén, lugar sagrado y venerado por todos los que siguen la senda de las religiones abrahámicas, ciudad de la que «saldrá la ley y la palabra del Señor»¹²². Ésta nos indica el objetivo último de la peregrinación de la humanidad entera, es decir, «la ciudad santa que baja del cielo, de junto a Dios»¹²³. Hacia ella avanzamos con esperanza, cantando: «Somos un pueblo que camina y, juntos caminando, podremos alcanzar una ciudad que no se acaba, sin pena ni tristeza, ciudad de eternidad»¹²⁴.

La Iglesia, precisamente porque aprecia la pobreza del monje peregrino budista, la senda contemplativa del Tao, el itinerario sacro del hinduismo a Benarés, el «pilar» de la peregrinación del musulmán a las fuentes de su fe y cualquier otro itinerario hacia el Absoluto y hacia los hermanos, se une a todos los que de forma apasionada y sincera se dedican al servicio de los débiles, de los prófugos, de los oprimidos, emprendiendo con ellos una «peregrinación de fraternidad».

Éste es el sentido del jubileo de misericordia que se perfila en el horizonte del tercer milenio, meta para la creación de una sociedad humana más justa, en la que las deudas públicas de las naciones en vías de desarrollo sean condonadas y se alcance una distribución más equitativa de los bienes de la tierra, según el espíritu de la prescripción bíblica¹²⁵.

VI. LA PEREGRINACIÓN DEL CRISTIANO HOY

32. Todos los cristianos son invitados a tomar parte en esta gran peregrinación que Cristo, la Iglesia y la humanidad han recorrido y deben continuar recorriendo en la historia. El santuario hacia el cual se dirige debe convertirse en «la tienda del encuentro», como la Biblia denomina al tabernáculo de la alianza¹²⁶. Es allí, en efecto, donde tiene lugar un encuentro fundamental que revela dimensiones diversas y se ofrece bajo aspectos diferentes. Basándonos en ellos podemos diseñar una pastoral de la peregrinación.

Para el cristiano, la peregrinación, vivida como celebración de su fe, es una manifestación cultural que debe cumplir con fidelidad a la tradición, con profundo sentido religioso y como vivencia de su existencia pascual¹²⁷.

122 Is. 2, 3.

123 Ap. 21, 2.

124 Canto latino-americano.

125 Cf. Lv. 25.

126 Cf. Ex. 27, 21; 29, 4.10-11.30.32.42.44.

127 Cf. Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos, *Orientaciones y propuestas para la celebración del Año mariano* (3 abril de 1987): *Notitiae* 23 (1987) pp. 342-396.

La dinámica propia de la peregrinación señala claramente unas etapas que el peregrino recorre como paradigma de toda su vida de fe: la partida pone de manifiesto su decisión de avanzar hacia la meta y alcanzar los objetivos espirituales de su vocación bautismal; el camino lo lleva a la solidaridad con sus hermanos y a la preparación necesaria para el encuentro con su Señor; la visita al santuario lo invita a la escucha de la palabra de Dios y a la celebración sacramental; el retorno, en fin, le recuerda su misión en el mundo, como testigo de la salvación y constructor de la paz. Es importante que estas etapas de la peregrinación, emprendida en grupos o de forma individual, estén jalonadas por actos culturales, que muestren su verdadera dimensión, utilizando para ello los textos sugeridos por los libros litúrgicos.

Los aspectos que debe incluir necesariamente toda peregrinación deberán ser incorporados con el justo respeto a las tradiciones de cada pueblo y de acuerdo con las condiciones de los peregrinos. Corresponderá a la Conferencia episcopal de cada país trazar las líneas pastorales más adecuadas a las diversas situaciones y establecer las estructuras pastorales necesarias para realizarlas. Los santuarios deberán ocupar un papel destacado en la pastoral diocesana de la peregrinación. Sin embargo, las parroquias, así como otros grupos eclesiales, deberán estar incluidas en estas estructuras pastorales, puesto que son protagonistas y puntos de partida del mayor número de peregrinaciones.

La acción pastoral debe conseguir que, a través de las características propias de cada peregrinación, el creyente lleve a cabo un itinerario esencial de la fe¹²⁸. Con una oportuna catequesis y un atento acompañamiento por parte de los agentes pastorales, la presentación de los aspectos fundamentales de la peregrinación cristiana abrirá nuevas perspectivas a la práctica de la peregrinación en la vida de la Iglesia.

33. La meta hacia la que se dirige el itinerario que el peregrino recorre es, ante todo, la tienda del encuentro con Dios. Ya Isaías refería estas palabras de Dios: «Mi casa es casa de oración, y así la llamarán todos los pueblos»¹²⁹. «Al término del camino, en que su corazón ardiente aspira a contemplar el rostro de Dios»¹³⁰, en el santuario que realiza la promesa divina: «siempre estarán en este lugar mi corazón y mis ojos»¹³¹, el peregrino encuentra el misterio de Dios, descubriendo su rostro de amor y de miseri-

128 Cf. Juan Pablo II, *Discurso a un grupo de obispos de América del Norte en visita ad limina* (21 septiembre de 1993): AAS 86 (1994) 495.

129 Is. 56, 7.

130 Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el I Congreso mundial de pastoral de santuarios y peregrinaciones* (28 de febrero de 1992). L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 13 de marzo de 1992, p. 15.

131 1 R 9, 3.

cordia. Esta experiencia se realiza de modo particular en la celebración eucarística del misterio pascual, en la que Cristo es «el culmen de la revelación del inescrutable misterio de Dios»¹³²; allí se contempla a Dios, siempre dispuesto a la gracia en María, la Madre de Dios¹³³ y se le glorifica admirable en todos sus santos¹³⁴.

En la peregrinación el hombre reconoce que «desde su nacimiento está invitado al diálogo con Dios»¹³⁵, y debe ayudarle a descubrir que, para «permanecer en la intimidad de Dios», el camino que se le ha dado es Cristo, el Verbo hecho carne. El camino del peregrino cristiano ha de manifestar este «punto esencial por el que el cristianismo se diferencia de las otras religiones»¹³⁶. La peregrinación en toda su integridad debe manifestar «que, para el hombre, el Creador no es una potencia anónima y lejana: es el Padre»¹³⁷, y todos somos hijos suyos, hermanos en Cristo, el Señor. El esfuerzo pastoral debe orientarse a que esta verdad fundamental de la fe cristiana¹³⁸ no sufra menoscabo por parte de las culturas y costumbres tradicionales, ni por parte de las nuevas modas y movimientos espirituales. La acción pastoral, sin embargo, buscará una constante inculturación del mensaje evangélico en la cultura de cada pueblo.

Por último, la eficacia de los santuarios se medirá siempre según la capacidad que tengan de responder a la creciente necesidad que el hombre siente, en el ritmo frenético de la vida moderna, de un «contacto silencioso y recogido con Dios y consigo mismo»¹³⁹. El recorrido mismo y la meta de la peregrinación conducirán a la maduración de la fe y a la intensidad de la comunión con Dios en la oración, para que se cumpla idealmente cuanto anunciaba el profeta Malaquías: «De levante a poniente es grande mi fama en las naciones, y en todo lugar me ofrecen sacrificios y ofrendas puras; porque mi fama es grande en las naciones, dice el Señor de los ejércitos»¹⁴⁰.

34. La peregrinación conduce a la tienda del encuentro con la palabra de Dios. La experiencia fundamental del peregrino debe ser la de la escucha, porque «de Jerusalén saldrá la palabra de Dios»¹⁴¹. El santo viaje tiene,

132 *Dives in misericordia*, 8.

133 Cf. *ib.*, 9.

134 Cf. *Lumen Gentium*, 50.

135 *Gaudium et spes*, 19.

136 *Tertio millennio adveniente*, 6.

137 *Evangelii nuntiandi*, 26.

138 Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 240.

139 Juan Pablo II, *Carta con ocasión del VII centenario del santuario de la Santa Casa de Loreto* (15 de agosto de 1993): *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 24 de septiembre de 1993, p. 6.

140 *Ml.* 1, 11.

141 *Is.* 2, 3.

por tanto, como objetivo primario la evangelización, que con frecuencia resulta natural en los mismos lugares sagrados¹⁴². La proclamación, la lectura y la meditación del evangelio deben acompañar los pasos del peregrino y su estancia en el santuario, a fin de que se haga realidad lo que afirmaba el Salmista: «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero»¹⁴³.

Los momentos de peregrinación, por las circunstancias que los motivan, por los lugares a que se dirigen y por su cercanía a las necesidades y a las alegrías cotidianas, son un campo ya abonado para que la palabra de Dios arraigue en los corazones¹⁴⁴; de este modo la Palabra será de veras fortaleza de la fe, sustento del alma, fuente pura y perenne de vida espiritual¹⁴⁵.

Toda la acción pastoral al servicio de la peregrinación debe cifrar su esfuerzo en este acercamiento del peregrino a la palabra de Dios. En primer lugar, es preciso preparar un proceso catequético cercano a las circunstancias de su vida de fe, que exprese su realidad cultural y por medios de comunicación realmente asequibles y eficaces. Esta presentación catequética, por otra parte, debe tomar pie de los acontecimientos que se celebran en los lugares visitados y de su índole propia, pero no deberá olvidar ni la necesaria jerarquía en la exposición de las verdades de la fe¹⁴⁶, ni su inclusión en el itinerario litúrgico en que toda la Iglesia participa¹⁴⁷.

35. La peregrinación conduce, además, a la tienda del encuentro con la Iglesia, «asamblea de quienes la palabra de Dios convoca para formar el pueblo de Dios y que, alimentados por el Cuerpo de Cristo, ellos mismos forman el Cuerpo de Cristo»¹⁴⁸. La experiencia de vida en común con los hermanos peregrinos se convierte en ocasión para redescubrir el pueblo de Dios en marcha hacia la Jerusalén de la paz, en la alabanza y en el canto, en la fe única y en la unidad del amor de un solo Cuerpo, el de Cristo. El peregrino debe sentirse miembro de la única familia de Dios, rodeado de sus muchos hermanos en la fe, bajo la guía del «Pastor supremo del rebaño»¹⁴⁹ que nos conduce «por el sendero justo, haciendo honor a su nombre»¹⁵⁰, y bajo la guía visible de los pastores a los que él ha encargado la misión de conducir a su pueblo.

142 Cf. *Catechesi tradendae*, 47.

143 Sal. 119, 105.

144 Cf. Juan Pablo II, *Discurso a los directores diocesanos franceses de peregrinaciones* (17 de octubre de 1980): *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 5 de abril de 1981, p. 15.

145 Cf. *Dei Verbum*, 21

146 Cf. *Evangelii nuntiandi*, 25.

147 Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 102; *Collectio Missarum de beata Maria Virgine*, *Introductio*, n. 6.

148 *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 777.

149 Hb. 13, 20.

150 Sal. 23, 3.

La peregrinación es signo de la vida de la Iglesia cuando es emprendida por una comunidad parroquial, un grupo eclesial, una asamblea diocesana o grupos de ámbito más extenso¹⁵¹. Es entonces cuando se puede tomar mayor conciencia de que cada uno de los participantes forma parte de la Iglesia, según su propia vocación y su propio ministerio.

La presencia de un animador espiritual es particularmente importante. Su misión entra de lleno en el ministerio sacerdotal, por el que los presbíteros «reúnen la familia de Dios como fraternidad animada en la unidad y la conducen al Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo»¹⁵². Para el ejercicio de su ministerio, deben contar con una específica preparación catequética, a fin de transmitir con fidelidad y claridad la palabra de Dios, y con una preparación psicológica adecuada, para poder acoger y comprender las diferencias de todos los peregrinos. Les será asimismo de gran utilidad el conocimiento de la historia y del arte, a fin de poder introducir al peregrino en la riqueza catequética que surge de las obras artísticas, que en los santuarios constituyen testimonios perennes de fe eclesial¹⁵³.

En este ministerio, por otra parte, los presbíteros no pueden olvidar en modo alguno el lugar específico que corresponde a los laicos en el contexto vivo de la Iglesia-comunión¹⁵⁴. Su participación activa en la vida litúrgica¹⁵⁵ y catequética, su responsabilidad específica en la formación de comunidades eclesiales¹⁵⁶ y su capacidad para hacer presente a la Iglesia en medio de las más variadas necesidades humanas¹⁵⁷, los capacitan para colaborar –después de una adecuada preparación específica– en la animación religiosa de la peregrinación, asistiendo a sus hermanos a lo largo de su camino común.

La atención pastoral de las peregrinaciones exige que se dé un acompañamiento semejante a quienes emprenden una peregrinación en grupos reducidos o individualmente. En tales casos, los responsables de la acogida en el santuario dispondrán los medios necesarios para que el peregrino entienda que su camino forma parte de la peregrinación de fe de toda la Iglesia.

El encuentro del peregrino con la Iglesia y su experiencia de ser parte del Cuerpo de Cristo, deberán pasar por una renovación de su compromiso bautismal. La peregrinación reproduce de alguna manera el camino de

151 Cf. Juan Pablo II, *Discurso a los obispos franceses con ocasión de la visita ad limina* (4 de abril de 1992): AAS 85 (1993) 368; cf. L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 24 de abril de 1992, p. 10.

152 *Presbyterorum ordinis*, 6.

153 Cf. *Pastores dabo vobis*, 71-72.

154 Cf. *Christifideles laici*, 18.

155 Cf. *ib.*, 23.

156 Cf. *ib.*, 34.

157 Cf. *ib.*, 7.

fe que un día lo llevó a la fuente bautismal¹⁵⁸ y que ahora se expresa de una manera renovada en la participación sacramental.

36. El santuario, sin embargo, es también la tienda del encuentro en la reconciliación. Allí, en efecto, se sacude la conciencia del peregrino; allí confiesa sus pecados, allí es perdonado y perdona, allí se transforma en criatura nueva a través del sacramento de la reconciliación y experimenta la gracia y la misericordia divinas. Por eso, la peregrinación reproduce la experiencia del hijo pródigo en el pecado, que conoce la dureza de la prueba y de la penitencia, afrontando los sacrificios del viaje, con el ayuno y con el sacrificio. Y experimenta igualmente el gozo del abrazo del Padre pródigo en misericordia, que lo devuelve de la muerte a la vida: «Este hijo mío había muerto y ha vuelto a vivir, estaba perdido y ha sido hallado»¹⁵⁹. Los santuarios, por tanto, deberán ser lugares en que el sacramento de la reconciliación se celebre con intensidad, con participación, con una liturgia bien dirigida, con disponibilidad de ministros y de tiempo, con oraciones y cantos, a fin de que la conversión personal obtenga el sello divino y sea vivida eclesialmente.

La peregrinación, que conduce al santuario, debe ser un camino de conversión sostenido por la firme esperanza en la infinita profundidad y fuerza del perdón ofrecido por Dios; camino de conversión que «traza la componente más profunda de la peregrinación de todo hombre por la tierra *in statu viatoris*»¹⁶⁰.

37. La meta de la peregrinación debe ser la tienda del encuentro eucarístico con Cristo. Si la Biblia es el libro del peregrino por excelencia, la Eucaristía es el pan que lo sostiene en el camino, como lo fue para Elías en la subida al monte Horeb¹⁶¹. La reconciliación con Dios y con los hermanos desemboca en la celebración eucarística. Ésta acompaña ya las varias etapas de la peregrinación, que debe reproducir el itinerario pascual del éxodo, pero sobre todo el de Cristo, que celebra su Pascua en Jerusalén, al término de su largo viaje hacia la cruz y la gloria. Por esto, de acuerdo con las prescripciones litúrgicas generales y las emanadas por las respectivas Conferencias episcopales, «en los santuarios se han de ofrecer a los fieles con mayor abundancia los medios de salvación, anunciando con diligencia la palabra de Dios, incrementando oportunamente la vida litúrgica, principalmente con la celebración de la Eucaristía y de la penitencia, así como cultivando las correctas manifestaciones de la piedad popular»¹⁶².

158 Cf. Juan Pablo II, *Homilía en la basílica de Aparecida*, Brasil (4 de julio de 1980): L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 20 de julio de 1980, p. 3.

159 Lc. 15, 24.

160 *Dives in misericordia*, 13.

161 Cf. 1 R 19, 4-8.

162 *Código de derecho canónico*, can. 1.234 ? 1.

Se ha de acoger con particular atención pastoral a aquellos peregrinos que, por las condiciones ordinarias de su vida, acuden al santuario para celebrar acontecimientos especiales de escucha de la Palabra de Dios y de celebración eucarística. Que en la alegría de aquel acontecimiento descubran la llamada a comportarse en su vida cotidiana como mensajeros y constructores del reino de Dios, de su justicia y de su paz.

38. Así, se comprende que la peregrinación conduce a la tienda del encuentro con la caridad. Una caridad que es, ante todo, la de Dios que nos ha amado primero, enviando su Hijo al mundo. Este amor no se manifiesta sólo en el don de Cristo como víctima de expiación por nuestros pecados¹⁶³, sino también en los signos milagrosos que sanan y consuelan, como hizo el mismo Cristo durante su peregrinación terrena y como se repite en la historia de los santuarios.

«Si Dios nos ha amado tanto, también nosotros debemos amarnos unos a otros»¹⁶⁴. La caridad debe actuarse ya durante el camino del peregrino, ayudando a los más necesitados, compartiendo su pan, su tiempo y sus esperanzas, conscientes de que con ello se va ganando nuevos compañeros de viaje. Una expresión encomiable de esta caridad es la costumbre, introducida en muchos lugares, según la cual las ofrendas que presentan los fieles como expresión de su devoción consisten en bienes que puedan ser distribuidos entre los más pobres. La acción pastoral debe animar estos gestos a través de una catequesis siempre respetuosa de la idiosincrasia de los peregrinos y con iniciativas que pongan de manifiesto el destino de las ofrendas. En este sentido, cabe destacar las acciones emprendidas por algunos santuarios con vistas al sostenimiento de instituciones caritativas o proyectos de ayuda a comunidades de países en vías de desarrollo.

Un particular gesto de caridad debe consistir en el cuidado de los enfermos en peregrinación, recordando las palabras del Señor: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis»¹⁶⁵. La asistencia a los peregrinos enfermos es la expresión más significativa del amor que debe alimentar el corazón del cristiano en camino hacia el santuario. En especial, los peregrinos enfermos deben ser acogidos con la más cordial hospitalidad. Para ello será necesario que las estructuras de acogida, los servicios que se ofrecen, las comunicaciones y los transportes estén dispuestos, equipados y gestionados con dignidad, atención y amor.

Por su parte, los enfermos deben dejarse impregnar por el amor de Cristo, de forma que puedan vivir su enfermedad como un camino de gra-

163 Cf. 1 Jn. 4, 10.

164 1 Jn. 4, 11.

165 Mt. 25, 40.

166 Cf. *Gaudete in Domino*, c. V.

cia y de entrega de sí mismos. Su peregrinación a los lugares en que la gracia de Dios se ha manifestado a través de «signos» particulares les ayudará a ser evangelizadores de sus compañeros en el dolor. De esta forma, de ser «objetos de compasión», pasan a ser sujetos de compromiso y de acción, verdaderos «peregrinos del Señor» por todos los caminos del mundo.

39. La peregrinación lleva, además, a la tienda del encuentro con la humanidad. Todas las religiones del mundo, como ya se apuntó, poseen sus itinerarios sagrados y sus ciudades santas. En cualquier lugar de la tierra Dios mismo sale al encuentro del hombre peregrino y proclama una invitación universal a participar plenamente en el gozo de Abraham¹⁶⁶. En particular, las tres grandes religiones monoteístas están llamadas a recuperar «la tienda del encuentro» en la fe, para testimoniar y construir la paz y la justicia mesiánicas entre las gentes para la redención de la historia.

Merece una atención especial por parte de la pastoral de la peregrinación el hecho de que no pocos santuarios cristianos sean meta de peregrinación para creyentes de otras religiones, bien por una tradición secular, bien a causa de la emigración reciente. Esta situación exige de la solicitud pastoral de la Iglesia una respuesta a través de la acogida, el diálogo, la ayuda y una genuina fraternidad¹⁶⁷. La acogida dispensada a los peregrinos les ayudará, con toda seguridad, a descubrir el sentido profundo de la peregrinación. El santuario debe ser para ellos el lugar de aquel respeto que, ante todo, debemos manifestar con la pureza de nuestra fe en Cristo, único Salvador del hombre¹⁶⁸.

Se debe indicar, además, que junto a las grandes asambleas ecuménicas y a los encuentros interreligiosos, el cristiano debe estar junto a todos aquellos que buscan a Dios con corazón sincero, recorriendo los caminos del espíritu, al menos a tientas «por más que no está lejos de ninguno de nosotros»¹⁶⁹. Su misma peregrinación, a menudo en país extranjero, lo conduce al conocimiento de usos, costumbres y culturas diferentes. Su viaje debe transformarse en una ocasión de comunión solidaria con los valores de otros pueblos, hermanos en la humanidad que a todos nos une y en el origen del único Creador de todos.

La peregrinación es, también, un momento de convivencia con personas de edad y de formación diversas. Hay que hacer juntos el viaje para poder después avanzar juntos en la vida eclesial y social. Los jóvenes con sus marchas y las Jornadas mundiales de la juventud; los ancianos y los enfermos, tal vez junto a los jóvenes, hacia santuarios más tradicionales.

167 Cf. *Redemptoris missio*, 37.

168 Cf. 1 Tm. 2, 5.

169 Hch. 17, 27.

Los peregrinos juntos, en su múltiple diversidad, hacen realidad lo que el Salmista auguraba: «Reyes y pueblos del orbe, príncipes y jefes del mundo, jóvenes y también doncellas, los viejos junto con los niños, alaben el nombre del Señor, el único nombre sublime. Su majestad sobre el cielo y la tierra»¹⁷⁰.

40. La peregrinación también tiene como meta la tienda del encuentro personal con Dios y consigo mismo. El hombre, disperso en la multiplicidad de sus afanes y de la realidad de la vida cotidiana, tiene necesidad de reencontrarse a sí mismo a través de la reflexión, la meditación, la oración, el examen de conciencia y el silencio. En la tienda santa del santuario debe interrogarse sobre cuánto «queda de la noche» de su espíritu, como dice Isaías en su canto del centinela: «Vendrá la mañana y también la noche. Si queréis preguntas, preguntad, venid otra vez»¹⁷¹. Los grandes interrogantes sobre el sentido de la existencia, sobre la vida, sobre la muerte, sobre el destino último del hombre, deben resonar en el corazón del peregrino, de forma que el viaje no sea un simple movimiento del cuerpo, sino también un itinerario del alma. En el silencio interior Dios se revela precisamente con la voz de «una brisa tenue»¹⁷² que transforma el corazón y la existencia. Sólo así, cuando vuelva a casa, no caerá de nuevo en la distracción y en la superficialidad, sino que conservará una chispa de la luz recibida en el alma y sentirá la necesidad de repetir en el futuro esta experiencia de plenitud personal, «decidiendo de nuevo en su corazón la peregrinación»¹⁷³.

El peregrino recorrerá su itinerario sumándose a la oración litúrgica de la Iglesia y con los ejercicios de devoción más sencillos, con la oración personal y con momentos de silencio, con la contemplación que surge del corazón de los más pobres, «que tienen puestos sus ojos en las manos de su Señor»¹⁷⁴.

41. Mientras se va en peregrinación, se tiene también la oportunidad de entrar en la tienda del encuentro cósmico con Dios. A menudo los santuarios se hallan en medio de panoramas extraordinarios, constituyen expresiones artísticas admirables, encarnan antiguas memorias históricas, son expresión de culturas refinadas y populares. Se debe procurar que la peregrinación no excluya esta dimensión del espíritu. Más aún, hay que comprender que en la mayor disponibilidad a apreciar la naturaleza se manifiesta una valiosa dimensión espiritual del hombre moderno. Que esta contemplación sea tema de momentos de reflexión y de oración, a

170 Sal. 148, 11-13.

171 Is. 21, 11-12.

172 1 R 19, 12.

173 Sal. 84, 6.

174 Cf. Sal. 123, 2.

fin de que el peregrino alabe al Señor por los cielos, que narran su gloria¹⁷⁵, y se sienta llamado a administrar el mundo en la piedad y en la justicia¹⁷⁶.

Se debe advertir, igualmente, que, en ciertos aspectos, toda peregrinación incluye una vertiente de turismo religioso que debe ser atendido no sólo con vistas al enriquecimiento cultural de la persona, sino también con vistas a su plenitud espiritual. La contemplación de la belleza es fuente de espiritualidad. Por ello, «en los santuarios o en lugares adyacentes, consérvense visiblemente y custódiense con seguridad los exvotos de arte popular y de piedad»¹⁷⁷. Estos tesoros deben ser mostrados al peregrino, por medio de guías o de otros medios, a fin de que, a través de la belleza artística y de la espontaneidad de los seculares testimonios de fe, canten «con arte»¹⁷⁸ a Dios su gozo y su esperanza, y hallen en la contemplación de las cosas admirables la serenidad, y «por la magnitud y belleza de las criaturas, descubran por analogía al que les dio el ser»¹⁷⁹.

La acción pastoral deberá tener en cuenta también a todos aquellos que recorren los caminos de peregrinación por motivos culturales o de descanso. La presentación de los diversos lugares y monumentos se ha de realizar de modo que aparezca explícita su relación con el camino de los peregrinos, con la meta espiritual a que conducen y con la experiencia de fe que los originó y que sigue animándolos. Procúrese que esta información llegue a los organizadores de tales viajes, para que sean emprendidos en el mayor respeto y contribuyan de veras al enriquecimiento cultural de los viajeros y a su progreso espiritual.

42. Por último, la peregrinación es, con gran frecuencia, la senda para entrar en la tienda del encuentro con María, la Madre del Señor. María, en la que se une la peregrinación del Verbo hacia la humanidad con la peregrinación de fe de la humanidad¹⁸⁰, es «la que avanza en la peregrinación de la fe»¹⁸¹, convirtiéndose en «estrella de la evangelización»¹⁸² para el camino de toda la Iglesia. Los grandes santuarios marianos (como Lourdes, Fátima o Loreto; Czestochowa, Altötting o Marizell; Guadalupe, Aparecida o Luján), y los pequeños santuarios, que la devoción popular ha erigido en número incontable en miles y miles de localidades, pueden ser lugares privilegiados para el encuentro con su Hijo, que ella nos entrega. Su seno fue el primer santuario, la tienda del

175 Cf. Sal. 19, 2.

176 Cf. Sb. 9, 3.

177 *Código de derecho canónico*, c. 1.234. 2.

178 Sal. 47, 8.

179 Sb. 13, 5; cf. Rm 1, 19-20.

180 Cf. *Marialis cultus*, 37.

181 *Redemptoris Mater*, 25.

182 *Evangelii nuntiandi*, 82.

encuentro entre divinidad y humanidad; sobre ella bajó el Espíritu Santo y «la fuerza del Altísimo la cubrió con su sombra»¹⁸³.

El cristiano se pone en marcha con María por los caminos del amor, visitando a Isabel, que encarna a las hermanas y los hermanos del mundo con quienes hemos de establecer lazos de fe y de alabanza¹⁸⁴. El Magnificat se convierte en el canto por excelencia, no sólo de la *peregrinatio Mariae*, sino también de nuestra peregrinación en la esperanza¹⁸⁵. El cristiano se pone en marcha con María por los caminos del mundo para subir al Calvario y estar junto a ella como el discípulo predilecto, para que Cristo se la entregue como Madre¹⁸⁶. El cristiano se pone en marcha con María por los caminos de la fe para llegar al final al cenáculo, donde junto a ella recibirá de su Hijo el don del Espíritu Santo¹⁸⁷.

La liturgia y la piedad cristiana ofrecen al peregrino abundantes ejemplos para que recurra a María como compañera de su peregrinación. Hay que hacer referencia a ellos, teniendo ante todo presente que los ejercicios de piedad concernientes a la Virgen María deben expresar claramente la dimensión trinitaria y cristológica de modo intrínseco y esencial¹⁸⁸. Con una genuina devoción mariana¹⁸⁹, los peregrinos enriquecerán su profunda devoción a la Madre de Dios con nuevas formas y manifestaciones que expresen sus sentimientos más íntimos.

CONCLUSIÓN

43. La peregrinación es símbolo de la experiencia del *homo viator* que, apenas salir del seno materno, se enfrenta al camino del tiempo y del espacio de su existencia; la experiencia fundamental de Israel, en marcha hacia la tierra prometida de la salvación y de la libertad plena; la experiencia de Cristo, que de la tierra de Jerusalén sube al cielo, abriendo el camino hacia el Padre; la experiencia de la Iglesia, que avanza en la historia hacia la Jerusalén celeste; la experiencia de toda la humanidad, que tiende hacia la esperanza y la plenitud. Todo peregrino podría confesar: «Por la gracia de Dios soy hombre y cristiano; por mis hechos, un gran pecador; por mi condición, un peregrino sin techo, muy pobre, que va errando de lugar en lugar. Mis bienes, un hatillo al hombro con un poco de pan seco y una sagrada Biblia que llevo bajo la camisa. No tengo nada más»¹⁹⁰.

183 Lc. 1, 35.

184 Cf. Lc 1, 39-56.

185 Cf. *Redemptoris Mater*, 37.

186 Cf. Jn. 19, 26-27.

187 Cf. Hch. 1, 14; 2, 1-4.

188 Cf. *Marialis cultus*, 25.

189 Cf. *Lumen gentium*, 67.

190 Anónimo, *El peregrino ruso*, c. I.

La palabra de Dios y la Eucaristía nos acompañan en esta peregrinación hacia la Jerusalén celeste, de la que los santuarios son signo vivo y visible. Cuando la hayamos alcanzado, se abrirán las puertas del Reino, abandonaremos nuestro sayal de viaje y el bordón de peregrinos, y entraremos en nuestra casa definitiva «para estar siempre con el Señor»¹⁹¹. Él estará en medio de nosotros «como quien sirve»¹⁹², y cenará con nosotros y nosotros con él¹⁹³.

El Sumo Pontífice Juan Pablo II, con fecha 11 de abril de 1998, ha aprobado la publicación del presente documento.

Ciudad del Vaticano, 25 de abril de 1998.

Cardenal Giovanni CHELI
Presidente

Arzobispo Francesco GIOIA
Secretario

CONDENAS POR EL ASESINATO DEL ARZOBISPO DE GUATEMALA, JUAN GERARDI

COMUNICADO DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE GUATEMALA

1. Los miembros de la Conferencia Episcopal manifiestan al pueblo católico de Guatemala así como a todas las personas de buena voluntad su hondo pesar por el execrable asesinato de Monseñor Juan Gerardi Conedera, obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Guatemala.

2. Condena este vil asesinato y exige a las autoridades competentes su inmediato esclarecimiento.

3. Tememos que este asesinato pueda estar vinculado a la entrega de los resultados obtenidos por el Proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI), el pasado 24 de abril. Monseñor Gerardi fue el Coordinador General de dicho proyecto que investigó las masacres y asesinatos cometidos contra el pueblo de Guatemala durante los años del conflicto armado interno, y que también puso en evidencia responsabilidades institucionales implicadas en el conflicto.

4. La memoria de Monseñor no debe ser mancillada con la reducción de las causas de su muerte a un juego de venganzas de tipo político.

Queremos igualmente prevenir con cualquier intento de manipulación del mismo con fines políticos.

191 1 Ts. 4, 17.

192 Lc. 22, 27.

193 Cf. Ap. 3, 20.

5. Como pastores queremos invitar a reconocer que Monseñor Gerardi ofreció su vida como el buen pastor que da la vida por sus ovejas (Jn. 10,11). Como discípulo del Señor Jesús, lo ha seguido con la fidelidad hasta la muerte, pues Él había anunciado: «si a mí me han perseguido, también los perseguirán a ustedes» (Jn. 15,20). Es el grano de trigo que ha sido derramado a tierra a gran precio; abrigamos la esperanza que sea para dar frutos de vida (cf. Jn. 12,24).

6. El servicio de Monseñor Gerardi al pueblo de Dios como pastor estuvo marcado por la valentía. En dos ocasiones previas ya escapó de atentados contra su vida, ambos en 1980, cuando era obispo de El Quiché. Uno fue una emboscada en su misma diócesis y otra estuvo preparada para ejecutarse en los alrededores del aeropuerto La Aurora. De esta última se libró porque se le prohibió entrar al territorio nacional y tuvo que exiliarse en Costa Rica.

7. El asesinato de Monseñor Gerardi se inscribe en el clima de violencia que ha vivido nuestro país por tantos años, violencia contra la que él tanto luchó. Volvemos a levantar la voz en favor de la vida. El recurso fácil a verter sangre para proteger intereses personales o de sector, la impunidad que no permite llegar a esclarecer los crímenes y el silencio para pretender olvidar siguen impidiendo que nos configuremos como comunidad nacional en donde nos respetemos como seres humanos.

8. Nuestro mensaje hoy, como en tantas otras ocasiones del pasado, es que la vida es un don de Dios. Que la vida se proteja y se fomenta a través de la verdad, de la entrega fiel, la llamada a la conversión, a la justicia y al perdón. La historia de Guatemala está escrita con la sangre de tantos que la han derramado. Hoy, uno de los pastores de la iglesia de Guatemala corona su misión con la ofrenda de su vida por haber buscado la verdad, la justicia y la paz.

9. Oramos a Dios para que nuestro hermano Monseñor Juan Gerardi que ha compartido la muerte de Jesús, comparta también con Él la gloria de la resurrección junto con la Santísima Virgen María y todos los santos. Pedimos a todos que se unan en la oración y en las parroquias se ofrezcan sufragios por su eterno descanso. Invitamos a todos a expresar su duelo orando ante su cuerpo en la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Guatemala y a participar en sus funerales el miércoles 29 de abril a las 10:00 am.

Guatemala de la Asunción, 27 de abril de 1998.

+Mons. Víctor Hugo Martínez
ARZOBISPO DE LOS ALTOS QUETZALTENANGO-TONICAPÁN
PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE GUATEMALA

+Mons. Pablo Vizcaíno Prado
OBISPO DE SUCHITEPEQUEZ-RETALHULEU
SECRETARIO GENERAL DE LA C.E.G.

**LA OFICINA DE DERECHOS HUMANOS DEL ARZOBISPADO DE GUATEMALA
A LA OPINIÓN PÚBLICA NACIONAL E INTERNACIONAL**

MANIFIESTA:

1. Su profundo dolor e indignación por el cobarde y brutal asesinato del que fue víctima Monseñor Gerardi, fundador y Coordinador General de esta Oficina.

2. El domingo 26 de abril, alrededor de las 22:00 horas, cuando ingresaba en su casa, tras realizar una visita familiar de rutina, Mons. Gerardi fue atacado por un individuo que no fue identificado. El asesino golpeó en el cerebro a Mons. Gerardi con un trozo de cemento y, posteriormente, lo remató con el mismo objeto en pleno rostro, desfigurándolo. El individuo regresó diez minutos más tarde cerca del lugar donde cometió el crimen, luego de cambiar su ropa que había sido salpicada con la sangre de Monseñor. Ningún objeto de valor de su casa, ni del vehículo del cual él descendía en su garaje, ni ninguna pertenencia personal fue tocada por el asesino.

3. Hacía 48 horas, Mons. Gerardi había presidido en la Catedral Metropolitana, junto con otros Obispos de la Conferencia Episcopal de Guatemala, la entrega pública del informe «Guatemala: Nunca Más» que documentó y analizó decenas de miles de casos de violaciones de los derechos humanos ocurridas durante el conflicto armado interno. Mons. Gerardi era el obispo coordinador del Proyecto Interdiocesano «Recuperación de la Memoria Histórica».

4. Mons. Gerardi era, desde 1984, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Guatemala; de 1967 a 1974 fue obispo de Las Verapaces, donde fue precursor de la Pastoral Indígena; posteriormente fue nombrado obispo de El Quiché, donde tuvo que enfrentar la época de mayor violencia contra la población civil. El asesinato de varios sacerdotes y catequistas, y el acoso inclemente de los militares contra la Iglesia obligó al cierre de la Diócesis de El Quiché en junio de 1980. Semanas antes, Mons. Gerardi había escapado de una emboscada. Siendo presidente de la Conferencia Episcopal las autoridades le negaron a Mons. Gerardi el ingreso al país y tuvo que permanecer en el exilio durante dos años, hasta 1984. A principios de los años 90 fue delegado por la Conferencia Episcopal para acompañar el proceso de paz, junto con Mons. Quezada Toruño.

5. El asesinato de Mons. Gerardi es una agresión despiadada contra la Iglesia de Guatemala —que pierde por primera vez de esa manera violenta a un obispo— y contra todo el pueblo, en particular el católico, y representa un duro golpe al proceso de paz.

6. Demandamos de las autoridades competentes el esclarecimiento de esta tragedia en un plazo que no debe exceder las 72 horas, pues si el patrón de impunidad se extiende en este caso sobre el Gobierno de la República recaerá un grave costo.

7. Al pueblo de Guatemala y a la comunidad internacional les pedimos su decidido apoyo y solidaridad en este difícil momento que atraviesa el pueblo guatemalteco. Este alevoso crimen ha venido a conmocionarnos a todos, pero en esta prueba debemos mantenernos firmes y unidos para impedir que la barbarie y el terror que ha padecido el pueblo guatemalteco se enseñoree sobre Guatemala y nos haga perder más vidas, así como los espacios democráticos que con tanto sacrificio han sido conquistados. Como dijo Mons. Gerardi en su discurso del 24 de abril, con ocasión de la presentación del informe REMHI: «Queremos contribuir a la construcción de un país distinto. Por eso recuperamos la memoria del pueblo. Este camino estuvo y sigue estando lleno de riesgos, pero la construcción del Reino de Dios tiene riesgos y sólo son sus constructores aquellos que tienen fuerza para enfrentarlos».

*«Bienaventurados los que trabajan por la paz,
los perseguidos por la justicia,
porque de ellos es el Reino de los Cielos».*

Mateo 5, 9-10.

Guatemala de la Asunción, 27 de abril de 1998

Oficina de Derechos Humanos

Arzobispado de Guatemala

<http://www.gateconnect.com/odhagua>

COMUNICADO DE PRENSA DE LA DIOCESIS DE SANTA CRUZ DEL QUICHE

El buen pastor da la vida por sus ovejas (Juan 10,11)

La diócesis de Santa Cruz del Quiché está profundamente conmovida por el asesinato de Mons. Juan Gerardi Conedera, acaecido el día de ayer en la noche, en la parroquia de San Sebastián, Guatemala.

Mons. Juan Gerardi, era actualmente obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Guatemala, coordinador general de la Oficina de Derechos Humanos, miembro del Consejo Consultivo del Proyecto interdiocesano de la Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI). Fue el tercer obispo de esta diócesis de la que tomó posesión el 8 de diciembre de 1974 y ejerció su ministerio hasta el 20 de julio de 1980, fecha en que se cerró temporalmente esta diócesis, a consecuencia de la persecución y muerte de varios agentes de pastoral, sacerdotes y catequistas.

Tememos que pueda vincularse esta muerte con el trabajo de Monseñor Gerardi sobre el tema de los Derechos Humanos, la realización y reciente entrega del Informe del Proyecto Interdiocesano de la Recuperación de la Memoria Histórica, realizada el viernes pasado, 24 de abril, en la catedral de Guatemala. Por lo cual, condenamos este nuevo hecho de sangre y pedi-

mos encarecidamente al Gobierno de la República, su inmediato esclarecimiento.

Nos solidarizamos estrechamente con el dolor de nuestro hermano Mons. Próspero Penados del Barrio, Arzobispo Primado de Guatemala, sus Obispos Auxiliares y toda la Arquidiócesis; con la familia de Mons. Juan Gerardi, y con los miembros de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado y el Proyecto REMHI.

Pedimos a todos los feligreses de la diócesis de Santa Cruz del Quiché unirse en oración por quien fue Pastor de esta diócesis en uno de los momentos más difíciles de la historia reciente. Y a los agentes de pastoral, especialmente a los sacerdotes y religiosas, ofrecer oraciones con sus comunidades por Mons. Juan Gerardi, especialmente el próximo domingo del Buen Pastor, dado que Mons. Gerardi ha seguido a Jesús, Buen Pastor, que dio su vida por sus ovejas.

Ante su muerte, que nos llena de tristeza y dolor, nos queda el testimonio de la vida de un hombre y Obispo que supo seguir a Jesús hasta las últimas consecuencias. Su asesinato quisiera ser una manera de acallar la verdad sobre el conflicto armado interno en Guatemala. Su sangre, como la de tantos mártires, clama al cielo, y debe abonar la paz de Guatemala.

Santa Cruz del Quiché, abril 27 de 1998.